



II EDICIÓN
CONCURSO LITERARIO JUBILARE

RELATOS BREVES



Sumario



6 Prólogo

Ganador

15 El banco del estanque

Accesits

31 Tazas

45 La cara oculta de la luna

Finalistas

61 Brindaremos

73 El autobús del adiós

87 El banco de hablar

101 La propuesta

115 La torre

127 Llegar lejos

139 Lobo de mar

149 Ni peros, ni peras

157 Si yo fuese alma

167 Una luz al anochecer

181 Encuentro en la escalera

197 Abuelos edificantes

Prólogo

COMISIÓN
EJECUTIVA
JUBILARE

En septiembre de 2022, se constituía la comisión Científica JUBILARE con una carta de presentación de la que se extraen las siguientes líneas *“Abrir un foro de debate y reflexión sobre las necesidades e inquietudes de las personas mayores y sobre las respuestas que una sociedad moderna les puede ofrecer es una iniciativa que asume con agrado la institución registral, siempre abierta a realidades sociales como la que, precisamente, supone el aumento exponencial del segmento de la población envejecida en nuestro país.*

Por tal razón, el Colegio de Registradores de la Propiedad, Mercantiles y Bienes Muebles de España presenta la Comisión Jubilar, término que habitualmente se ha traducido como “expresar alegría” o “gritar de alegría”. La elección de este nombre no es casual y pretende recoger la filosofía que inspira su creación y su cometido. Así, esta Comisión, a diferencia de otras iniciativas sobre el tema, más centradas en los problemas y dificultades del envejecimiento, se diseña bajo el enfoque de reflejar una imagen positiva, ilusionante, alegre y optimista del hecho que representa alcanzar la ancianidad, mediante la búsqueda de soluciones e ideas novedosas que puedan servir

para mejorar la calidad de vida de las personas mayores y mantener su plena integración en la sociedad.

Esta Comisión nace con la convicción de que hemos de superar cualquier tipo de connotación peyorativa asociada al proceso de envejecimiento de las personas, desterrando una idea que por una indebida inercia cultural pueda subyacer todavía en el subconsciente colectivo; nuestra convicción parte de entender esta época de la vida como una nueva etapa de renovación y de recuperación de sueños, objetivos y proyectos que la rutina laboral, a menudo, nos impide acometer. Sin duda, de esa vejez ilusionante y activa se verá también favorecida toda la sociedad”.

Así comenzaba el prólogo de la I edición. Hemos querido mantener este inicio para presentar el proyecto a aquellos que se acercan por primera vez a JUBILARE a través de este elenco de relatos.

Este concurso literario se integra dentro del proyecto JUBILARE. Las bases del certamen *requieren que las obras tengan*

como protagonista a la persona mayor, valorándose, entre otras cuestiones, que se aborde la convivencia, la solidaridad, el diálogo intergeneracional, el talento sénior, el envejecimiento activo y la forma de afrontar los problemas de esta etapa. También se requiere que el relato esté en consonancia con el espíritu optimista y en clave positiva, de acuerdo con el ideario de JUBILARE, convocante del premio.

La obra que tienen entre sus manos reproduce el esquema de la I edición incorporando una tanda de nuevos relatos que tienen como protagonista a la persona mayor. Podrán leer el ganador y los dos accésits concedidos, seguidos de un grupo de narraciones cuya calidad les ha hecho merecedores de ser publicados junto a los tres primeros.

En esta ocasión, la ganadora del certamen ha sido Ada Trostka, heterónimo de Inés Ruiz Artola con el relato *El banco del estanque*. También fueron reconocidos dos autores con sendos accésits: Víctor Borreguero con *La cara oculta de la luna* y David Casals con *Tazas*.

Las tres narraciones se aproximan de una manera delicada a la figura y la historia de un mayor. Son tres textos muy diferentes, pero todos tienen algo en común, el deseo de hacer visible

lo invisible, de dar protagonismo a una persona que envejece y de permitirle recuperar el espacio que, como ciudadano, le corresponde.

Queremos subrayar que, mientras escribimos este prólogo, disfrutamos aun de la satisfacción y del orgullo de haber recogido el Premio 'Puñetas Social' otorgado a la Comisión Jubilar del Colegio de Registradores de España por ACIJUR, en atención a *su labor en la lucha contra el edadismo con la convicción de que se ha de superar cualquier tipo de connotación peyorativa asociada al proceso de envejecimiento de las personas, desterrando una idea que por una indebida inercia cultural pueda subyacer todavía en el subconsciente colectivo*. El galardón fue recogido por la presidenta de la Comisión Jubilar, María Paz García Rubio, y entregado por la secretaria general para la Innovación y Calidad del Servicio Público de Justicia, Sofía Puente, en un bonito encuentro que tuvo lugar en el salón de Actos del Ateneo de Madrid el pasado 16 de junio. Gracias a todos los que nos han ayudado a obtener este reconocimiento.

Antes de despedirnos queremos reiterar, una vez más, nuestro agradecimiento a los escritores que hacen posible esta obra, a los lectores, que le dan vida, al Jurado del premio, siempre generoso y comprometido con el proyecto JUBILARE y a la comi-

sión lectora, que presta su apoyo a este premio con silenciosa dedicación.

Nada más que añadir. Terminamos como lo hicimos en el prólogo a la I edición, animándoles a participar en las próximas convocatorias. Disfruten con la lectura. 

JURADO

El jurado ha estado integrado por **Manuel Ballesteros**, registrador de la propiedad y mercantil, académico correspondiente de la Real Academia asturiana de Jurisprudencia y miembro del Consejo de redacción de la RCDI, con varias publicaciones de libros de poesía y narrativa. **Juan Bolea**, novelista con 25 libros publicados, en su mayoría novelas, algunas llevadas al cine y autor teatral y periodista de diferentes medios. **Nieves Herrero**, periodista, ejerciendo su profesión en prensa, radio y televisión, que ha recibido numerosos galardones del mundo de la comunicación y autora de varias novelas y ensayos. **Eva Orúe**, directora de la Feria del Libro de Madrid. **Antonio Pau**, registrador de la propiedad, notario y abogado del Estado y desde el año 2015 consejero de Estado y presidente de la Sección Primera, de Derecho Civil, de la Comisión General de Codificación, y también escritor. Actuando como secretario de este jurado, el secretario de la Junta de Gobierno del CORPME, José María Ramírez-Cárdenas Gil. 

COMISIÓN LECTORA

Fernando Curiel Lorente, registrador de la propiedad.
José María Ramírez-Cárdenas Gil, secretario de la Junta de gobierno del Colegio de Registradores.
Leonor Recio Aguado, directora del Gabinete de prensa del Colegio de registradores.
Manuel Rodríguez Avís, director del Club de lectura del Colegio de registradores. 

COMISIÓN EJECUTIVA JUBILARE

Dulce Calvo González-Vallinas:
dcalvo@registradores.org

María Teresa López:
mtlopez@registradores.org

María del Pilar Rodríguez:
mprodriguez@registradores.org

SI QUIERE CONOCER MÁS ESTE PROYECTO Y PARTICIPAR
EN SUS ACTIVIDADES PUEDE HACERLO EN LA WEB:
<https://www.registradores.org/jubilar>

“Ética y filosofía del envejecimiento”, “Talento senior en España y en Europa”, “Medicina antiaging”, “Nuevo modelo de cuidados de larga duración: ¿cómo mejorar la atención a las personas mayores con dependencia? ¿está acabado modelo residencial?”, “Inteligencia artificial, neurotecnología y salud”, “Hipervulnerabilidad del consumidor mayor, “Hacia una convención interna-

cional de los derechos de las personas mayores”, “la protección de los adultos vulnerables en situaciones transfronterizas: buscando una solución en Europa”, “Vivienda y seniors: derecho y experiencias”, “Protección integral de las personas mayores”, “Derechos (y deberes) de los cuidadores», “Salud mental y soledad no deseada”, “Voluntariado de personas mayores”, “El compromiso europeo en el cuidado de las personas mayores”, “El Acogimiento Familiar de la Personas Mayores”, “La protección jurídica de las personas mayores: una visión Iberoamericana”, “Talento joven y talento sénior: Una relación imprescindible”, “Edad y discapacidad en la encrucijada: su incidencia en el proceso de toma de decisiones”, “Otras formas de vivienda, la figura del of counsel y la planificación financiera”, “Cláusulas Testamentarias de Interés para la Personas Mayores, La Universidad al alcance de las Personas Mayores”, “Edad y género en las pensiones de viudedad”, “Los MASC en el ámbito registral, el valor de la experiencia” y “Mayores en red: derechos y brecha digital en la sociedad conectada” son los temas abordados en JUBILARE, cuyas sesiones pueden verse en nuestra web. 



El banco del estanque

INÉS RUIZ ARTOLA





Aquella mañana no iría nadie a verla, pero eso no era un motivo de tristeza para ella. Amalia adoraba a su familia y se llevaba muy bien con doña Laura, aunque la vigilancia del amor familiar y el rigor de aquella asistente social con sus horarios inapelables coartaban su libertad desde hacía dos años y las paredes de su propia casa le parecían una prisión desde entonces. Por primera vez, tras tanto tiempo, estaba sola. La coincidencia de que doña Laura pidiera el día libre por una inesperada visita familiar del extranjero y de que su hijo estuviera de viaje con su familia la dejaban sin posibilidad de compañía. Por supuesto, todos insistieron en llevarla con ellos, pero Amalia declinó amablemente las propuestas y les prometió que estaría bien. Era su oportunidad. Aquel día podría por fin cumplir el sueño con el que llevaba tanto tiempo fantaseando. No sería fácil, pero estaba dispuesta.

Tumbada de espaldas en la cama, reunió las fuerzas necesarias para poder movilizarse poco a poco. Pensando en los ejercicios que doña Laura le hacía cada día aún tumbada para desentumecer los huesos por las mañanas, trató de hacerlos por sí misma. Las piernas y los brazos parecían pesar toneladas porque nadie se los sujetaba, como si fueran pilares de pesado mármol que trataban de despertar de un sueño profundo y ajeno. La espalda tenía esa punzada continua y aguda que no la dejaba desde hacía ya demasiado tiempo. No estaba siendo sencillo el

primer paso. Bajó el ritmo y respiró hondo. Comenzó de nuevo. Cuando poco a poco el hormigueo de pies y manos fue cesando, Amalia sonrió. Estaba orgullosa de sí misma. Despertaba a su cuerpo ella sola.

El sol del amanecer entraba tibio y benevolente por su ventana. Cerró un momento los ojos para sentir las manchas de luz gravitando en tonos rojizos bajo sus párpados, un juego que siempre le gustó desde niña. Luego abrió los ojos y miró a un lado de la cama; los muebles estaban en su lugar, tal y como había pedido a la señora Laura el día anterior: la mesita, la silla, el andador, la ventana con las cortinas descorridas. Revisó cada uno y calculó las distancias. Había pasado la noche haciendo cábalas, planeando los movimientos del día siguiente. Se imaginó el recorrido de aquella mañana una vez más, decidida a cumplir su objetivo. Estaba feliz, aunque sabía que no sería sencillo. Y mucho menos, lo primero de todo: incorporarse. Los años de inmovilidad la habían debilitado. Su cuerpo, ligero y flexible de joven (“si parece que fue ayer”) estaba rígido, pesado, casi paralizado. Cerró los ojos una vez más y se concentró. Respiró nuevamente y reunió fuerzas. Lo mejor sería balancearse de brazos y piernas, como si se meciese a sí misma, a izquierda y derecha, cada vez tratando de tomar más impulso. En el oscilar de su pesado cuerpo, buscaba a tientas el momento en que el contrapeso fuese lo suficiente como para poder ponerse de



lado, luego sacar las piernas fuera de la cama y entonces, solo entonces, incorporarse lateralmente. Así se lo habían enseñado en su vejez y así trataba de hacerlo. Pero no era tan simple como parecía. Apretó los labios en un gesto que desde niña la caracterizaba cada vez que se empeñaba en hacer algo.

Tras varios intentos agotadores, Amalia lo consiguió. Las lágrimas de alegría le rodaron por sus blancas y finas mejillas. Era la primera vez en muchos años que se sentaba en la cama ella sola. Miró sus pies, hinchados y comprensiblemente deformes. Alzó los muslos con la respiración entrecortada de la emoción. Consiguió encajarse las zapatillas tras varios intentos rozando a tientas, con la punta de los dedos de los pies, la apertura de las zapatillas.

Decidió tomarse un descanso. Respiró varias veces profundamente. Miró luego a un lado: sobre la mesita de noche, las fotos de sus nietos y la de su hijo. Les sonrió con ese amor que no se puede describir, que se siente o no se siente. Luego alargó el brazo y tomó entre sus manos temblorosas la fotografía de su gran compañero de vida ("Tantos años me dejaste sola, con eso no contaba yo. Ya mismo nos veremos y espero que me des una explicación razonable del porqué te fuiste tan pronto"). Cerró los ojos un instante y sintió el beso de Darío en su frente, como si estuviera allí, como si la impulsara a continuar con su empre-

sa. Le rodaron dos cálidas lágrimas. Dejó la foto en su sitio y se dispuso a continuar según lo planeado.

El andador estaba un poco más lejos de lo que pensaba ("Esta Laura...") y tuvo que pensar cómo hacérselo llegar sin ayuda. Frunció el ceño algo molesta por aquellos centímetros de diferencia. Pero se dio cuenta de que bajo la cama yacía su fiel bastón. Decidió improvisar la siguiente parte, no sin dolor en las vértebras ("para qué tendremos tantas, luego nos hacemos viejos y nos duelen todas, toditas, todas"); se agachó lentamente tratando de respirar con tranquilidad ("Tenemos todo el día, Amalia", se decía para calmarse). Su mano palpaba a ciegas el suelo en busca del bastón. No se atrevía a bajar la cabeza más de la cuenta por temor a caerse de bruces. Confió en su tacto y en su intuición. Cuando las yemas de sus dedos rozaron el ansiado trofeo de madera de nogal, la excitación no hizo más que crecer. Agarrando con firmeza entre los dedos de una mano el bastón y con la otra mano el borde del colchón, comenzó a realizar el recorrido inverso para incorporarse. Le salió un gruñido durante todo aquel camino de vuelta que, más que a dolor, sonaba a valentía.

El corazón le latía muy rápido. Amalia estaba impresionada con su propia hazaña: sentada en la cama con el bastón agarrado, más que una anciana parecía un tótem de fortaleza. Miró de



reajo el andador y lo llamó para sus adentros (“Eres mío y aquí te quiero”). Sujetó el bastón con ambas manos y lo alargó hasta rozarlo. Sacando la punta de la lengua, como para concentrarse mejor, logró enganchar el asa del bastón a una de las barras del andador. El dolor en los hombros se hacía notar, pero Amalia no se rendía. Tiró del bastón con el andador enganchado y consiguió atraerlo hacia sí. Conforme llegaba a su destino, a fuerza de tirones persistentes, los ojos de Amalia se abrían cada vez más. El deseo de tenerlo cerca era superior a sus propias fuerzas. Llegó. Entonces a Amalia se le escapó una carcajada por la proeza que había logrado. Pensó en cómo reaccionaría cualquiera de su familia (“o la señora Laura, qué sorpresa se daría”) si la hubiesen visto en aquel momento.

Agachando la cabeza, como una heroína antes de enfrentarse a su última y decisiva batalla, Amalia agarró con firmeza las dos barras de hierro para ponerse de pie. Los balanceos para tomar impulso fueron más de los esperados (“Levantarse no es cosa fácil. Esto deberían advertirlo”); los mechones de pelo blanco le caían sobre la sien y se movían al mismo ritmo. Trataba de seguir con empeño, aunque tuvo que abortar la operación en dos ocasiones. En la segunda, dejó caer su cuerpo pesadamente sobre la cama. Estaba agotada. Miró al techo, luego de reajo por la ventana (“El sol me pide que salga a verlo”) y luego el retrato de Darío (“Darío me pide lo mismo que el sol”) y res-

piró un par de veces para concienciarse. Volvió a empezar. Su mirada fija era el reflejo de su determinación. Se incorporó de nuevo y retomó el movimiento de balanceo para tomar impulso y ponerse en pie. Sus manos, aunque temblorosas, se aferraban a aquellos hierros como su única y gran esperanza. Respiró una vez más y, en uno de los impulsos, sus pies se hallaron sujetando el peso de todo su cuerpo. Estaba de pie. Esta vez no fue ni sonrisa, ni carcajada, si no un gritito de triunfo como aquel que daba el señor que entregaba las flores a los músicos después de todos los conciertos.

Amalia se vio a sí misma incorporada, reflejada en el espejo del armario: había desaparecido su larga melena negra, su tipo menudo, su sonrisa impecable. Pero no sus ojitos pequeños, brillantes, llenos de vida y de curiosidad. Se miró en el espejo y, a pesar de ver en él a una señora demasiado mayor para sus cálculos, se sintió orgullosa de sí misma, de haber llegado a tanto, ¡ponerse en pie ella sola, con tantísimos años! Sonrió y le guiñó un ojo a su reflejo envejecido.

El paseo a la cocina fue lento pero alegre. Amalia tarareaba su melodía favorita con la voz igual de temblorosa que sus manos a falta de radio, que la esperaba para ser encendida una vez llegara a su destino. Agarró una taza del fregadero y sacó del armario el descafeinado. Canturreando se acercó a la nevera



para sacar la leche y, antes de abrir la puerta, miró la radio y le dio al botón. Esperó unos segundos y pensó en lo fino que tenía el oído la señora Laura (“o que yo estoy ya sorda como una tapia”) y subió con descaro el volumen (“Qué menos que esto”). Sonaban las noticias; las escuchó con delectación, pero sin darles demasiada importancia (“Sin duda el ser humano es el único capaz de llegar al absurdo”). Sacó la leche para prepararse su taza de descafeinado. Agarraba todo con ambas manos por los temblores. Al sacar una cucharita del cajón, se le escurrió de las manos y cayó al suelo. La miró solo un momento, luego se encogió de hombros permitiendo su desliz y, sin pensarlo dos veces, sacó otra cucharita más del cajón y abandonó a la primera como si no existiera, dándose por abuelta. Se hizo, por fin, el café y le supo mejor que cualquiera que hubiese tomado en toda su vida. Las galletitas mojadas en él estaban espectaculares. Saboreaba la leche tibia con avena y las conversaciones de la radio que comentaban animadamente aquel día de primavera. Amalia terminó su desayuno repleta de felicidad y bañada por la luz del sol que entraba cándidamente por la ventana de la cocina.

No era posible rendirse, por disparatado que fuera. Continuó empeñada en perpetrar lo planeado. Se dirigió arrastrando los pies hacia el baño. Al encender la luz, miró fijamente su rostro en el espejo: tras todas las arrugas, divisó a aquella Amalia que

corría, bailaba, sonreía y hacía correr, bailar y sonreír a otros. Entonces se puso seria, casi solemne, y apuntándose con el dedo índice en dirección a su reflejo, se dirigió a sí misma en voz alta estas palabras: “Esa de ahí va a salir hoy. No aprovechar el sol sería un pecado”. Giró el grifo del agua, no sin dificultad, y se dio con una mano agua sobre la cara y el cuello para refrescarse. Tras secarse, agarró el cepillo y trató de peinarse lo mejor que pudo, teniendo en cuenta su pulso irregular (“y los pocos pelos que me quedan”), pero su cabeza le hizo estirarse un poco más, lanzar una mirada casi altiva, como aquella que lanzaba a los hombres cuando sabía perfectamente qué quería ella y qué buscaban ellos. Decidió salir. Sí o sí.

Como vestirse sería muy complicado y era primavera, Amalia se alcanzó la rebeca que la señora Laura usaba para estar en casa y que había dejado sobre la silla. La señora Laura era corpulenta y Amalia más pequeña que ella, así que la chaqueta le quedaba un poco holgada, pero eso no le importó lo más mínimo. Logró incluso atarse el cinturón. Al verse los pies con las zapatillas, puso un gesto travieso y decidió salir así (“Total, a las personas mayores y a los niños se nos permiten estas cosas”). Se dirigió a la puerta de entrada con una alegre lentitud, saboreando cada paso con su andador. Al rozar el pomo de la puerta, sintió un escalofrío más grande que su primer beso, su primer trabajo, su primer avión o aquella vez que le dieron esa hermosa sorpresa sus amigos por



su cumpleaños. Nada era comparable: Amalia llevaba más de dos años encerrada entre las paredes de su casa, sin tomar más aire fresco que el que entraba por la ventana. Y más de cinco años sin salir ella sola. Fue la dulce pero irreversible prohibición de toda su familia. “Bajo ningún concepto salgas sola, mamá”, recordaba Amalia las palabras de su hijo mientras giraba el pomo de la puerta y hacía un ademán de pillaría.

Abrió la puerta. Tomó aire. Dirigió el andador hacia fuera. Cuando la puerta se cerró de un estruendoso portazo (difícil era calcular las fuerzas a esas alturas) Amalia se puso pálida y el corazón le empezó a palpar con furia: “Las llaves, las llaves están dentro, so despistada”. Nadie sabía que ella estaba fuera. Nadie iría hasta el día siguiente. “No tengo cómo volver a casa”. Tras calmarse y aceptar su descuido, pensó en una coartada. Tenía claro que su familia se enteraría de sus andadas (como al adolescente que pillan con su primer cigarrillo) y le quitó finalmente importancia. “Qué van a hacer, ¿regañarme?, ¿a mí?”, se rió de la escena y asimiló la situación con el humor que nunca le había faltado. “Tendré que darle pena a algún vecino, rogarle que llame a mi hijo y explicarle que tendrá que venir a meter a su madre en casa porque, en un acceso de demencia, me dio por salir en bata a la calle sola”. Amalia sonrió pensando en el teatro que tendría que montar y en la bondad de los que rescatarían a aquella vieja tarada.

Asumió lo irreversible y decidió disfrutar el momento: “Llegados a este punto, qué menos que salir un buen rato a la calle”. Abrió la puerta del ascensor y sintió, sin explicarse cómo, que Darío le sujetaba la puerta mientras ella metía el andador y a sí misma dentro. Al presionar el botón, le sintió tan cerca que le parecía no ir sola, como en uno de aquellos paseos que solían dar antes de comer, cuando ella le insistía en salir a tomar el sol. Miró tímidamente el espejo, con miedo a encontrarse con su reflejo. Darío no estaba, sin embargo, al cerrar los ojos, quiso sentir su mano cálida sobre la suya. El ascensor bajó lentamente y ella recreó todos aquellos momentos de cercanía arrebatados así, de repente. Para siempre.

Al llegar al portal, el sol de la mañana saludaba a Amelia con un candor que le era difícil de reconocer. Jamás había visto tanta hermosura en algo tan etéreo como la luz. Se agarró al andador con fuerza y avanzó lentamente hacia los escalones que la separaban de la salida. Concentrada para no perder el equilibrio, bajó el andador dos escalones y luego ella uno muy lentamente (“primero un pie, luego otro, así es, despacio”). Amalia volvía a sacar la punta de la lengua como siempre hacía en sus momentos de mayor concentración. Movié el andador hasta el suelo y bajó los otros dos escalones consagrada totalmente a su misión. Logró superar los tres escalones y le brotó una sonrisa entre jadeos de cansancio por el esfuerzo. Avanzó luego



hasta la puerta y, con la emoción del que va a cometer la locura más necesaria de su vida, agarró el pomo con determinación y trató de llevarlo hacia sí. Pero la puerta era demasiado pesada. No tenía fuerza para abrirla. Lo intentó varias veces sin éxito. Cabizbaja, pensó que no lo conseguiría nunca. Sintió una gran decepción, habiendo llegado ya tan lejos en su propósito.

Cuando estuvo a punto de desistir, al otro lado del portal apareció una figura que a Amalia le pareció un ángel, aunque fuese solo el panadero con los encargos para la vecina del quinto. Cuando el hombre abrió la puerta, la sonrisa ancha y de agradecimiento de Amalia le pillaron al hombre por sorpresa:

– Pero, doña Amalia –le dijo con la voz extrañada– ¿dónde va usted sola?

Amalia, en lugar de responderle, le miró fijamente a los ojos en silencio, le guiñó luego con complicidad, alzó su mano y posó su dedo índice tembloroso sobre sus labios. El panadero, que conocía a Amalia desde que era un niño, automáticamente comprendió el mensaje, le devolvió una mirada cómplice y le abrió la puerta para que pudiera salir: la agarró del brazo para que bajara cómodamente el escalón que le permitía ingresar en la realidad abandonada hacía tantos años. Se despidieron con un gesto alegre y travieso.

Amalia se giró y tomó la calle de la derecha como siempre hacía con Darío y había planeado. Era la calle que llevaba hasta el parque del estanque. El sol brillaba y Amalia sentía que volvía a ver los colores con toda su fuerza y honestidad. Se dejó acariciar por los rayos, mirando hacia el cielo. Cerró los ojos y las motitas rojas ingravidas volvieron a aparecer bajo sus párpados, aunque esta vez eran más intensas y venían con olor a primavera. Al abrir los ojos, vio la ventana de su apartamento. Se le pusieron los ojos como platos al descubrir que, no solo había olvidado las llaves dentro, sino también apagar la radio. “Vieja chiflada”, se recriminó. Luego soltó un suspiro (“En fin, me lo tendrán que perdonar, a fin de cuentas, no soy más que una pobre anciana”) y continuó calle arriba sin darle la mayor importancia a sus descuidos, pero con mucho cuidado de no tropezarse.

Su andador la conducía con la torpeza oxidada y la seguridad robusta del metal. Unos niños pasaron jugando por la calle. Amalia pensó en sus nietos cuando eran pequeños. En su hijo cuando era de esa edad. Pensó también entonces en la pequeña Amalia, a la que tanto le gustaba jugar y hacer trastadas. Hubiese jurado que no había sido hace tanto tiempo. Sintió el paso de los años a una velocidad estrepitosa, inexplicable. Igual de inexplicable que era la lentitud de sus pasos en aquella escapada sola a la vuelta de la esquina. El tiempo se dilataba



o se encogía, caprichoso e inexcusable. Se le saltaron las lágrimas, pero le echó la culpa al sol y a la falta de costumbre por no verlo en tanto tiempo.

Giró la calle y vio, por fin, el parque. Verde, frondoso, con árboles en flor, con colores deslumbrantes y el estanque a un lado. Amalia pensó que si el cielo existía tenía que ser algo parecido y se convenció de ello cuando un perro se le acercó para olfatearla (“Si es que no hay que pedirle más a la vida”); sonrió al perrito y siguió caminando. Consiguió llegar al estanque y al banco en el que ella y Darío se sentaron tantos años: desde los primeros paseos enamorados, los que luego hicieron con su hijo pequeño, los que presenciaron disputas familiares, los relajados ya de jubilados, hasta los aconsejados por el médico en los últimos meses de Darío sobre la tierra. Todos, absolutamente todos, se le venían a la memoria a Amalia en tonos dulces y amables.

Aquel banco había recogido también las lágrimas de Amalia en soledad cuando Darío murió. Las risas de sus nietos lanzándose por el tobogán las veces que ella, la abuela, se los llevaba de paseo como si fuera la mejor de las fiestas y los dejaba ensuciarse. Un banco que había reunido tantas historias que era como un monumento conmemorativo a su vida. Amalia se sentó muy lentamente. Sintió que aquel banco le susurraba al

oído cientos de recuerdos, toda su vida. Cerró los ojos. Vio todas aquellas escenas que recordaba y volvieron otras que sorprendentemente se habían escurrido de su memoria. Volvieron todas, tan nítidas, tan hermosas, tan reales, tan presentes, tan detalladas.

El sol parecía brindarle la lucidez y la bondad de la vejez, sin exigencias ni moralejas que valgan. Volvieron a aparecer las motas ingravidas bajo sus párpados debidas a los reflejos de luz en constante movimiento; las seguía y jugaba con ellas, como le gustaba hacer cuando era pequeña para entretenerse. Y mientras perseguía a aquellas motas juguetonas, toda su vida se le reveló, tan sencilla como extraordinaria a un mismo tiempo. Era imposible sentir más felicidad y calma. ■



Tazas

DAVID CASALS





Al poner un pie en el andén, Julián sintió una punzada electrizante subirle del suelo al corazón. Le llegó allí después de recorrer los muslos y la espina dorsal, como si de repente su cuerpo se hubiera convertido en una antena y los impulsos eléctricos de la estación tuvieran que pasar por él. Y sabía por qué.

Dejó el tren atrás y siguió la cola de viajeros que salían a la calle después de cruzar el vestíbulo principal. Ya fuera, se giró y escaneó en toda su amplitud el edificio. Poco podía reconocer de la estación que había visto hacía cincuenta años. El cuchitril que albergaba rateros y drogadictos se había convertido en una moderna estación de alta velocidad, de paredes impolutas y techos brillantes de zinc.

Alrededor, además del ronroneo del tráfico, sintió el agradable frío del mediodía. Cruzó la plaza de la estación con paso de viejo, que era el que le otorgaban sus setenta años, y enfiló por la amplia avenida que lo llevaría al corazón de la ciudad. Recorrió aquel camino con la mirada colgada en las copas de los plataneros. El bailoteo de las hojas le arrancó una sonrisa porque, segundos antes, le habían arrancado un recuerdo. Un paseo... un beso... una promesa. Aquí se le atragantaron las imágenes y dio un zarpazo al aire para borrarlo todo y cruzar a una calle peatonal.

A diferencia de la estación, el centro de la ciudad no había cambiado mucho. Los nombres de las tiendas no eran los mis-

mos, pero la calle Mayor mantenía ese aspecto provincial y acogedor que recordaba. Continuó andando, guiándose por su memoria hasta llegar donde quería. Seguía siendo un bar, pero el nombre había cambiado. Haciendo visera con ambas manos, se acercó al cristal y curioseó al otro lado. Todo era diferente. Las mesas, las sillas, el color de las paredes, las baldosas, los cuadros... No quedaba nada del bar que recordaba. Aun así, se arregló la corbata, se ajustó el abrigo y empujó la puerta para entrar.

Una vez dentro, los ojos se le fueron al techo. El artesonado de madera había desaparecido y en su lugar se veían ladrillos y tuberías; un grito de modernidad que a él le pareció una muestra de mal gusto. El olor también era diferente. Un suave aroma a canela flotaba entre nubes de café recién molido.

– Buenos días, jefe.

Julián se giró y vio tras la barra al camarero sonriéndole con todo: ojos, boca, manos... Tenía la expresión de un muchacho listo para comerse el mundo.

Le devolvió el saludo con un gesto y se dirigió al fondo del bar donde se sentó en una mesa libre. Mientras se quitaba el abrigo, al camarero le dio tiempo de acercarse.



- ¿Qué le pongo, jefe?
- Un café.

El camarero se alejó y Julián aprovechó la espera para acomodarse en la silla y rescatar una fotografía del bolsillo interno del abrigo. Era vieja, en blanco y negro, y con los bordes comidos por el manoseo. En ella, un hombre y una mujer de unos veinte años se abrazaban como si les fuera la vida en ello.

- Aquí tiene, jefe.

Antes de que el camarero dejara la taza sobre la mesa, Julián no pudo contener su asombro.

- Son las mismas tazas.
- ¿Perdón?
- Son las tazas de siempre –repitió Julián sin disimular su sorpresa.
- De siempre no lo sé –dijo el camarero sin darle importancia–, pero de los últimos diez años que llevo trabajando aquí sí que lo son.
- Las mismas tazas... –esta vez Julián dejó escapar las palabras como un murmullo casi imperceptible.
- ¿Usted venía mucho por aquí?

Julián se limitó a asentir. Sus ojos estaban hipnotizados acariciando el relieve de la taza. Era blanca y negra, arlequinada, con unos ribetes dorados que le daban un toque distinguido. El camarero prosiguió al ver que el anciano no reaccionaba.

- Es que no le tengo yo a usted “clichao. Debe de hacer mucho de eso.
- Cincuenta años.
- ¡Hostia! –una pizca de arrepentimiento detuvo al camarero–. Perdón. Quería decir... ¡Hostia! –aquí ya no se arrepintió–. ¿Y por qué cambió de bar?
- Estuve en la ciudad haciendo el servicio militar. Después me marché.
- La mili... –dijo el camarero con cierto romanticismo–. ¿De dónde es usted?
- De Madrid.
- Un poco lejos sí que cae –trató de justificar el camarero–. Pero, cincuenta años... ¿Tan mal le trataron?

Los ojos del anciano miraban al camarero, aunque daban la impresión de ver algo mucho más remoto e inalcanzable.

- Al contrario.
- Mire, igual le parecerá algo anticuado, pero a mí me hubiera gustado hacer la mili.



- Fue lo mejor que me pasó en la vida –el viejo seguía con una sonrisa meliflua.
- Ya se lo digo yo a mis amigos... La juventud no tendría tanta ansiedad, depresión y trastornos. Mi padre decía que a uno le enderezaban en la mili, que lo hacían hombre.
- Bueno, no sé yo... –a las dudas del viejo le siguió un silencio.
- Usted lo ha dicho, que fue lo mejor que le pasó en la vida.
- Sí, pero no fue por los militares –aclaró Julián.

El camarero abrió la boca y asintió, como si la confusión no fuera un obstáculo para seguir pensando lo que pensaba. Aprovechó el momento para mirar la fotografía que manoseaba el hombre.

- ¿Es una foto del bar? –preguntó curioso el camarero. El viejo asintió– ¿Puedo?

Le acercó la fotografía dejándole entender, con un gesto lento y calculado, que era algo de mucho valor.

- ¿Este es usted?
- Con cincuenta años menos.

Al anciano no se le escapó el súbito estupor del camarero que se acercó la fotografía a los ojos para verla mejor.

- Pero... ¿qué hace con la jefa? –preguntó extrañado.
- Se llamaba Carmen.
- Lo sé, la jefa. ¿Pero qué hacía con ella?

Algo confuso por la reacción del joven, Julián le pidió la fotografía de vuelta.

- Siempre llevaba el mismo peinado –dijo el camarero con tono resuelto–. La reconocería hasta si fuera ciego. –La pausa sirvió para darse cuenta él mismo de la estupidez que había dicho–. Bueno, ciego no, pero tuerto sí.
- ¿Conociste a Carmen? –se interesó Julián.
- ¿Qué si la conocí? ¡Fue ella quien me contrató!

Las revelaciones del camarero estaban dejando a Julián sin pestañear.

- ¿Ella...? Pero... ¿El bar es suyo?
- Que yo sepa siempre lo ha sido.
- No –confirmó el viejo seguro de lo que decía–. Siempre no.
- Pues lo parecía. Estaba obsesionada en no cambiar nada de sitio. Mantenía el bar como si fuera un museo. Pero las nuevas normativas...
- ¿Estás seguro de qué compró el local? –insistió Julián.



– Claro que sí. Hace unos años celebramos el último pago del préstamo con un fiestón. Pillamos una... –aquí fueron los ojos del camarero los que se pasearon por las paredes del local, como si allí hubiera fotos colgadas de aquella fiesta–. Esa noche me confesó que lo había hipotecado todo para comprar el bar. Creo que tuvo que rehipotecar la casa de sus padres o algo así. Era una mujer muy testaruda. Pero si usted la conocía, eso ya lo sabrá.

Se deslizó otro silencio amartillado por una puerta que se abría, la cafetera moliendo granos y el cuchicheo de dos mujeres hablando en otra mesa. Julián seguía absorto sin dar crédito a la explicación del muchacho.

– En esa foto se les ve muy... cerca. ¿Eran novios?

A Julián le tomó trabajo responder. Finalmente lo consiguió:

– Algo así.
– Ha sido la mejor jefa que he tenido.
– ¿Ha sido?

La pregunta de Julián encerraba otros interrogantes, pero sobre todo una profunda decepción.

– Murió hace un par de años. Un ataque al corazón.
La mujer se pasaba todo el día en el bar, de lunes a domingo. Abría a las ocho y cerraba a medianoche. No fumaba ni bebía –hizo una pausa antes de continuar–. No sé... Si cuidando la salud tienes ataques al corazón, lo mejor será disfrutar de los vicios, ¿no le parece?

Pero Julián no escuchaba. Su rostro era un campo de batalla de emociones que no pasaron desapercibidas al camarero.

– ¿Se encuentra bien?

Solo después de recuperarse, Julián pudo asentir tímidamente; lo suficiente para convencer al muchacho.

– ¿Me permite una pregunta, jefe?
– Llámame Julián.
– Claro, Julián. ¿Por qué ha estado tanto tiempo en volver?

Aquella frase no era una simple pregunta. En ella cabían los mismos fantasmas que un niño encontraba cada noche en sus pesadillas, debajo de la cama o dentro del armario. Hinchó los pulmones y dejó ir aire como si con él se escapara también una culpa incómoda.



- No quise enfrentarme a una gran responsabilidad –dijo finalmente el anciano.
- Y quien quiere...

Al ver el aturdimiento del hombre, el camarero dio un par de pasos atrás.

- Bueno, me voy que sino la jefa se va a enfadar.
- ¿La jefa?
- Sí, la hija de Carmen. Ella se quedó con el bar.
- ¿Su hija? –de nuevo la confusión–. ¿Carmen se casó?
- ¿¡Casarse, la jefa!? –el grito le salió muy a su pesar y se acercó de nuevo al anciano para seguir con un tono más íntimo–. Ni loca. En todo el tiempo que la conocí nunca la vi con un hombre. Y mira que era de buen ver, la mujer.
- ¿Cómo se llama la hija?
- Julia. Es más mandona y seria que su madre, pero tiene buen corazón. Hizo psicología y se fue a Zúrich a hacer un máster. Es un coco la mujer.
- Julia... –La pausa le sirvió para cambiar de rumbo– ¿Y se ha quedado con el bar?
- La chica iba para ministra o presidenta, pero su madre quería que se quedara con el bar. Qué obsesión, ¿no le parece? Yo no sé qué le ven a este bar. Con los pocos clientes que vienen... Pero a mí, mientras me paguen a final de mes...

- ¿Cuántos años tiene?

El camarero alzó la cabeza y miró los techos y las paredes como si fuera un pintor evaluando el trabajo antes de meterse en ello.

- Pues igual más de cien años.
- Me refiero a Julia –le aclaró el anciano.
- ¡Ah! Pues cumplió cincuenta hace un par de meses. Estaba un poco depre la pobre. Más de lo normal, quiero decir. La mujer no es que sea la alegría de la huerta, para que me entienda...

A medida que iba hablando, los ojos del camarero iban ensanchándose, como si allí hubiera más de un sentido además de la vista. Miró al anciano y después a una mujer que se movía tras la barra con una cadencia suave. La señaló con el pulgar e hizo una mueca con los labios a modo de excusa.

- Bueno, voy a continuar justificando el salario, sino la jefa...

De camino a la barra, el camarero se detuvo en una mesa para llevarse un par de tazas y un vaso de agua medio lleno. Pero Julián no se fijaba en él. Su mirada estaba anclada en la mujer que había tras la barra. Llevaba un jersey rojo, como una boya en medio del océano dispuesta así para llamar la atención. Apa-



rentaba menos años y sus movimientos, cansados y lentos, no correspondían con el ajetreo típico de un bar.

Lentamente, el anciano se levantó y se dirigió donde estaba ella. En su trayecto apenas parpadeaba, como si quisiera memorizar cada gesto, cada cabello, cada expresión de la mujer. Ajena al anciano, ella salió de la barra con una bandeja y se acercó a una mesa. Cruzaron miradas y la mujer le sonrió cordialmente, como lo haría con cualquier cliente. Al llegar a la mesa metió las tazas en la bandeja y sacudió la cabeza un par de veces. Volvió a la barra con las manos vacías y, al pasar cerca del anciano, volvieron a mirarse. Esta vez debió ser la indiscreción de Julián lo que llamó la atención de la mujer porque su rostro cambió. Ya en la barra, cogió una bayeta del mostrador y volvió sobre sus pasos. Al cruzarse de nuevo con el hombre, frunció el cejo. Continuó andando lentamente y, al llegar a la mesa se puso a limpiarla. Por una fuerza inexplicable, el vaivén circular del brazo fue ralentizándose. Mientras, Julián seguía acercándose sin dejar de observarla. Ella, como si sintiera su presencia, se giró. Sus ojos parecían no tener párpados, su boca entreabierta, su cuello paralizado. Todo en ella era pura revelación. Sin apenas dos metros que los separaran, el hombre hizo el gesto de dar un paso adelante a lo que ella respondió con otro atrás. Era el inicio de la huida, del rechazo. Al hacerlo, la bandeja perdió el equilibrio y las tazas se estrellaron contra el suelo. Un estrépito

y varios trozos de loza se expandieron por las baldosas. Estuvieron varios segundos sin decirse nada, aguantándose las respectivas miradas, hasta que Julián, con un esfuerzo propio de su edad, se agachó para recoger un trozo de taza que había quedado muerto a sus pies. En el fragmento de cerámica se veían el blanco, el negro y un trazo del ribete dorado.

Sin recapacitar sobre lo que hacía, Julián le ofreció el pedazo roto a la mujer. Ella lo miró y su rostro cambió. La cólera incendiaba sus ojos. Abrió la boca varias veces, como si fuera a gritar, pero no salió nada. Aunque no hacía falta. Sus ojos lo decían todo. Después cerró la boca y apretó los dientes para contener ese vendaval. Poco a poco, la ira se tornó en tristeza y una lágrima resbaló por el rostro de la mujer. Mantuvo esa expresión hasta que, sin darse cuenta, Julián descifró otro de felicidad. Una expresión amable amanecía en las facciones angulosas de la mujer.

A Julián le pareció una eternidad el tiempo que le separó de lo que sucedió luego. Lentamente, del mismo modo que la había visto moverse tras la barra y limpiando las mesas, la mujer dio un paso adelante. En sus ojos de agua se veía el blanco espumoso que deja el oleaje del océano tras el rugido. Resecos, sus carillos se agrietaron y en su boca se formó una tímida sonrisa de satisfacción. Después, con la misma lentitud de antes, extendió el brazo y aceptó el pedazo de taza roto que le ofrecía aquel hombre. ■



La cara oculta de la luna

VÍCTOR BORREGUERO





E

El viejo aladrero afianza firmemente el timón del arado con dos vilortas de metal y lo fija con destreza al taco de cama de madera de sabina. Las vetas parecen más rojizas en la oscuridad de esta parte de la carpintería. Prestamente, une las orejeras al extremo del arado y asegura una mancera en ángulo recto antes de soltar la pieza.

En las paredes desconchadas del aposento, setenta primaveras de labor denodada: yugos de bestias, balancines que prenden los tiros, paletones para el grano, camales donde colgar los gorrinos, angarillas de aparejo, parihuelas para el acarreo de las mieses, bastidores, garlopines, copetes, fallabas, escoplos. El serrín del firme parece imitar los maretazos del océano bajo una densa niebla de polvo de madera. Hace años que el hombre se acostumbró a esta bruma, a fuerza de costumbre y necesidad.

Las manos de Mateo, mi abuelo, son bastas, callosas y trigueñas. De joven, cerraron tratos inexpugnables, con alboroque, en las lejanas tierras de Turégano. Trabajaron sin descanso el roble y el olmo en décadas que parecieron siglos, avezadas a base de serrucho y sierra, hacha y azuela, martillo y yunque. Se hicieron añicos talando troncos de diez palmos, recias ramas y raíces silenciosas. Manos francas de los mil arados, las mil artolas, los mil caminos polvorientos de ambas Castillas.

Para Mateo, el único sentido de la vida es seguir el camino recto. Envejecer, afirma, es recorrer el final del sendero que no pudieron culminar nuestros ancestros. Y hacerlo honestamente. ¡Qué voy a entender yo de sus sentencias, si no llego a diez años! Además, escupe retales de gacería...

Es buen hombre. Esta mañana trata de convencer a un guarnicionero de Perales del Río, que le encargó hace unos días labrar y empedrar una trilla con pernales, de una merecida rebaja en la deuda por la faena.

– *Quiá*, amigo. Son solo dos *pelonas*. Pesetas, sabes. Acudiste con la madera ya desbastada y es de justicia no cobrar labor ajena.

El guarnicionero, viejo compañero de fatigas, agradece el gesto y promete compensarlo con alguna pieza de cuero curtido que en adelante se le requiera. Tras cerrar el acuerdo, entreabre la puerta del taller y se cala la gorra. La sombra de la neblina de viruta se libera a sus espaldas, a jirones, hacia el fulgor de la madrugada. Un instante después, más allá de los confines de la finca, el pitido del tren de Colmenar a Arganda, apresurado desde Vicálvaro, acalla los reclamos de los jilgueros de marzo. En la lobretez del obrador, el eco del silbido vaticina buenas nuevas.



Un zigzag de pasos de gaviota cruza velozmente los corrales y aviva la quietud del patio. En los establos, los mulos relinchan como si los reventaran a navajazos. Irrumpo con estrépito, sin zapatos, la ropa deslucida, y abro a empellones el portón. El disparo del portazo quiebra una hoja del postigo. En el umbral, llamo al aladrero por su nombre. Perdido el resuello, salto sobre él. Se agarra a la garganta de un arado para no caer y estrecha mi mejilla a su rostro.

- Buenos días, abuelo Mateo. Suélteme, ¡pica!
- Buenos días, tormento. ¿No puedes llamar a la puerta?
- Perdone, señor.
- Juan, ¿sabes cuánto suman un abanico roto y una vieja?
- Lo sé, siempre el mismo acertijo. ¿Cómo se encuentra esta mañana?
- Desganado, rapaz. Como un campo sin vacas.
- Sus bromas cada vez son peores.
- Anda, *garcín*, toma esta panera y ahórcala de aquellos ganchos. Que no la royan los ratones. Y luego ve a buscar a la abuela al río.

Obedezco. Trepo a un taburete. Ato la caja con una soga al techo. Después, sigo los pasos de María hasta el nuevo puente de hierro. Encuentro a la anciana cesta al hombro, mirando a lo alto, fascinada ante las pilas y estribos centenarios, soportes

de innumerables puentes fracasados de la última cincuentena y ahora base de fabulosas vigas de hierro refulgiendo triunfantes en su moderno tablero. Al fondo, en la lejanía, apenas reconoce los restos de otros naufragios, el puente provisional de madera en paralelo a la maravilla del siglo incipiente y que ha quedado anegado, como otras veces, por las aguas brías del Jarama. Herido en su columna, el coloso de palos yace panza arriba, agazapado en el torrente inmisericorde del lecho.

- Buenos días, abuela María.
- Buenos días, zagal. Mira ahí, en los tomillos. He perdido el reloj, se ha roto la cadena. ¿Pero qué haces sin calzado? ¿No ves que hay ortigas?
- Tengo callo, abuela. ¿Por qué le gusta tanto el puente?
- Los puentes siempre saben a dónde van. Creo que este, el nuevo, durará para siempre.
- Nada vive para siempre, señora.

Sumida en sus pensamientos, la mujer observa el piso metálico y los largueros y viguetas transversales del puente niño, el majestuoso hermano recién nacido, la péndola de fundición, las rótulas. Aún resuenan los ecos de su inauguración, los carros chirriantes engalanados, la romería, las verbenas, el quiosco portátil, la banda desafinada, el ejército de bombines negros, las sobrefaldas de moda, el lustre del domingo, el griterío incansable de los niños, el



pueblo incrédulo tras la calamidad del último puente colgante y la interminable retahíla de catástrofes cotidianas, cimientos deshechos por las crecidas y tragedias ancladas en la memoria colectiva de la aldea. Planean también las sombras negras del reino ahora decaído, espíritus tenebrosos de los desastres de ultramar que inundan, este año diez, todas las tabernas y mentideros.

María empuña los cáñamos del canasto y asienta la ropa, las mangas de las camisas que querían escapar. Obedientes, aceptan doblarse y quedan mudas en la oscuridad del mimbre, embriagadas en el suave perfume del jabón de manteca. Frunce el ceño y otea en busca del apartadero del río, donde desde hace siglos las mujeres del pueblo hacen la colada. Recuerda con melancolía a su madre, y a la madre de su madre, aquellas historias de pontazgo en la casa encalada, cuando dos maromas unían las márgenes del río para encauzar la barca orgullosa de Arganda. Y cómo aquellas mozas escudriñaban, sin disimulo, a los viajeros que torpemente se dejaban ayudar para no emparse y perder su equipaje camino de Valencia.

- Niño, deja de buscar el reloj. Hay tarea.
- Sí, abuela. ¿Puedo hacerle una pregunta?
- Si viene sin pólvora...
- El abuelo dice que envejecer es recorrer el final del sendero que no pudieron culminar nuestros ancestros.

- Mateo no deja de sorprenderme.
- ¿Y qué quiere decir?
- Que vale la pena morir de viejo, Juan. Aunque tu abuelo siempre está de chirigota.

Escuchamos el rumor del agua, el coro violento y caprichoso del río salvaje. María camina quedamente, mientras acompaso al suyo el ritmo de mis zancadas. Ventea el aroma de lavanda del canasto y queda grabado a fuego en mi pensamiento. Como el ruido inevitable de sus miserables albarcas, que hacen crujir estas escamas de corteza. Me relata algo que ya conozco, pero no importa. Para mí, gasta el tono de la voz de Dios.

- ¿Sabes que fui maestra de la aldea?
- Sí, abuela. Recuerde que me enseñó la lista de los reyes godos y el romance de la loba parda. Es usted muy sabia.
- No tanto, mi niño. Aunque no fui la primera maestra sin título de la escuela elemental. Así informé al Ministerio al aceptar la vacante. El alcalde había oficiado comunicando la dimisión de la maestra precedente, como tantas otras, y nadie en la provincia aspiró a la plaza por falta de atractivo del puesto y no hallarse local en condiciones. Dizque, *al pobre poco bien le socorre*. Acepté la provisión porque no había otro vecino que supiera leer y escribir en veinte leguas a la redonda. La sacristana se



ocupaba de mis encargos, exiguos, y de aprovisionar las aulas cobrando una mezquina iguala.

- Abuela...
- Dime.
- No entiendo sus palabras. ¿No le gustaba su trabajo?
- Me apasionaba. Aunque muchos rapaces se rendían a medio curso. No creas que lo único que hecho en la vida es crucificar las camisas de un hombre.
- Y ahora que es vieja, ¿puede darme un consejo?
- Por supuesto. Atiende, Juan. Sé justo. Respeta. Y si encuentras algún obstáculo, no dudes: construye un puente, como este, y crúzalo.
- Sé qué quiero hacer de mayor, abuela. Escribir. Y gastar bromas, como el abuelo.
- Con eso no saldrás de pobre. Deberías hacerte registrador de la propiedad. Pero te daré otra recomendación por el mismo precio: si escribes, nunca lo hagas en tiempo pasado. Todo sucede ahora. Lo demás es un cuento.
- Se lo juro, abuela.

Jamás volveré a verla.

Viernes. Tras velarla dos jornadas, el aladrero ayuda a enterrar a María. Retira un ramillete de violetas, ya marchitas, que dormían

entre los dedos lívidos de la esposa, y las guarda en una escarcela. Sin pausa, renueva las palmas huecas del cadáver con un breve manojo de margaritas. Cuando regrese a su cabaña, ligará las flores mustias con un hilo de lana gruesa y las meterá en un sobre con bordes negros.

Tardo unos días en comprender la melancolía de la abuela. En su funeral, Blanca, mi madre, dice que dos de mis tíos murieron en el Barranco del Lobo y un tercero sufrió ergástula, hasta regresar con garrotillo y vacío de uñas en pies y manos. Los tres partieron en alegre remesa de chirimbas, de majaderos sonrientes, carne de cañón rifeño, de presidio, patíbulo, lupanares de mala muerte. *Vae victis*, recuerdo musitar a María desde el verano del nueve, su último estío.

Mateo vive cuarenta y tres días más. Cuarenta y tres lunas aullando a los cuatro vientos que no le va a salvar ni Canalejas, ni Alfonso el Africano, ni el Santo Cristo de Rivas, ni el mismísimo Papa de Roma. Desde mi jergón, lloro por él.

Llega el domingo, pero no luce su único traje. Le acompaño bajo la alzada del gran puente, el favorito de su amada muerta. Mateo escudriña las cumbres ferrosas que apuntan acusadoras a las nubes. Cree adivinar el verde oculto de las traviesas, el amarillo, el gris plumizo, el negro del mineral aún debajo de las espesas



capas de pintura reciente. La brisa trae noticias aciagas de quién sabe dónde y anuncia nerviosamente el desastre. Vuela, no vuela, vuela, no vuela. Nada quedará en pie, el óxido roerá las jambas y derribará nuevamente las estructuras del pontón. No ahora. No en veinte, en cien años, en mil quizá. Inexorable. Crujirán las planchas, la maleza palustre inundará los rieles, la ontina desbordará la armadura, las vigas parabólicas ahora esbeltas se resquebrajarán por los siglos y a cambio no se oirá un gemido, moribundas, ahogadas por los ecos de las alondras, los calamones, la chova, el abejaruco, el cortejo de las grullas, el trasiego de las ginetas crepusculares y el repiqueteo de los escarabajos color de muerte.

En un instante de lucidez, el abuelo sonrío. Arruga la cordillera de su frente. Me pregunta cuánto suman un abanico roto y una vieja. No tengo ánimos para contestar.

Al cabo, con un hilo de voz me pide que, siempre, sea un hombre de provecho y no un siervo de la gleba. Después, se parapeta tras el tronco de un fresno cercano, manco por el ramoneo para el ganado de estos primeros días de junio.

- Juan, *atévame* bien, hijo. Ahora, sin mi *motarda*, solo me resta *lentar*.
- No me hable en briquero, se lo ruego. ¿Qué dice?
- Que pronto te veré desde la cara oculta de la luna.

Olvido el resto del día. Y los siguientes. Blanca prepara mi hatillo. Me besa. Subo a un tren, por primera vez. Huelo la carbónilla. Dejo la aldea. Me hago hombre.

Hoy, mucho después, demasiado, también es domingo. No soy el mismo. Tengo, más o menos, la edad de mis abuelos cuando partieron. Si Mateo estuviera aquí, diría que estoy a punto de doblar la servilleta. O en la rampa de salida. O pidiendo pista para aterrizar, aunque, que yo sepa, no conoció a los Wright. El eterno humor del aladrero y sus bromas maravillosas.

Regalo a mi nieta Vega una pequeña carta. De las de luto, ya no se encuentran. Le pido que la conserve y jamás la abra. Miento. Cuchicheo que en el sobre ajado, amarillento, duerme un pequeño ramo de violetas frescas, lozanas, espléndidas, atadas con una larga hebra de hilo blanco y ella lo cree a pies juntillas, con la inocencia de sus cinco años.

Mi pueblo no existe. Lo devoró la guerra. Nadie recuerda las trescientas almas que malvivían desde Rivas de Jarama a Vaciamadrid. Ni la unión de las dos aldeas. Ni el obrador. La escuela. El cementerio. La media jornada larga hasta la Presa del Rey y El Palancar. Ningún testigo de aquellos ejidos de mala muerte por doquier. De agitar los zarzales en busca de un conejo magro que echarse a la boca o engaitar las tripas con una azumbre



de vino. Del agua salobre, los páramos, sotos, pastos, leñas, el Jarama desbocado anegando las cosechas, alfalfa, pajares y malas hierbas, derrota, miseria y después más miseria.

Todo es nuevo. Sobre los escombros, este año ochenta y siete, florece una villa de niños cándidos. Y he vuelto. Mientras me desvivo por dibujar en el aire los rostros de María y Mateo, pienso en el mañana de esta ciudad sin dueño, sin soportales, sin piedras labradas para el que no quiera buscarlas. La moderna, la de aquellos colonos y otros tantos forasteros, que teje su identidad casi desde cero, reinventada, libre a pesar de todo, siempre en lucha por la memoria efímera de sus muertos, por la igualdad de las mujeres, por el despertar del hombre con mayúsculas, por la ilusión de mi nieta sonriendo como en un milagro.

Vega y yo vagamos por una senda angosta, paralela como un hachazo a las fosas carpetanas y la valla del ferrocarril. Tras la ruta de los cantiles, avanzamos por un recodo al sur. “Camino de Uclés” al este, “Camino de Santiago” al oeste, reza con dos flechas enfrentadas un azulejo vanidoso, sumergido en pleno recodo a ninguna parte.

Superamos un ancho túnel de hormigón transversal bajo las vías. Seguimos su rebufa hasta una vereda confusa de juncos,

carrizos y majuelos, que muere en una vasta espesura de retamas amarillas. El viejo puente de hierro, refugio de la abuela María, emerge de las riberas agrestes del Jarama. Desamparado por las obras de la nueva carretera, allá en el sesenta y cuatro, sus parábolas parecen ansiar el cielo y, frustradas, abandonarse plácidas a su suerte. Ya nadie lo cruzará. Sobrevive, de una pieza.

Al oeste, una nube de sangre eclipsa el atardecer del río. *Días sin una sola hora de calma, ni de día ni de noche*, vienen a la mente palabras como pavesas, sones de mis queridos maestros. Acodado a la barandilla, me sobrecoge la memoria del inmenso error del treinta y seis, peor aún el del siete, allí mismo, mi regreso al pueblo para defender la casa, los bombarderos amenazantes, la tragedia en el Cuentón, las colinas del Pingarrón, el altiplano de Morata, el espolón de Vaciamadrid, el Butarrón, milicianos y libertarios, la brigada exterminada, Górruez, La Mañosa, Coberteras, trincheras como hormigueros, el barro que arrastra al infierno, regulares de Ifni y Alhucemas, zapadores de Larache, la explosión del puente del tío Pindoque, poco más abajo, el terror hasta el tuétano, las quince mil almas perdidas para siempre, la vergüenza y el olvido.

Desde la otra orilla, un frescor de lavanda irrumpe a bocajarro y estalla en mi alma el recuerdo de mis abuelos.



Una lágrima brota desde el vacío insondable. Asciende como el vapor caliente y asoma al carbón de mis ojos, abre las alas húmedas pero no logra asirse a las pestañas. Mira angustiosamente al abismo. Se precipita. Sí, Mateo, querido viejo, sabía que un abanico roto y una vieja sumaban ciento cincuenta, porque el abanico roto no vienta, y la vieja se sienta. *No vienta y se sienta, ciento cincuenta*. Sí, muy malo, pésimo, pero sonrío, lo haría un millón de veces con tal de escucharlo de sus labios, de pedir permiso para, desde ahora, tutearos, recitar los reyes godos a María, la maestra, mi dulce abuela, todo lo que aprendí de ti, más que de nadie, infinitamente más, y deciros que he sabido construir puentes, que fui una persona recta y que os echo de menos.

Sobre el bullicio de las aguas cristalinas, la voz ingenua de Vega:

- Abuelo, ¡qué bonito es el río!
- Sí, mi niña. Hay cicatrices muy bellas.
- ¿Te pasa algo, Juan?
- No. Recuerda, mi amor, ser buena y justa. Y respeta, siempre. Algún día te vigilaré desde la cara oculta de la luna.
- ¡Qué cosas tienes, abuelo!

La niña abandona el puente, junto al meandro. Se aproxima a la torrentera y se refresca. Moja sus manos y observa un zancudo

sobre la superficie del agua, dibujando fugaces dianas de espuma. Dos cigüeñas blancas mancillan el morado del cielo, hacia el este, elegantes y altivas. Alguien enciende la luna.

Desandamos el camino y, como un prodigio, topamos con el éxtasis de la laguna del Campillo. Un escuadrón de ánades conquista por derecho lo suyo: la calma silente de las grave-ras. Junto a mí, Vega luce un reloj extraordinario, hallado entre las jaras tras el puente. Un antiguo modelo francés de cuerda, radiante y señor del tiempo esta tarde plúmbea de primavera. Su mecanismo crepita, preciso y henchido de vida. Admiro sus finas agujas, fundidas ahora en una, directas ambas al rostro esperanzado de mi nieta.

Vega me atenaza entre sus brazos y escucho su pequeño corazón desbocado. ■



Brindaremos

NÉLIDA LEAL





D

De niño, para mí eras Dios. Fue a ti a quien acudí cuando aquel cafre me humilló en el patio de recreo, era de tu voz de quien quería escuchar los cuentos antes de cerrar los ojos y para ti eran mis goles, mis sobresalientes, mis pequeños y grandes triunfos. Con una sola mirada eras hábil para descifrar el más confuso de mis silencios. Papá y mamá estaban en el segundo escalón de mis preferencias, mano a mano, pero, si a ellos los quería, a ti te idolatraba. Me gustaba regodearme en que era el único de tus nietos que había heredado tus ojos azules, el único que vivía contigo. Me gustaba sentirme el elegido, el privilegiado, el héroe de mi propia fantasía, y recuerdo que a veces solo sentía ganas de rezar para poder pedir a Dios que nunca me faltases. Se lo habría pedido igualmente al diablo, abuelo: yo quería llegar a ser un hombre como tú, y quería que tú lo vieras.

Eras un abuelo especial: supongo que la mayoría de los niños –de los afortunados, al menos– acaban por pensar eso de los suyos, pero yo siempre me supe legitimado. A los muy chiquillos no nos impresiona la cultura, ni una carrera profesional meritoria a las espaldas, ni siquiera una riqueza desorbitada, pero tú no necesitabas más que ser quien eras para deslumbrar. A pesar de tus años eras alto y robusto, de envergadura colosal y ademanes fieros, apenas atenuados por el cariño que siempre me reservaste. Recuerdo que me enorgullecía ver cómo intimidabas a mis amigos, que me buscaban porque yo era el único

puede que podía llevarles hasta ti, el contador de aventuras capaz de hacerles naufragar en puro espanto antes de rescatarlos y devolverlos a la segura orilla de la realidad. Todos creían que tú mismo eras duro e implacable, como lo eran las rocas contra las que chocaban a medianoche los barcos de tus historias, pero yo no: conmigo se desprendía tu máscara, porque a mí me revelaste que los hombres de mar erais así, un poco zafios, un poco bruscos, pero con un alma tierna y colmada de sensibilidad que solo algunos conocían, porque en vuestra vida el silencio se adueñaba de los gestos, y solo contaban los hechos, la valentía y el buen hacer.

– La mar es exigente, Javier –me contaba tu voz destemplada, mientras me revolvías el pelo con tus manos inmensas– quiere a los que nos lo jugamos todo embarcándonos de madrugada, a los que la respetamos y le agradecemos los hijos que nos deja tomar de su vientre para poder criar a los nuestros. Fíjate que yo soy navarro, que la mar no tenía por qué haberme querido, que no nací siendo suyo, aunque no anduviera muy lejos de ella, pero ella vio mi sacrificio y me lo devolvió. Y se la quiere tanto como se la llega a temer, porque, escucha, Javi, a lo que se le quiere mucho, se le tiene también siempre una pizca de miedo. El cariño tiene esas cosas, porque es una necesidad. Tiene poder sobre nosotros.



Y yo te escuchaba fascinado, con mis ojos, que eran tus ojos, clavados en tu rostro atezado, pleno de sabiduría. Tú notabas el fervor que latía en mi mirada, y complacido, alzabas y bebías tu cotidiana copa de vino de tu tierra, sacudiendo brevemente tu cabeza plateada, en paz con el mundo. Yo, abuelo, también estaba en paz con el mío, sabía que algún día –“cuando seas un hombre, Javier”– brindaría contigo, la vida era maravillosa y lo era, sobre todo, porque tú estabas en ella. En mi ciega confianza de chiquillo, pensé que tú nunca cambiarías y por tanto seguirías significando lo mismo para mí. Y lo peor fue que, en realidad, tuve razón: tú no cambiaste. El que cambió fui yo.

A medida que los años te fueron convirtiendo a ti en anciano y a mí en muchacho, la natural distancia que nos separaba, y que antes ni siquiera percibíamos, se hizo fuerte a medida que se debilitaba tu cuerpo, como si aquel vínculo entre mi infancia y tu madurez no pudiera resistir el peso de la paradoja. Me fui adentrando en una adolescencia donde no encontraba acomodo para tus manías «de viejo», donde me empezaban a incordiar tus discursos y tus consabidas anécdotas de pasado marinero y me impacientaban tus movimientos cada vez más torpes y frágiles; creo que me espantaba, aunque jamás lo hubiese admitido, constatar el asalto de la vida hundiendo al fin el poderoso arco de tus hombros. Me centré en el deporte, en gastarme esa energía infinita con esfuerzos constantes que en nada mermaban mi

angustia, pero que al menos conseguían acallarla: agotadoras jornadas corriendo por el césped, marcando esos goles que ya no te dedicaba y sintiéndome poderoso, invulnerable, alguien que no dependía de nadie, y mucho menos de ti. De nada sirvieron las advertencias de mamá o las francas amenazas de papá ante mi trato cada vez más distante y frío: solo sé que mis ojos pasaron a ser simplemente un capricho de la genética en lugar de tu legado, y que en mis esporádicos ratos en casa te rehuía, para eludirte de tu presencia, de tus preguntas y, con el tiempo, de tus miradas de animal abandonado que ya nada reclama.

No fue el desapego propio y previsible de una edad que nunca ha sido fácil, sino la helada imposición de una distancia inabarcable, una distancia que parecía incluso hacerse más grande cuanto menor fuese el espacio nos separara.

Tú te volviste taciturno y silencioso, impasible en apariencia ante mis desplantes. Cada día abrías el aparador y te tomabas una copa de vino, fiel a la herencia que recorría tus venas, brindando por una vida que yo no te permitía que fuese por completo feliz.

Así que te buscaste otro amor, el siguiente amor terrenal tras la muerte de la abuela y tras la renuncia obligada al mar. Te de-



jaste inundar del todo por el espíritu navarro de la tierra que te alumbró y te dispusiste a honrar uno de sus mayores tesoros. El vino, aunque cada vez más restringido en tu dieta, había sido tu compañero fiel durante casi ochenta años de intenso batallar, el vínculo con tus orígenes siempre intacto: en él buscaste consuelo cuando me alejé de ti, y de nuevo el vino te prestó su ayuda.

– Mira, Merche –le decías a mamá, sonriente, mientras poníamos la mesa– este vino blanco es ligero, perfecto para los entrantes. Ya luego para la carne, si no es un guiso contundente, podemos seguir con un blanco, fermentado en barrica, y si prefieres tinto creo que tengo ahí una botella de Tempranillo, y, luego, un vino dulce para el postre.

Mamá sonreía, paciente, papá te miraba con una expresión de ternura y orgullo que llegaba a molestarme, y yo, altivo y hosco, callaba, porque sabía que ninguno de ellos me consentiría un desprecio mayor que la indiferencia.

Me sentía fuera, ajeno, separado de aquella corriente de cariño que os unía a las tres, pero... ¿acaso no era culpa mía?

A pesar de ello, pronto comprendí que, al menos a mi edad, uno no puede impermeabilizarse por completo o para siempre.

Casi sin darme cuenta, y a fuerza de repetición, me descubrí, aprendiendo de tu voz ronca, un universo de conocimiento que jamás habría creído posible que encerrara una botella de vino. Nuestra casa se fue poblando de aquella afición tuya, y me sorprendí en ocasiones deteniéndome frente a una de tus botellas, sonriendo sin querer. Tus palabras resonaban en mi mente, aquellas palabras que al principio de tu tardía afición eran palabras inseguras, titubeantes, pero que ahora, transcurrido casi un año de insólito interés, brotaban de ti con la confianza del maestro que sabe que pocos pueden rebatirle o meramente cuestionarle.

Ahora yo también habría sabido escoger el mejor vino para cada ocasión, habría sabido cómo servirlo y la copa que debía cobijarlo, habría sabido apreciar matices en sabor, aroma, textura y color que en los días de mi vida hubiese podido imaginar, y las palabras “joven”, “temprano”, “crianza”, habían adquirido unos significados nuevos. Me sentí también hijo de tu tierra, hijo de Navarra, honrado transmisor de vuestro privilegio y cultura vitivinícola y comprendí que, lo quisiera o no, todo ello era obra tuya: no había pretendido, me había resistido, de hecho, a que me enseñaras nada desde hacía mucho, pero en aquellos momentos robados al tiempo, siempre en tu ausencia, me di cuenta de que, a pesar de mi forzoso rechazo, te las habías arreglado para seguir instruyéndome.



Y casi sin intervención de mi voluntad, comencé a cambiar. A veces te observaba frente al aparador, mientras escogías con sumo cuidado del cada vez más atestado botellero. Me recuerdo allí, apoyado en el quicio de la puerta, vigilante, atento, mientras tú meditabas sin urgencia qué caldo honraría hoy tu paladar, y me sorprendía encontrar en mí restos de mi vieja y pisoteada admiración por ti. Concentrado, devoto, elegías el vino, después procedías a la elección de la copa apropiada, la perfecta para realzar el sabor escogido, y luego, finalizado el largo trámite, la tomabas por el tallo y te dirigías con tus pasos lentos y prudentes a tu sillón, donde, si hubieras alzado la vista podrías haberme encontrado, un chico de dieciséis años, heredero de tus ojos y de tu poderosa complexión, que se turbaba ante la mezcla de sentimientos que comenzaban a acecharle, pero que siempre se escabullía en el momento último para que no pudieses verle.

Porque no quería ser testigo de otro brindis silencioso que, sin mí, nunca te habías decidido a compartir con nadie.

Quizá nunca hubiera tenido el valor suficiente para admitir que te echaba de menos, abuelo, pero me avergonzaba recordar lo que entonces tomaba por niñerías sin sentido, y aún me avergonzaba más el pedir perdón por un daño que jamás tuvo un por qué.

Ahora, eso no importa ya.

Recuerdo aquel día con asombrosa nitidez. Se disputaba un partido decisivo en el que yo tendría un papel estelar, todos daban por hecho –yo el primero– que aprovecharía la oportunidad que se me ofrecía de consolidar mi carrera deportiva, y mi arrogancia, cuando pisé el campo, no tenía límites.

En la primera parte, mi desbordada confianza estuvo justificada, ejecuté sobre el campo mi perfecta coreografía de ganador, pero pronto conocí el significado real de «la vida cambia de un instante para otro». Incluso hoy, en mi memoria, se suceden en cruel orden cronológico aquellos momentos que destruyeron, súbitamente, todos mis planes: la fortuita y aparatosa caída, el dolor lacerante, paralizador, nunca antes experimentado, la insoportable sensación de que no podía ponerme en pie y el pavor de imaginar siquiera, como acabó siendo cierto, que mis días de promesa futbolística habían concluido antes de empezar.

¿Cómo puede describirse, al menos vagamente, una renuncia tan completa, tan repentina y tan desgarradora como la de despedir tus sueños a una edad en la que muchos otros todavía no los tienen? No me atrevo a intentarlo, entre otras muchas razones porque ya ha pasado la vida, reordenado como siempre los recuerdos, las decepciones y las alegrías, y dando a cada cosa su lugar. Hoy ya sé que aquella caída se llevó con ella



mis aspiraciones, pero a cambio me devolvió el equilibrio en el arriesgado y cambiante mar de la adolescencia.

El mar, abuelo. La mar, como la llamabas tú, uno de sus escogidos amantes.

– Brindemos, Javier –propusiste aquella tarde, unos meses después de que el fútbol quedara descartado como opción en mi futuro. Llevabas una copa de vino tinto en cada mano, y temblabas, abuelo.

Temblabas.

Yo estaba sentado, mirando el televisor sin verlo realmente, reconcomiéndome en el charco de miserias en el que había decidido sumergirme cuando el éxito me dio la espalda y me revelé incapaz de asimilar mi propia frustración. Giré la cabeza y te vi, y por primera vez en tanto tiempo te vi realmente, te vi de veras, abuelo, porque mis ojos, tus ojos, atravesaron la carcasa envejecida y marchita que estaba frente a mí, desapareció el temblor de tus manos viejas, y de nuevo vi al coloso, al marinero que nos hacía vivir naufragios sin daño con el solo eco de su voz ronca, a la presencia que yo necesitaba junto a mi cama cada noche, al hombre cuya mera sonrisa convertía en glorioso el más leve logro. De repente me asaltó un bochorno

infinito, se deshizo para siempre el nudo de mi soberbia y se me llenó la mirada de lágrimas, al comprender que ese día tan temido de mi infancia, ese en el que tú me dejarías, había acortado distancias en esos años en que jugué a ser verdugo de tu cariño, y ahora era tarde, ya era tarde, para recuperar lo que mi propio egoísmo me había hecho desechar.

Cómo podría empezar a pedirte perdón, abuelo, pensé, avergonzado hasta el tuétano de mis huesos. Cómo podría.

Y, de nuevo, lo supiste. De nuevo no me hizo falta hablar.

– No importa, Javi, no te preocupes. Nunca he dejado de estar contigo, no importaba que tú no estuvieses conmigo, yo sabía que ibas a volver, y aquí estás. Toma esta copa y brindemos, ya eres un hombre, el que yo esperaba que fueses.

Tomé la copa de sus manos nudosas, y contemplé el vino, inclinando la copa hacia la luz para expandir su aroma y apreciar su nitidez, el ribete color teja que se marcaba en el cristal, prueba de su permanencia en la bodega. No era un vino joven, como constaté al agitarlo levemente: tenía cuerpo y densidad, y se deshizo en pesadas lágrimas que cayeron lenta y blandamente ante mis ojos fascinados. Un Reserva, probablemente.



Sentí un nudo en el estómago. Si yo era capaz de apreciar tanto, solo era por ti.

– Es prácticamente opaco, abuelo, tiene mucha graduación, es un vino de capa alta...demasiado bueno para el idiota de tu nieto –improvisé, azorado bajo el evidente pasmo orgulloso que reflejaban tus ojos– ¿Crees que lo merezco?

Y te vi asentir, incapaz de hablar, y recordé aquella sentencia de mi niñez, cuando afirmaste que siempre sentimos algo de miedo ante lo que más queremos. Miedo. A mí me asustaba depender tanto de alguien, me causaba pavor sentirme tan indefenso, y había preferido alejarme antes de enfrentar una pérdida que no podía siquiera concebir.

Pero defenderme por anticipado del dolor nunca compensaría la renuncia a los años que quedasen por disfrutar de un hombre que había sabido tener una paciencia eterna, como cuando consumía las noches y los días en alta mar, alejado de todos, sin más compañía que la de su propia soledad. Así que alcé la copa, y agradecí tener la oportunidad de rectificar.

Brindemos, abuelo –acepté, y en tus ojos, mis ojos, leí que aquella distancia inventada había vuelto, y esta vez para siempre, a evaporarse en el tiempo. ■



El autobús del adiós

EDUARDO JOSÉ VILADÉS





Según la ley de la probabilidad, hay cientos de *mí* ahí fuera flotando como motas de polvo en suspensión. La versión que ve todo el mundo es la más triste, aunque en algún lugar lo estoy pasando bien. Sé que mi familia traspasa esa imagen abstrusa y alcanza a tocar y entender mi espíritu. Mis padres y mi hermano. Por ellos escribo, porque busco ese sitio en el que, según las leyes científicas, soy feliz. ¿Qué puedo hacer, por lo tanto, para que alguien, más allá de mi núcleo familiar, disfrute de ese yo alegre que levita por el inframundo? Emplear la imaginación, mi mejor aliado. A menudo pienso que vivo metido en una burbuja de cristal sin enterarme de lo que sucede a un palmo de mis narices. Es el arrobamiento máximo, el precio que se paga por sonreír. Si no me creo mis propias fantasías y doy por válidos mis espejismos difícilmente puedo hacer creíbles mis historias. Inventándome una doble vida consigo que mi yo real y el imaginario converjan, que esas motas de polvo se posen en el suelo. Mi familia es mi musa, quien me da fuerzas para crear con sus acotaciones y glosas al margen, quien genera el armazón del texto. Soy consciente de que es puro teatro, una fábula hecha a mi disposición, pero la vida, al fin y al cabo, es un gran escenario y yo me niego a ser un actor de segunda.

Siempre me he caracterizado por mi pasión por contar historias. Cuando no tenía quien me proporcionase detalles de su vida creaba fábulas hablando con mis otros yoes. Mi madre se

ponía histérica cuando pasaba por mi habitación y pensaba que la arruinaba a teléfono al oírme hablar en voz alta como si estuviera poseído. *Mamá, estoy hablando con mis otros yoes, tranquila*, solía decirle yo a la pobre mujer, quien levantaba las manos en señal de duelo y se preguntaba a sí misma *¿por qué?*

Me aterra contemplar el pasado desprovisto de máscaras narrativas. El pasado nunca es inofensivo, jamás para un escritor. Con el futuro ni me atrevo, me bloquea pensar en la coluvie que me espera. Si mi mente fabuladora no escribe relatos de ficción empieza a fabular sobre la verdad, la tergiversa, se inventa algo paralelo para subsistir y no vivir por inercia. Esto es justo lo que sucedió en ese autobús, supongo que creo en el poder de la invención para destilar las verdades esenciales. Y esa señora me desarmó...

La productora para la que trabajo me había encargado una obra de teatro coral. Me dieron dos semanas para escribirla, un periodo muy corto, pero no me quedaba otra. Estaba pasando por una fase complicada desde el punto de vista personal y la inspiración me rehuía. El encargo de la productora coincidió con un viaje en autobús de Pamplona a París por motivos laborales. Tenía más de once horas para escribir o, al menos, tratar de esbozar una obra de teatro que gustase a mis jefes. El autobús era muy moderno, de esos cuyo interior parece la NASA, con pantallas de televisión individuales con varios canales, asientos de cuero completamen-



te abatibles y una hilera de luces de colores centelleantes en el pasillo. Como un buitre acechando a su presa, empecé a analizar a los pasajeros. Quería hacer una tragicomedia que se desarrollara, precisamente, en un autocar. El escenario estaría dividido en diferentes parcelas. Cada una de ellas correspondería a un asiento y en cada asiento tendría lugar una historia.

El autobús estaba lleno. A mi lado se sentó una señora de edad indefinida. Vestía de un modo un tanto zarrapastroso, me recordaba a las brujas buenas que aparecen en las narraciones infantiles. Supongo que si Pippi Calzaslargas hubiese envejecido en pantalla la imagen se correspondería con la de aquella señora. Tenía unos dientes enormes, espléndidos, blancos, como de caballo. A pesar de que estábamos en pleno mes de agosto, llevaba una falda de pana y unos leotardos naranjas. Se cubría con una rebeca fucsia y no dejaba de dar golpecitos en el suelo con sus zapatos, verdes y con un tacón altísimo. La combinación era espantosa, hacía daño a la vista pero, a pesar de todo, era dulce. Estaba convencido de que esa mujer tendría algo que contar. Aunque simplemente me dijera dónde se compraba la ropa y quién le aconsejaba a la hora de combinarla me valdría para un personaje secundario.

- ¿Es la primera vez que hace este viaje?
- No, mi niño, voy a París todos los meses.

- A mí me da mucha pereza pasar tantas horas en el autobús.
- ¿A qué te dedicas?
- Al mundo del teatro, así que ya se puede figurar. No tengo ni para pipas.
- Yo soy pitonisa.
- ¡Qué interesante! Ambos somos artistas. Usted lee el futuro y yo intento que los espectadores se olviden del futuro que les espera.
- Eres muy joven, aún puedes idear el futuro a tu antojo.
- No se crea, que ya tengo 46 años.
- Yo 90, ¿cómo te quedas?
- Pues está usted estupenda.
- ¡Y sin operarme! La locura y los hombres me mantienen joven.
- ¿Los hombres?
- Por supuesto. Siempre he pensado que el sexo es un modo de comunicación como otro cualquiera y a mí siempre me ha gustado mucho hablar. Además, para mi trabajo es necesario intimar mucho con la clientela.

La anciana estaba animándose, aunque de anciana tenía más bien poco. Se quitó la rebeca, se soltó el pelo, canoso y largo, y sacó del bolso una petaca de güisqui. Me ofreció beber un poco, pero yo rechacé su oferta amablemente. Cuando le dije que era abstemio me miró con indiferencia granítica.



- ¿Cuál es el motivo de su viaje a París? –le pregunté.
- Un hombre. ¡Qué pregunta más tonta!
- ¡No pierde el tiempo!
- Quien parece que está perdiéndolo eres tú. No entiendo por qué hay gente que nace con alas y se empeña en caminar.

Supongo que sabía a qué se refería. Uno de los rasgos que mis buenos amigos destacan de mí es la libertad y el respeto. Soy un pájaro libre que da importancia al ser y no al estar. La primera impresión que suelo dar a la gente es fabulosa porque tengo un carácter abierto y dicharachero. Después, muchos huyen despavoridos porque soy una persona muy complicada que ha sufrido mucho y que ha institucionalizado la libertad de actuación como su modo de vida para huir del tósigo que nos rodea. Esto espanta a la mayoría, presa de convencionalismos y prejuicios, prisionera de una sociedad que reprime sus sentimientos y que opta por la mansedumbre de pensamiento. A las personas les gustan los muros, vivir sepultadas dentro de cómodas certidumbres y rutinas, acatar las normas para no pensar...

Hasta el comienzo de mi etapa universitaria, mi vida se resumía en tres palabras: nunca, nadie, nada. Nunca nadie había hecho nada por mí. Crecí con el convencimiento de que yo mismo era

lo único que tenía. Y, aún así, me trataba mal. En el colegio tuve que soportar *bullying* y en mis primeros trabajos varios años de *mobbing*... Acoso escolar y vacío laboral, ni yo mismo entiendo que, siendo filólogo, esté empleando estos términos en inglés.

Ser diferente no tiene muy buena prensa. Hasta que llegó un día que aprendí a ser asertivo y las tornas cambiaron. Los pendencieros, tanto en el colegio como en una empresa, quieren una víctima fácil, pero cuando ven que alguien se hace respetar buscan otro blanco. En este sentido, la literatura me ha servido para exorcizar mis demonios internos y aceptarme tal y como soy. Pocos me aguantan, pero quienes logran romper el caparazón de cristal que he creado a mi alrededor, me adoran. No estoy bien, nunca lo he estado, pero he llegado a la conclusión de que no puedo sentir la felicidad. Una vez aceptado esto, no pido otra cosa a la vida que ir tirando. Me amparo en el desequilibrio, algo que pocos entienden y que algunos califican de inmoral o estafalario... La locura es el único refugio que tenemos quienes vivimos instalados en el sufrimiento para evitar que la razón acuda al encuentro con la muerte.

- Hace unos meses conocí a un señor en la Taconera mientras estaba echando las cartas. La primera impresión no me gustó nada porque se puso a regatear. En mi negocio soy muy clara. 20 euros por una tirada



completa. Punto. No soporto lo que hacen algunas de mis compañeras, con ofertas estilo Mercadona: 10 euros si escoges amor y trabajo o 15 euros si te decantas por amor, trabajo y una lectura rápida de manos.

- Pero el señor, al final, la encandiló, ¿no es así?
- ¿Que si me encandiló? ¡Me destrozó entera! Tengo 90 años, no 40, y siempre he sido muy ligera de cascos. Por mi cama han pasado regimientos enteros y he catado todo tipo de material, pero lo de ese hombre no te lo puedes figurar. Además, me susurraba palabras al oído en francés que me volvían loca.

Lo que más me gusta de los viajes en autobús es la interacción con los pasajeros. Para un artista como yo es algo mágico. Y hasta necesario. Recuerdo que cuando mis padres se separaron solía ir los fines de semana a casa de mi madre porque yo me quedé bajo la tutela de papá. Todos los viernes, a las ocho de la tarde, cogía el autocar en la estación del centro de Pamplona, la que estaba pegada a la Ciudadela, camino de Zaragoza. El trayecto apenas duraba dos horas, pero me encantaba. La tela que cubría los asientos, de motivos florales o con cuadraditos escoceses, olía a rancio. A menudo desprendía un aroma ocre y algo ácido, como de ropa vieja que se guarda en el armario después de usar. Daba un poco de reparo sentarse en esas butacas pegajosas, con trozos de pizza y mocos incrustados al

lado del cenicero, lleno de colillas y pañuelos de papel deshinchados. De todos modos, era feliz porque me sentía mayor e importante al viajar solo. Con el paso del tiempo, como siempre viajábamos los mismos, me convertí en el terror del autobús. En esa época no ponían películas y la radio a duras penas funcionaba. Generalmente, para matar el tiempo, proponía a mis compañeros de asiento jugar a algo: películas, capitales del mundo o enfermedades. Mi padre es médico y me encantaba leer las enciclopedias de medicina que tenía en casa. Me aprendía los síntomas y las características de varias dolencias. A mi compañero le sugería que adivinara qué enfermedad había escogido a partir de los síntomas que yo le comentaba. Al principio, la gente accedía, pensando *¡qué niño más mono!* Al cabo de hora y cuarto, estaban al borde de la embolia.

- ¿Hace mucho que conoció al señor?
- Se llama Pierre y tiene 40 años, se parece a ti, de hecho.
- ¿Hace mucho que conoció a Pierre?
- Pues no me acuerdo, la memoria me falla. ¿Dos años?
- A estas edades una no rige como es debido –aseguró risueña.
- ¿No ha estado nunca casada?
- Sí, claro, seis veces, soy un poco como Zsa Zsa Gabor o Elizabeth Taylor. Los hombres siempre me han durado muy poco.



- Igual que a mí, no se crea.
- Porque les pones fecha de caducidad, como los yogures.
- ¿Usted no?
- No, claro que no. En mi caso siempre les he abandonado porque se acabó el amor. Tú ni siquiera permites que aflore porque te boicoteas.
- Me abruma el concepto de compromiso. No quiero que me hagan daño.
- Instálate en el no-tiempo, será tu salvoconducto para ser feliz. Estamos convencidos de que el tiempo es infinito y lo derrochamos sin medida. Así se pasa la vida sin darte cuenta. Este autobús volverá a Pamplona mañana. La vida, no. Te recomiendo que imites la sabiduría de los niños, que viven eternamente en el aquí y el ahora y no en el mañana ni en el ayer.
- ¿Y me convertiré en alguien eternamente joven como usted?
- No, simplemente dejarás de hacer el gilipollas.

Estoy acostumbrado a hablar del pasado con personas que no lo han vivido. La única versión válida es la que tú mismo aportas, la historia es solo tuya. Narrar recuerdos, cuando solo existe un narrador, es escribir ficción. El pasado se inventa para poder seguir adelante. Con esa señora, sin embargo, tenía la sensación de que hablaba de un pasado que se convertía en presente.

Lo más importante no es cómo vivir nuestra vida, sino cómo contarla a nosotros mismos y a los demás. Ese es el único modo de dar un sentido a los errores, al dolor y a la muerte. Y ahora déjame echar una cabezada que me tienes harta.

Paramos en un área de servicio de Toulouse a estirar las piernas. Me daba un poco de apuro invitar a la anciana a tomar un café porque quizá querría estar sola, pero fue ella la que lo propuso. Hablaba muy deprisa, como si su mente navegara por delante de sus palabras. En algunas ocasiones, lo hacía a trompicones, como una ametralladora cargada desigualmente. De repente soltaba doscientas frases en menos de un minuto y, acto seguido, se quedaba callada mirando al cielo, como si entrase en trance.

A mí no me invites a un café o te lo lanzo a la cara, dame un gin-tonic.

Se desenvolvía con una agilidad propia de adolescente y apenas tenía arrugas. Movía acompasadamente la cabeza de arriba abajo en actitud asnal. Parecía que asimilaba lo que yo le estaba contando y lo ordenaba en diferentes compartimentos de su memoria. Estaba tan dotada de inteligencia como de prudencia al mostrarla...

Me comentó que era muy amiga de Manolo, el conductor del autobús, quien solía ir a la Taconera de vez en cuando a que



le echase el tarot. *Me tiró los trastos en su momento, como te puedes figurar, yo causo estragos, pero le rechacé.*

La siguiente parada fue en Limoges. Manolo nos dijo que teníamos una hora y media de descanso. Nos dejó en el centro de la ciudad. La anciana me cogió de la mano y me llevó a una tienda cercana a la catedral de San Esteban. Compró varias figuritas de porcelana. No sabía que Limoges fuese famosa por sus fábricas de porcelana. De vuelta al autobús, regaló una figura a Manolo. A mí personalmente no me gustaban porque me recordaban a esos suvenires de los chinos que se ponen encima de la televisión.

- Tienes la necesidad de sentir bloqueada en tu interior.
- Voy a tener que dejar de ir al psicólogo estando con usted.
- La vida que vivimos y soñamos es como la naturaleza, un ciclo de vida y muerte en constante movimiento y fusión, como este autobús. Observa sus ruedas, grandes y potentes.
- Me gustaría quedar con usted a la vuelta a España.
- No sé si será posible.
- Se me ha hecho corto este viaje. Es usted una mujer maravillosa.
- ¡Anda, anda, no digas tonterías! Tantas infusiones no pueden ser buenas. Fernando Pessoa dijo que el valor

de las cosas no está en el tiempo que duran, sino en la intensidad con que suceden. Ve recogiendo tus cosas que estamos a punto de llegar.

Dicen que una de las cosas más importantes que puede hacer alguien por ti es abrirte los ojos. La mayoría de la gente con la que elijo quedarme tiene esa capacidad y siempre la ejerce sobre mí sin pretenderlo, sin intención y sin ser consciente del efecto transformador que me causa, como la anciana del autobús. Por eso sigo contando con ellos, porque mi rebelde naturaleza no fusiona bien con los prejuicios que se encubren en consejos, con dogmas que se disfrazan de certezas absolutas y con radicalismos que enmascaran iras individuales no resueltas. Cuando rompes todas las corazas que tenemos dentro y que nos acorralan descubres tu verdadero yo y permites que los demás lo descubran sin escandalizarte por ello.

No terminé la obra de teatro y la productora rescindió mi contrato, pero empecé a escribir la novela de mi vida. La perfilaba día a día. Dejé de interpretar el papel de actor secundario y me convertí en el protagonista.

Hasta ese momento, estaba tan acostumbrado a la soledad que la compañía de alguien parecía una anomalía del entorno, no me gustaba rodearme de nadie porque tenía la sensación de



que debía justificarme continuamente. Poco a poco, empecé a dejarme conocer, en primer lugar por mis propios yoes. Con el tiempo, por los demás.

A la anciana la vi en varias ocasiones, siempre en el interior de un autobús. Vestía con su falda de pana y su rebeca fucsia. Cuando me disponía a saludarla, el bus daba un bandazo que provocaba que cerrase los ojos por inercia. Al abrirlos, ya no estaba. Otras veces, alguien me consultaba una curiosidad y hacía que dejase de observarla. Al buscarla de nuevo con la mirada había desaparecido.

Dicen que hay cosas que no tienen explicación, alguien aparece de repente y actúa de revulsivo. No hay que darle más vueltas, solo aceptar lo inexplicable. Eleanor Roosevelt dijo que el futuro pertenece a quienes creen en la belleza de los sueños... Yo volví a soñar gracias a una abuela de ojos resplandecientes y un autobús, gracias a una mujer que, con tan solo una mirada, derrumbó el personaje que llevaba construyéndome toda mi vida. ■



El banco de hablar

ROCÍO DÍAZ





E

El abuelo envejeció con una caracola pegada a la oreja.

Sus dedos se acoplaban sobre ésta como si se hubiera hecho a la medida de su mano. Se la acercaba al oído y cerraba los ojos, mientras una plácida sonrisa iba dibujándose sobre su rostro.

- ¡Demonio de crío! –Mascullaba entre dientes cuando me pillaba trasteando con ella– ¿No tiene juguetes? Que tiene que estar cogiéndome la caracola en cuánto me descuido...
- No va a tener... –contestaba mi madre– una habitación llena. ¿No lo sabe ya? Pero cuánto más le prohíba que se la coja, más lo hará.

Entonces él seguía refunfuñando entre dientes mientras me la quitaba y se marchaba con ella en la oreja, hasta el banco que había a espaldas de la casa, donde se sentaba durante horas mirando el mar sin despegársela de ese lado de la cara.

- Este es el banco de hablar –le amonestaba yo. Yo, que le había ido siguiendo en silencio, imitando su andar calmoso. Yo, que me sentaba a su lado, nada más que para chincharle.
- ¿Y que me quieres decir con eso?
- Pues eso, que aquí nos sentamos porque venimos a hablar, no para estar callados.
- Pues ya estamos hablando ¿no?

No llevaba mucho tiempo en casa, y aún no nos teníamos demasiada confianza. Aunque, con el tiempo, nos volveríamos los mejores compinches.

El abuelo era farero. O mejor dicho era torrero de faro. Así le gustaba llamarse y que le llamaran, aunque esa designación había dejado de usarse cuando se terminó la guerra. Pero él, que no solo procedía de una familia de torreros sino que había nacido en un faro, bien sabía lo que era: “Yo no soy eso tan enrevesado que dicen ahora. “Cuerpo de nosequé de Señales nosécuántas. Repetía. ¿A son de qué tantas palabras? Valiente sandez. ¿A quién se le ocurriría? A uno que no tenía nada que hacer, y que encima, en su vida habrá pisado un faro, como si lo estuviera viendo.”

Se refería al Cuerpo de Técnicos Mecánicos de Señales Marítimas que era la designación oficial que recibían los torreros, los fareros coloquialmente hablando, desde 1939. Pero aún, por aquel entonces, yo estaba a mis cosas.

Yo tenía esa edad imprecisa en la que ya sabes la verdad de los Reyes Magos y el Ratoncito Pérez, pero te sigues haciendo el inocente, para que en tu mundo feliz nada cambie. Además, hasta el día que él llegó, yo había sido el Rey de la casa. Allí, todo eran mis dominios y lo demostraba con ese posesivo: mi



casa, mi jardín, mi banco, mi habitación, mis cosas. No tenía hermanos, y toda la atención de mis padres era para mí.

El banco de hablar era un viejo banco de madera donde me llevaban éstos cuando me enfurruñaba con algo para que me dejara de lloriqueos y explicara “como una especie de adulto bajito” qué me pasaba. Así que en cuánto veía a mi abuelo allí sentado, para allá que iba a cantarles las cuarenta, como me las cantaban a mí. Yo era un niño viejo y solitario, y él un viejo abuelo tan solitario como yo. Estábamos destinados a encontrarnos en cualquier esquina de la soledad. Aunque aún nos faltaba llegar a ella.

Eso pensaba mi madre cuando se lo trajo a vivir a casa. La mujer supo ver, aun siendo solo su nuera, el bien que nos haría a ambos la mutua compañía. Ni tan siquiera mi padre, su hijo, daba un duro porque nos amoldáramos el uno al otro. Y no solo terminamos encajando como las dos únicas fichas de un mismo puzzle, sino que, quizá por eso mismo, nos hicimos inseparables y ahora tantísimos años después puedo recordarle con una inmensa sonrisa.

Pero ¡ay entonces! cómo nos costó. Nos costó más que un poco.

Un día cualquiera encontré en mi casa a aquel abuelo a quién había visto en contadas ocasiones en su isla. Venía para que-

darse ese viejecillo de ojos grandes al que no había prestado nunca demasiada atención. Iba a verle porque me llevaban y solo quería ir porque por sus dominios campaban, sueltos y a sus anchas, caballos salvajes y ciervos, gaviotas y conejos. Eso sin contar con las gallinas y el gato que vivían con él. Eso era lo que, a mis ojos, le volvía diferente: todos los animales, salvajes y domésticos, que lo rodeaban. Justo lo que no se había traído.

Y no oculté mi decepción cuando me enteré.

- ¿Entonces no te has traído ni el gato?
- No.
- ¿Pero por qué?
- Pues porque él vive allí ¿Y quién soy yo para sacarle de su casa?
- Su dueño.
- No, no, los gatos no tienen dueño, los gatos tienen una casa y la del gato que vivía conmigo era el faro.
- Pues tu casa también era el faro, así que haberte quedado allí también.

Y al mismo tiempo que mi madre me gritaba por maleducado, mi abuelo contestaba:

- Buena razón tienes. Ya me hubiera gustado, ya...



Pobre abuelo. No le hice la vida fácil, pero él, en cambio, siempre me daba la razón o me seguía la corriente. Mientras no le cogiera la concha, claro. Era lo único que se había traído de su faro. Eso y lo que a mí me parecían unos cuantos cuadernos viejos que releía de vez en cuando.

En realidad, esos cuadernos eran algunos libros de servicio del faro. Los libros donde tanto su padre como él, habían ido apuntando a lo largo de los años los avatares del día a día, con noches incluidas, de una vida en un faro: La meteorología, las incidencias, las averías, hasta las visitas, escasas, que hubieran recibido. Todo tenía cabida en aquellos libros que prometían, en un principio, estar tan faltos de novedades.

Sin embargo él los hojeaba muy a menudo. Los leía y releía, vocalizando las letras con los labios, musitando en voz baja.

- No se lee en voz alta porque se molesta a los demás –le dije yo una tarde.
- ¿En voz alta?
- Sí, te estoy oyendo.
- ¿Y te estoy molestando?
- Un poco.
- Ah, perdona, he comenzado a leer que una vez unos piratas quisieron abordar a un barco que había

naufragado cerca del faro y me he puesto nervioso y ni cuenta me he dado de que leía en voz alta.

Le escuché atentamente, asentí con mi cabeza, pero me quedé callado sin responder nada. Siguió leyendo para sí durante un rato, y yo seguí jugando con mis coches. Al cabo de cierto tiempo, volvió a musitar lo que leía, y yo, en vez de decirle otra vez que callara, sin decir nada, siguiendo con mis coches la unión de las baldosas fui acercándome a él, haciendo que el juego me llevaba por aquel camino, pero también empezando a prestar más atención a lo que él leía. Supongo que buena parte de lo que aquella tarde leyó no estaba escrito, pero era un relato apasionante. Ya ni tan siquiera por los piratas, que también, sino porque además lo contaba con tal intensidad que pude escuchar el sonido del mar como rugía, el de las gaviotas chillando, pude ver el resplandor de un rayo y hasta sentir cómo su descarga había entrado en el faro por los grifos. No olvidaré jamás aquella tarde. Y por supuesto nunca más volví a mandarle a callar.

No era ningún secreto para nadie que yo sentía que él había venido a invadir mi mundo feliz. Había venido a usurpar mi sitio en el banco de hablar, en el jardín, y lo que era peor me quitaba atención de mis padres que también tenían que ocuparse de él.



Tampoco era ningún secreto que mi abuelo estaba allí en contra de su voluntad. Qué más hubiera querido él que continuar en su isla y en su faro. Pero había sido desterrado por los adelantos tecnológicos. Su faro había sido uno de los propuestos para automatizarse. Otros fareros más jóvenes andaban haciendo presión alegando que ellos no habían aprobado esa oposición para trabajar lejos del mar, alegando que su nómina adelgazaba mucho si ahora tenían que buscarse una vivienda, alegando y alegando lo que se les ocurría para aferrarse al faro. Pero hacía mucho tiempo ya que se había promulgado una ley que declaraba su cuerpo a extinguir. A los más jóvenes les estaban dejando a cargo de varios faros, y a los mayores les jubilaban no solo de su puesto, sino también de su lugar de vida.

- La tecnología, los Gps, y la biblia en verso. Lo que quieran decir –protestaba mi abuelo– el caso es que me han echado.
- Pero padre si usted ya tiene edad de jubilarse...
- Mi padre murió en el faro con las botas de agua puestas, nunca pensé que mi vida sería distinta. Si tú hubieras querido opositar...
- ¡Ya estamos! Pero padre que su vida es su vida y la mía, la mía, y yo no quería vivir en esa isla alejado de la civilización, además que ya lo ve, el resultado hubiera sido el mismo, yo también hubiera sido del grupo de los últimos fareros.

Pero el abuelo insistía:

- Y lo bien que habría vivido ahí el chiquillo. ¿O es que tú no creciste bien?
- Los tiempos cambian, padre. Resígnate que no hay relevo. ¿Es que aquí no vive bien mi hijo?

En ese punto los dos me miraban y descubrían que yo les estaba escuchando y terminaba la discusión.

Pero al abuelo le estaba costando resignarse. Había tardes que intervenía mi madre para aplacar los ánimos:

- Pero abuelo si desde aquí ves tu faro, si tienes tu mar a un paso...
- Vas a comparar... Yo estaba en medio del mar, tan en medio, que cuando las olas alcanzaban cinco metros casi cubrían el faro, y yo estaba dentro. Ni te imaginas la sensación. Mientras que vosotros vivís aquí esquinados, viendo el mar desde la barrera...
- Eso son los toros abuelo, no el mar, y aquí estamos más seguros, con lo bien que estás aquí disfrutando del nieto que se nos está haciendo un grandullón.



En ese punto los dos, abuelo y nieto, nos mirábamos de reojo y callábamos.

Al principio no fuimos muy amigos, ambos éramos orgullosos, no dábamos tan fácil nuestro brazo a torcer. Pero tanto el uno como el otro íbamos haciendo nuestros progresos en el acercamiento silencioso al otro. Nuestros muros no eran tan altos. Y con el tiempo mi padre le reconocería a mi madre que tenía razón, juntarnos había sido la mejor idea.

De pequeño me dolían mucho los oídos. En cuánto llegaba el verano y me descuidaba con las aguadillas, o me vencían las ganas de bucear, llegaba esa noche fatídica que mis oídos me recordaban que, como decían en los libros, “estaba a su merced”. Aquella vez, después de que mi madre me hubiera dado un vaso de leche y un calmante, no paraba de dar vueltas en la cama, ya no sabía ni que hacer para dormirme de nuevo, cuando de pronto apareció el abuelo en mi habitación.

- Pero abuelo ¿qué haces aquí? que es muy tarde.
- Vengo con un montón de remedios milagrosos, ya verás.

Le miré con cara de “la que me ha caído con este abuelo”. Pero el hombre se mantuvo indiferente a mi incredulidad. Diligente me puso varios almohadones a la espalda para que me incorporara un poco y

me dio a beber una infusión que en un principio juré que jamás me tomaría, pero la verdad es que luego sabía hasta casi bien. El abuelo me contó que era jengibre, manzanilla y un par de plantas más que se había traído en bolsitas de la isla. Me extrañó porque yo pensaba que solo había venido con la caracola y aquellos cuadernos. Pero ese abuelo que me había tocado en suerte no dejaba de sorprenderme. Después, bajó mucho la luz de la habitación y me fue colocando en los oídos trapos doblados que previamente calentaba en la estufa y que parecía que un poco me calmaban. Y por último, por haberme bebido la infusión hasta el final, se sacó un chicle del bolsillo de la bata que también me regaló, no sin antes hacerme prometer que no me chivaría. Tras todos esos remedios, cuando ya casi se me cerraban los ojos, vino lo mejor.

De pronto comenzó a contarme historias de las que llevaba escritas en aquellos cuadernos suyos. Pero lo hacía mientras con sus manos iba dibujando sombras chinas en la pared. ¡¿Cómo iba a imaginar yo que mi abuelo sabía hacer todas esas figuras?! Las sombras se deslizaban desde las yemas de sus dedos hasta la pared y allí cobraban vida. Volví a ver a los caballos salvajes y los ciervos, los conejos y las gaviotas. Volvió también aquel gato suyo que se había quedado en su casa, en el faro. Aquellas manos que yo envidiaba tanto porque tenían la caracola, también estaban llenas de sombras mágicas que nos llevaban en volandas hasta su isla, nos hacían ascender por las escaleras



de caracol de su faro, y una vez en lo alto, fuera de la linterna, nos dejaban casi tocar la luna.

Después de aquella noche ya todo cambió. Sin darme cuenta comencé a querer a aquel abuelo mío que era farero y guardaba tantas maravillas entre sus manos.

No sabría decir cuánto tiempo había pasado desde que llegó a regañadientes a mi casa hasta el incidente de mis oídos. El camino hasta encontrarnos, entre esas sombras de la China, había sido lento y difícil. Obcecados con mantener lo que había sido nuestra vida hasta ese momento, ambos sentíamos que estábamos perdiendo algo, sin saber que, en realidad, lo estábamos ganando.

La ventana de mi habitación daba al banco de hablar. Una noche, no sé por qué me desperté, y me pareció escuchar en el silencio un murmullo. Me asomé a la ventana y le vi allí sentado con su concha en el oído. Y bajé sin hacer ruido.

- Pero abuelo ¿Qué haces aquí tan tarde? Ya verás cómo se entere mi padre...
- Lo peor que hay en esta vida es ser un chivato...
- Abuelo que yo no soy ningún chivato, acuérdate del chicle, ya lo sabes.

– Lo sé hijo, lo sé, por eso estoy tranquilo de que no se lo vas a decir. Ven, mira, siéntate aquí a mi lado.

Cada faro emite un numero de destellos por cierto tiempo. El de la isla de mi abuelo emitía tres destellos cada quince segundos. Era su señal, su rasgo de identidad. Cada faro tiene la suya. Y los barcos cuando veían los destellos en la noche, o entre la niebla, sabían a cuál pertenecían porque estaba escrito en su libro de faros.

Mi abuelo todas las noches, sin faltar ni una, salía a contemplar su faro en la lejanía. Nosotros teníamos nuestra casa en un lugar privilegiado de la costa desde el que podíamos distinguir dos faros, sin embargo mi abuelo sabía perfectamente cual era el suyo. Miraba a aquellos tres destellos que conocía tan bien y poniéndose la caracola en la oreja decía que ese momento de la noche era el mejor para escuchar los sonidos de su lugar en el mundo. Las aves nocturnas que poblaban su isla, el rumor del mar, los crujidos de los barcos hundidos, todo le llegaba a través de su caracola. Con ella podía conversar con su faro, sentirse allí. En la noche brillaban los enormes ojos del abuelo, mientras me lo contaba, se iban humedeciendo de pura nostalgia.

– Nadie lo entiende ¿sabes? Nadie entiende que ese faro es mi responsabilidad. –dijo aquella noche y mientras lo



hacía se le escapó una lágrima que de un manotazo se sacudió rápidamente de la cara.

Y aunque estábamos en el banco de hablar, sobraban todas las palabras.

Al rato de estar callados el abuelo pasando su brazo por encima de mis hombros, me atrajo hacia él un momento, y casi al mismo tiempo, levantándose ya, musitó:

– Venga, hijo, no son horas de estar aquí, vámonos corriendo no nos pille tu padre.

Tengo recuerdos inolvidables de aquella época, sin embargo, no sé cuánto tiempo media entre ellos. Están trenzados desde luego al olor del mar y al sonido de las gaviotas, y a pesar del tiempo transcurrido, cuelgan intactos de los destellos acompañados de un faro cercano con el que conversaba mi abuelo todas las noches, primero en soledad, y luego siempre conmigo a su lado. Poco a poco fue domesticando a la nostalgia, y atesoró un sinfín de enseñanzas que aprendí en nuestras noches de secretos y compinches. Él fue mi primer gran amigo y, me enorgullece saber que, también yo fui, no solo el último, sino también el mejor de los suyos. ■



La propuesta

VICTORIA BORRELL



Era viernes por la tarde, un fresco viento de poniente impregnaba la primavera y, aunque no tenía prisa, Mario comenzó a impacientarse. No recordaba ningún retraso en ocasiones anteriores. La inquietud fue invadiéndole a medida que caminaba a lo largo de la calle y contemplaba el original jardín que daba paso a la hilera de edificios pálidamente esmaltados.

Al levantar la vista la vio saliendo del coche, acababa de aparcar unos metros más allá de la puerta de su bloque. Siempre impecable, con el rostro arrebolado enmarcado en su corta melena, Regina trató de acelerar el ritmo, consciente de su retraso. A Mario le eterneció aquella intención que valoró por su gran osadía. Sus pasos, aunque rápidos, eran cortos y algo inseguros. Movía los brazos de un modo casi marcial, dejando que el brocado de los puños de su blusa aleteara como una naciente mariposa blanca. Su contoneo asimétrico hizo que Mario evocara la imagen de una gaviota doliente fotografiada en su última salida costera. El pájaro, anticipado pocos metros, trataba de escapar de la trayectoria marcada por los pasos del joven, abría las alas con la intención de volar y caminaba oscilante dando breves e irregulares saltitos. Con esa imagen en la mente, el joven hizo una señal con la mano, en un movimiento rítmico de ascenso y descenso para tranquilizar a la mujer, hasta que se encontraron en un sonoro beso. Regina tuvo que alzar la vista para mirar los brillantes ojos de Mario.

- Llegas tarde, mi lady –dijo el chico sonriendo.
- ¿Cómo está mi nieto preferido? –contestó Regina, mientras guardaba las llaves del coche en su enorme bolso y sacaba las del portal.

Mario llamaba lady a su abuela desde su despertar adolescente cuando decidió que, además del parentesco que les unía, ella era una gran dama. Su primer apelativo fue abuelady, pero fue simplificado por el paso del tiempo.

- Aguardando bajo el sol y algo preocupado –exageró él, enfundado en la camisa de rayas.
- No te inquietes, los viernes el círculo de lectura me absorbe como un recién enamorado –añadió–. ¿Llevas mucho peso en esos paquetes?

Mario miró sus manos atrapadas en múltiples asas de bolsas multicolor y, aunque pensó que no resultaban excesivas para él, asintió con cierta complacencia. Su rostro delgado, envuelto en asilvestrados mechones de pelo castaño, coronaba la percha de unos hombros imperiales. La elegancia de Mario recordaba algún rasgo de Regina en su juventud.

Ella le instó a preparar el café mientras se acomodaba las zapatillas de casa y se libraba del pesado tintineo de su collar preferido.



- Quizá te sorprenda, pero he preparado una tarta de zanahoria siguiendo una receta que he visto en internet
- afirmó Regina, sonriendo.

Mario entró en la cocina para bucear en un cálido entorno donde todo resultaba familiar. Hasta la primera inclinación de un rayo de sol, entrando por el ventanal a esa hora de la tarde, revelaba un oeste conocido desde su infancia. El lugar del calendario anual permanecía inmutable, sin embargo, también había novedades de vanguardia en la cocina, como la freidora de aire sobre un tapete de ganchillo heredado. Muchos años de adquisiciones –pensó– mientras tomaba asiento en la mesa redonda taladrada por un ramillete de hierbas aromáticas.

- Tienes que ponerme al día –entonó Regina, con estrépito, desde la habitación contigua– cuéntame... así que, al final, decidiste viajar a Egipto.

Antes de contestar, Mario aclaró que todos aquellos paquetes, depositados en sillas contiguas, eran algunas prendas compradas para el viaje horas antes de su cita de despedida.

La abuela le imaginó volando rumbo a El Cairo. Le parecía apasionante la posibilidad actual de volar de forma casi improvisada y, en ocasiones, con tarifas irrisorias. En su juventud, le

gustaba planear los viajes prestando atención a cada detalle, haciendo acervo de toda la documentación posible para interpretar arte, historia o costumbres del lugar de destino y todo ello con escasos medios, tal vez una biblioteca cercana o alguna librería especializada.

- Sí, ya sabes, mi lady, es un destino de moda. Perfecto para hacer crecer mi Instagram con las mejores fotografías. Ya he superado los mil seguidores.
- ¿Un destino de moda llamas a lo que Herodoto denominó don del Nilo? Es mucho simplificar ¿no te parece? Pero cuenta, cuenta, cómo va ese trabajito tuyo en las redes
- dijo Regina, disimulando ahora su desencanto por las escasas expectativas de su nieto sobre el país elegido.

A Mario le gustó la referencia al histórico don del Nilo y afirmó que viajaba, cada vez que podía, a países exóticos a fin de hacer fotografías y grabar vídeos para crear historias en Instagram y en Tik-tok, que ahora tenía más tirón. Aquello le reportaba algunos ingresos interesantes con los que hacer su vida mientras estudiaba. Mario se movía sobre la silla dibujando un arco de noventa grados y posando su mirada sobre cada uno de los objetos a su alcance. El reloj redondo de pared, que había dictado los minutos durante los últimos veintidós años de su vida, se mantenía inmutable, ahora que la abuela iba a ser tes-



tigo de su graduación. Evitó mirar la amarillenta foto de familia, despedazada desde la agónica muerte de su padre y los ecos de incomprensión de su madre. Un pasado demasiado lejano que él no podría recordar.

Por su parte, Regina tenía otros intereses sobre la actividad del joven Mario. Era consciente de la nueva necesidad de exhibición de cualquier tipo de logro y mantenía su perplejidad ante el hecho de que esa ocupación pudiera reportar beneficios económicos. Con la inocente y resuelta curiosidad del más absoluto desconocimiento del negocio virtual, se atrevió a preguntar sobre la información que Mario manejaba a fin de colgar sus historias en las redes.

– A ver, bueno..., primero habrá que probar esa tarta tan esperada, estoy deseando emitir mi veredicto –pidió Mario, retirando el papel que cubría la dulce bandeja–. Verás, de sobra sabes que me encanta viajar, conocer lugares, pero lo más importante es traer imágenes atractivas y hacer recomendaciones interesantes. Después, viene lo de posicionarse de forma ventajosa en los buscadores.

Mario confesó que, a su juicio, conocía lo más relevante del país, las pirámides, algunos templos, las costumbres o la comida típica.

– En fin, te voy a contar por encima el itinerario, ¿te apetece?

Regina se sentó, sirvió el café, desplazó el florero y prestó atención. Mario relató con entusiasmo que, una vez llegado a El Cairo, embarcaría en un crucero por el Nilo cuya primera parada serían las pirámides de Gizeh y que, para ese destino, se había comprado dos camisas de color marfil y un pantalón de lino blanco, así como un sombrero de explorador, que mostró bromeando al tratar de ponérselo a la abuela. Explicó que conocía la inclinación solar de cada momento del día y había pensado, incluso, en el ángulo preciso para hacer las selfies más atractivas.

Regina escuchaba a su nieto con una emoción encontrada entre el orgullo de contemplar a un joven inquieto –con iniciativa y conocimientos de vanguardia– y una ráfaga de desencanto al observar que aquel pequeño, al que nunca tejió patucos ni baberos, pero al que contó todos los cuentos del mundo, hoy se conformaba con viajar para fotografiarse, exhibiéndose de un modo que a ella le parecía enormemente frívolo.

Mario, algo eufórico, hizo referencia a la posibilidad de traer regalos a la familia, a los amigos y, en especial, comprar algún papiro de jeroglíficos estampados a todo color para Regina.

– Claro, me hará mucha ilusión tenerlo.



Regina, cambiando el tono de voz y evitando ponerse solemne en exceso, creyó oportuno compartir con Mario algunos de sus conocimientos sobre Egipto, país al que nunca había viajado, pero que había sido objeto de sus aficionadas indagaciones. Le explicó que, precisamente, con haces de caña de papiro se construyeron barcas para comunicar las primeras aldeas egipcias y le habló de mastabas y pirámides escalonadas.

– Evidentemente, ya he visto en internet algunas fotografías muy chulas cerca de las cámaras mortuorias, sé lo que quiero hacer –replicó el chico, con seguridad.

Había mucha historia en torno a las imágenes que Mario tenía en la cabeza y Regina le hizo pensar en los millones de toneladas de piedra, miles de hombres y numerosos años de trabajo invertidos en la creación de esas maravillas, así como en los reyes todopoderosos, evocados en sus historias de aventuras infantiles, que regulaban las vidas de sus siervos a través de opulentos visires.

Mario comenzó a escuchar absorto a la abuela Regina, que acompañaba su voz con relajadas facciones acariciadas por mechones de plata y una dorada emoción en el relato. Datos curiosos, como el origen del calendario, la alusión a la gran biblioteca de Alejandría o las relaciones parentales entre los poderosos dioses, atraeron el interés del joven.

– ¡Así que fue una reina, Hatshepsut, la que consiguió el más importante período de paz y riqueza en el Imperio Nuevo y tuvo la categoría de faraón! –suspiró, arqueando las cejas.

Mario miraba a su abuela con auténtica devoción. Definitivamente, una tarta podía resultar deliciosa, pero no tanto como las historias que estaba conociendo. De pronto, pensó en incorporar algunos de los temas a los vídeos que había planeado. Le interesó saber que el patrimonio egipcio constituía la gran fuente de riqueza del país, sin embargo, no supo qué contestar cuando Regina le preguntó por la situación socio-política de la región.

– Mi lady, siempre me deslumbras. Yo me preocupo por saber qué tiempo hará, cuál es la moneda vigente o cómo voy a distribuir mi repertorio de ropa y zapatos para cada día. La intención es conseguir unas fotazas impactantes ¿Te imaginas la puesta de sol más bonita del mundo en las pirámides? Se concentra un montón de gente para contemplarla.

La abuela, con mucho cariño, afirmó que, efectivamente, no necesitaba saber nada de todo aquello si únicamente pensaba hacer fotos, pero que quizá pudiera ayudarle a entender mejor a la gente, a acercarse a su forma de vida.



– ¿Sabes que para conocer Egipto podrías ir al Louvre, al Museo británico o al Museo egipcio de Turín? Allí encontrarás más patrimonio que en su propia tierra – afirmó Regina, ante la extrañeza de su nieto.

Y prosiguió afirmando que Napoleón había conquistado Egipto, por entonces provincia del Imperio otomano, para debilitar a los británicos que controlaban el comercio con la India y que la famosa piedra de Rosetta se encontró mientras los soldados franceses cavaban las trincheras durante la guerra. Regina, apasionada del arte y de la historia, resumió un puñado de acontecimientos relacionados con la ocupación británica y la evolución del reino de Egipto hasta la instauración de la república, con la existencia de otro faraón, cuya política dictatorial influyó en los acontecimientos de la reciente Primavera Árabe. Habló de la descolonización y sus efectos hasta la actualidad, sospechando que todo aquello era desconocido para su nieto. Regina había soñado con conocer más mundo. De niña su afición había sido coleccionar postales o fotografías de míticos lugares que recortaba en revistas y periódicos. Sus álbumes eran un tesoro que la trasladaban a momentos familiares íntimos y a proyectos luminosos. Mario interrumpió el galope de palabras de Regina.

– Mi lady, llevo dos años en esto de las redes. Soy, digamos, un influencer de nivel medio, por ahora, pero

me dejas boquiabierto. Creo que tú podrías aportar montones de cosas a mis historias. Eres la caña. Te veo como mi colaboradora especial –dijo el joven, sosteniendo una carcajada.

Regina constató que su nieto mantenía la curiosidad infantil casi intacta. De algún modo, se recordó a sí misma en un pasado no muy lejano, devorando lecturas sobre historia y colaborando con artículos intensos en la revista universitaria. Pensó que los tiempos habían cambiado, pero no podía calibrar cuánto.

– Eso de participar en tu canal habría que hablarlo con mucha tranquilidad, me encantaría colaborar contigo –aseguró deslizando los dedos sobre su pecho– pero he visto las redes sociales invadidas de jóvenes que muestran a sus abuelos como payasos de feria, no me parece muy digno exhibir a los mayores de esa manera. Tengo que ver muy bien lo que haces y valorar la utilidad de mi colaboración.

Mario se sorprendió por el comentario de su abuela. Nunca lo había pensado –abuelos haciendo el ridículo en las redes para el divertimento global–. Aquello le dolió. Los mayores tenían tanto derecho a realizar conductas estrafalarias como los jóvenes, sin embargo, le produjo cierta tristeza el comentario de



Regina. Quiso remontar, su intención había sido otra, quería contar con los saberes de la persona experta que tenía delante, segura, rotunda, convincente. Entonces, se interesó por las actividades recientes de su abuela.

Regina repasó mentalmente de un plumazo su calendario semanal y sus compromisos. Le agradaba que su nieto se interesara por ella. Terminó su café, ya frío, y acercó las tazas al fregadero con un paso sosegado. Volvió a sentarse y mantuvo una breve pausa antes de responder, en tanto recolocaba ligeramente los bordes del mantel de hilo. Además de su espacio diario para practicar deporte, no podía dejar de enseñar. Así se lo hizo saber a Mario. Seguía colaborando con un grupo de jóvenes enamorados del arte, con quienes estaba aprendiendo a crear un blog donde colgar comentarios a sus creaciones.

- Digamos que es un espacio dialógico que traspasa fronteras, soy una especie de crítica de arte en el espacio virtual –miró a Mario, evaluando sus impresiones sobre un rostro satisfecho.

Regina reconoció que internet era un gran invento, que la vida de sus horas crecía sin límites y que la infinidad de recursos que manejaba le estaba permitiendo aportar sus interpretaciones en foros especializados. Había diseñado un proyecto de valoración

de obras de arte enmarcadas en sus contextos culturales, sociales y políticos. Era una labor inimaginable en otros tiempos. Tal vez por eso, por la onda expansiva de su vida cotidiana, se sentía tan satisfecha en estos momentos.

- Maravilloso, mi lady –entonó Mario, uniendo sus manos con gesto de aplauso–. Ya ves, mi actividad es viajar y compartir lo que encuentro y tú muestras tus conocimientos sin tener que viajar.

Regina frunció el ceño con suavidad, necesitaba una explicación más larga sobre aquella rotunda afirmación. Sin embargo, no era momento de profundas argumentaciones, al fin y al cabo, el chico buscaba convergencias entre ellos y mostraba curiosidad. Realmente, viajar era para él una prioridad y para ella solo una posibilidad. En el vertiginoso presente que la envolvía trataba de ser más selectiva.

- En fin, Mario, ¿sabes? Los atardeceres más bonitos suceden en cualquier lugar con buena compañía.
- Ya, claro, pero hay que inmortalizarlos... De eso me encargo yo.
- En cualquier caso, tus fotografías siempre serán mejores que las mías –añadió la abuela, con una sonrisa de aprobación.



Regina se levantó de la mesa y, con un guiño, llevó a Mario hacia la ventana. El sol se estaba poniendo y el bermellón arañaba el anaranjado horizonte. Aquella sí le parecía la puesta de sol más bonita del mundo, acompañada por los ojos iluminados de su nieto. Sin embargo, no pudo evitar un impertinente zarpazo de la memoria y una neblina pegajosa la envolvió mientras se entregaba al abrazo de su difunto hijo, en aquel mismo espacio y con el mismo coloreado horizonte.

Mario, aún prendido del brazo de Regina, percibió su semblante melancólico y le estampó un largo beso en la mejilla.

De nuevo, una inspiración profunda para ascender a la superficie, como siempre, como cada vez que su mente se iba y debía regresar. A veces, con el trabajo, otras, con las aficiones y, siempre, con Mario.

– Mi lady, es hora de irme, pero antes tengo que darte las gracias por esta conversación y pedirte algo. ¿Podrías hacer un hueco en tu agenda? –dijo, uniendo las palmas de sus manos bajo la barbilla– el próximo viaje lo haré contigo. ■



La torre

GRACIELA MADINA



G

Gonzalo camina despacio. El peso de los años se nota en cada paso. A diario recorre el mismo sendero. Le gusta alejarse del pueblo por el estrecho y verde camino que lleva a las ruinas de lo que en otro siglo fuera un imponente castillo. Se sienta en una piedra y deja volar sus recuerdos. Los hijos, los nietos, Elena. Su compañera, la amorosa madre de sus hijos, su querida Elena. Hace ya tres años, un ataque al corazón le arrebató a Gonzalo el amor de su vida.

Conoció a Elena en las fiestas del pueblo, hacía ya muchos, muchos años. Siempre risueña, alegre, vital. Se enamoró de ella nada más verla y sabía que a Elena le había sucedido lo mismo aunque nunca lo reconoció para bromear con él.

– Tuviste que trabajar mucho para que yo me fijara en ti. Eras larguiducho y tímido... siempre le decía su mujer sonriendo cuando recordaban juntos el inicio de más de medio siglo de vida en común.

Cuánto echaba de menos esa compañía dulce, esa mujer que incluso anciana se veía bonita. Sus cuidados, sus detalles, hasta sus regaños que siempre eran por su bien. Ella era el pilar de la casa. La mujer fuerte y dulce, madre, esposa, abuela, enfermera, maestra, todo, ella lo era todo en su hogar. Ahora la casa se siente vacía, triste, sin vida. Sus hijos le visitan a menudo. A los nietos les encanta

salir a pasear con él y escuchar sus innumerables historias sobre el pueblo, la guerra y la dura posguerra, las ancestrales costumbres de su pueblo que a Gonzalo le encantaba enseñar: “para que no se pierdan las raíces entre tantas redes sociales...”

Hoy Gonzalo se siente especialmente triste, la soledad hace que sienta hielo en su corazón. A esas horas de la mañana, sus hijos estarían corriendo hacia el trabajo, los colegios y mil tareas más. El tiempo pasa tan rápido cuando eres joven y el tiempo es lo que ahora le sobra a Gonzalo. Recostado en el muro de la antigua torre, Gonzalo no puede evitar que una lágrima caiga, perezosa y lentamente por su rostro lleno de arrugas que son testigo de una larga vida.

Aquí mismo pedí a Elena que fuera mi mujer, aquí ella me regaló el sí más importante de mi vida. Esa vida que ahora tiene que vivir en cruel soledad.

– Por ahí dicen que los hombres no lloran.
– ¿Quién habla?
– El torreón, las vetustas piedras sobre las que estás recostado.
– Por ahí dicen que las piedras no hablan.
– Pues ya ves, yo soy piedra y hablo y tú eres hombre y lloras. Apañados estamos, amigo.



- Creo que me ha dado demasiado sol en la cabeza, mejor me voy a casa y descanso un rato. Sería el colmo que con los achaques que ya tengo encima me esté volviendo tarumba.
- De tarumba nada, deja de dramatizar, hombre. Tranquilo, deja volar tu imaginación y charlemos un rato. Yo también tengo mis achaques, aquí donde me ves, son ya cinco siglos de vida. También tengo la sensación de que me han abandonado.
- ¿Qué sensación va a tener un puñado de piedras? Además, es un hecho que te abandonaron hace mucho. Mírate, si las plantas crecen salvajes en toda tu estructura. Con unos amigos del dominó, estoy intentando que los de cultura del ayuntamiento hagan algo. Es una pena que una torre como esta se pierda por la desidia de los políticos.
- Para dar ánimos no vales mucho, tú. Ya sé que estoy hecha un desastre, por eso quería hablar contigo. Y además porque te veo a tí tan hecho pedazos como yo, ya puestos a ser sinceros. Por mí han pasado los siglos, por ti los años. En un tiempo la vida bullía entre mis muros, risas cantarinas llenaban el espacio y fui testigo de importantes gestas. Tú has sido partícipe de las vidas de tus seres queridos. Has visto crecer a tus hijos y nietos, tú eras parte importante y activa de sus vidas. Ahora

- sigues siendo importante pero ya no te necesitan, te sientes arrinconado, testigo mudo y lejano, como yo.
- Menos mal que no estaba llorando antes porque ahora sí que me entran ganas de llorar. Ya me sentía solo sin escuchar tus comentarios sobre la vida y el abandono.
- No te pongas así, hombre. Sólo quería pincharte un poco para que espabiles. En vez de venir aquí a lamentarte por tu soledad, ponte las pilas y habla con los del ayuntamiento. Si fuiste capaz de convencer a Elena para que se casara contigo, muy bien podrás hacer que los de cultura se tomen en serio mi rehabilitación. Que me pongan mona, quiten las malas hierbas, pongan carteles con la historia del castillo completo y esas cosas.
- ¿Y por qué no lo haces tú? Si eres capaz de hablar conmigo, muy bien podrás convencer a los del ayuntamiento para que te adecanten un poco.
- Qué gracioso, pero me lo merezco por bocazas. No, sólo hablo contigo. Y mejor no cuentes nuestra charla o van a decir que has perdido la cabeza. Mira Gonzalo, tú tienes muchas cosas que contar, sientes que te apartan porque estás mayor, pero todavía puedes hacer tanto. Tu experiencia, tu compañía, tus buenos consejos, incluso tus achaques, todo es valioso, tú eres valioso ahora como cuando eras joven.
- Perfecto, te regalo la hipertensión, la artrosis y el...



- Para el carro que te has venido muy arriba. Yo te regalo las malas hierbas, el mal de la piedra que me estoy desmoronando y lo que tú quieras. No se trata de fijarnos en lo malo que nos sucede sino en todo lo que somos. Tú y yo somos importantes por nosotros mismos, por lo que fuimos, por lo que somos y por lo que seremos cuando nos recuerden quienes nos conocieron.
- Estoy viejo y cansado. Mis hijos formaron sus familias y se marcharon a la ciudad. Sí me vienen a visitar algunos fines de semana, pero cuando se van, siento el vacío más absoluto. Además, no quiero contarles mis achaques ni cuantas veces voy al médico, ellos tienen demasiadas obligaciones como para tener que cargar con un anciano.
- Pues eso, el ayuntamiento tiene ya demasiadas obligaciones como para tener que cargar con una torre medio destartada y sin castillo siquiera. Digas lo que digas, empate a uno. Sé cómo te sientes, te he visto cuando vienes aquí buscando paz, buscando soledad pero extrañando el ruido y la compañía... Conozco esa sensación de querer a un tiempo ser parte de una vida bulliciosa y querer que respeten tu espacio único y aislado. No quieres lo mismo que yo no quiero.
- ¿Qué?
- El olvido. No queremos ser un cero a la izquierda después de una vida llena de amor y entrega.

- ¿Tú amor y entrega?
- En sentido figurado, sí. Me construyeron para defender, sólida para resistir los ataques del enemigo y así fue. Entre mis muros vivieron seguras muchas generaciones así como a tu amparo creció tu familia. Tú formaste un hogar seguro y lleno de amor junto a tu esposa. Yo abrigué vidas seguras y llenas de amor entre estos muros que hoy son una triste sombra de lo que antaño fueron.
- ¿Qué quieres de mí?
- Lo mismo que quieres para ti. Que no te olviden, ser parte de la vida de quienes ahora son lo que antes nosotros fuimos.
- La idea es buena pero dime cómo hacemos y piensa que mucho hago hablando con una torre.
- ¿Cómo que “mucho hago hablando con una torre”? Pues esa torre va a transformar tu vida, si te pones manos a la obra. Hoy, en la partida de dominó le dices a Sebastián, el padre del concejal de cultura, que mañana vas al ayuntamiento a hablar sobre el torreón. También puedes llamar a tu hija Aurora. Está agobiada con los niños y no sabe qué hacer para que no pasen tanto tiempo en el ordenador y el móvil. Dile que venga este fin de semana y te vienes con los críos. Cuéntales todo lo que sabes de mí, que es mucho, lo sé perfectamente. También puedes enseñarles a reconocer todas las plantas y árboles que



- hay por aquí, seguro que aprenden mucho. Es importante que las nuevas generaciones aprendan de quienes les precedieron. El pasado es el mejor maestro del futuro.
- Gonzalo regresó a casa sintiendo una paz y una alegría que hacía mucho tiempo no recordaba haber sentido.
 - Sentado en el único bar del pueblo, Gonzalo comienza la diaria partida de dominó hablando con su amigo Sebastián.
 - Oye, Sebas, mañana voy a ir al ayuntamiento para hablar con tu hijo sobre el torreón. He estado allí esta mañana y la verdad es una lástima. La maleza lo tiene medio escondido y hay un montón de latas herrumbrosas por ahí, está que da pena. Podían arreglarlo y poner un cartel. Este castillo tuvo mucha importancia en el siglo XVI.
 - Tienes razón, da asco cómo está algo tan bonito. Como mi Puri ha sido maestra durante tanto tiempo, ella podía organizar visitas por el torreón, el puente románico y la fabulosa iglesia. Varias veces me ha comentado que le gustaría mucho dar a conocer la historia del pueblo, pero nunca hemos hecho nada. Pues, si no te parece mal, mañana quedamos y hacemos una visita a mi hijo, verás qué sorpresa se lleva.
 - Quedaron y la idea gustó en el ayuntamiento. Un entusiasmo nuevo iluminaba ahora el rostro de Gonzalo. Volvía a sentirse útil, volvía a sentir que no era un estorbo, había un nuevo proyecto, una nueva ilusión.

- Animado por su gestión en el ayuntamiento, Gonzalo llamó a su hija para contarle su idea sobre el torreón y cómo el concejal daba luz verde a su iniciativa.
- Ven a pasar el fin de semana con los chicos. Ya sabes que en la casa hay sitio de sobra y el aire del pueblo es muy sano. Puedo cocinaros unas migas como en la ciudad no las tenéis ni en pintura.
- Vale, papá. Nos va a venir de lujo despejarnos un poco y los chicos harán muy bien saliendo contigo y dejando las dichas pantallas. No sé cómo hacer para que pasen menos tiempo en el móvil.
- Ya verás, Aurorita, cómo ni falta que les va a hacer el móvil. Aquí se van a entretener de lo lindo con su abuelo, yo me encargo de que no se aburran.
- Gracias, papá. Yo creía que los chicos te podrían cansar demasiado, como son tan revoltosos, pero si no te viene mal, allá nos vamos todos.
- Los críos no me cansan, hijita. Niño que no se mueve es que está enfermo. Así decía tu madre ¿te acuerdas? Y tú eras un buen elemento ¿Recuerdas cuando te subiste al tejado de la iglesia para ver el nido de cigüeñas de cerca y luego no sabías cómo bajar? Todavía no sé cómo lograste llegar tan alto.
- Sí que recuerdo el susto que tenía allá arriba... y me viste tan triste y asustada que ni regaño hubo. Te quiero papá. Nos vemos el sábado.



– Te quiero, hija mía.

Te quiero hija mía, te quiero... qué felicidad sentirse vivo, cuánto agradecía a la vida esos momentos. Ya no podía decir a su mujer cuánto la quería pero tenía en su recuerdo una vida entera llena de esos te quiero. A veces sentía los años como si fueran una pesada carga pero esos días comprendió que los años sólo pesan si no los compartes con amor.

El ayuntamiento arregló la torre, se quitaron las malas hierbas que invadían su legendaria estructura. Construyeron una pequeña cerca alrededor y pusieron un panel explicativo con los datos históricos de lo que fuera un importante castillo del que tan sólo quedaba una solitaria y desgastada torre. Se organizaron rutas guiadas para dar a conocer el patrimonio histórico-artístico del lugar.

Los nietos de Gonzalo se acostumbraron a pasar los fines de semana en el pueblo. El abuelo les enseñaba a reconocer plantas y, en las despejadas noches de verano, se sentaban en el empedrado parque, mirando al cielo y les explicaba cada planeta y la leyenda que había detrás de cada nombre. Los nietos con amor, paciencia y mucha complicidad, enseñaron al abuelo a moverse por internet. Tardaron varias semanas hasta que el aplicado Gonzalo supiera manejar el teléfono táctil.

– ¿Pero cómo cuelgo ésto? No veo el botón para cortar la llamada. ¿Si le doy aquí sale una cámara? Anda si te veo...

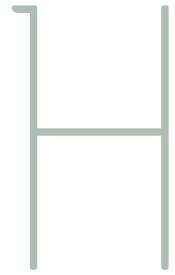
Cada mañana, Gonzalo paseaba temprano y se acercaba a la torre. Se quedaba mirándola largo rato, reía, hasta deseaba que las sólidas piedras le hablaran, le volvieran a hablar. O nunca lo hicieron ¿Fue su imaginación? ¿Realmente las piedras hablan? ¿Fue su querida Elena que desde el infinito quiso volver a llenar su vida de amor? Quien sabe, la vida. Esa vida que cuando eres joven no te paras a pensar y cuando eres mayor ya no te quedan fuerzas para hacerlo. ■



Llegar lejos

ESTELA SÁEZ





“Había caído demasiado bajo” se decía mientras se agarraba la cabeza con las manos. Allí, en la sala de espera del médico de cabecera de un barrio cualquiera, Eutimio tuvo una revelación: su vida no podía seguir como hasta ahora. Y todo por aquel pequeño desencadenante: habían destinado a su doctora a otro ambulatorio y en su lugar habían puesto a un joven de esos distantes que no se levantan de la silla ni miran a la cara de los pacientes. “Aquello era intolerable” “la gota que colmaba el vaso”. Así fue como Eutimio despertó de su letargo y agitó una sala de espera en hora punta plagada de jubilados. Y todos se levantaron siguiendo a Eutimio en su protesta. Al grito de “no hay derecho”, lanzaron panfletos de autocuidado por el suelo y alzaron sus bastones al aire abandonando, al ritmo que podían, la rampa del ambulatorio.

Eutimio García era un hombre de setenta y dos años que vivía solo en un pequeño apartamento en el centro de la ciudad. Desde que enviudó, su vida había caído en una rutina monótona y solitaria. Sus hijos, dos varones que vivían en el extranjero, apenas si lo llamaban en contadas ocasiones o fiestas de guardar, inmersos como estaban en sus trabajos y en sus vidas familiares. Por eso, a pesar de tener nietos, rara vez los veía por Skype. En la pantalla del ordenador todo se enfriaba, así que a veces no querían ponerse o estaban muy ocupados con las extraescolares. Un hijo vivía en Canadá y el otro en Suiza, les

veía cada 5 y cada 2 años respectivamente. El mayor de sus vástagos ni siquiera pudo venir cuando falleció su madre, la mujer de Eutimio, dijo que no le daban permiso en el trabajo, pero coincidió con que se habían comprado una casa nueva. Aquello supuso para Eutimio una gran decepción y le dejó sumido en una tristeza aún mayor si cabe. Ni siquiera en las épocas en que las llamadas eran más abundantes, como Navidad o cumpleaños, podía llenar el vacío que sentía. La falta de compañía y propósito se había convertido en una pesada losa, que le mermaba más y más, haciendo que sintiera cada día como una repetición sin fin.

Desde que falleciera su mujer hacia ya cinco años, Eutimio se había mantenido obediente y sumiso a lo que la sociedad, incluso el mismo, esperaban de él. Cada mañana seguía el mismo ritual: se levantaba temprano, se preparaba un desayuno frugal y se daba un paseo. Luego se dirigía al banco, donde solía pasar parte de la mañana entre actualizaciones de libreta y chachará. Un día le informaron de que cerrarían la sucursal del barrio y que tendría de desplazarse varias manzanas si quería hacer gestiones. Eutimio lo aceptó de buena gana: andar era bueno para la salud y no quedaba otra. Más tarde redujeron tanto la plantilla debido a la fusión con otro banco que la oficina quedó desierta, apenas si quedaban dos personas en aquel inmenso espacio, y además eran dos jovencitos con más ganas de explicar cómo



funcionaba el cajero automático que de entender a los clientes. También el horario de caja se había convertido en algo absolutamente absurdo. A pesar de haber empleados en el banco y ahí al lado del dinero, solo podía sacar efectivo hasta las once. Pero también esa sucursal la cerraron alegando que se podían hacer cómodamente todas las gestiones online. Todo aquello mató pequeña chispa de conexión humana que había en esas operaciones mientras las acciones del banco no paraban de subir y subir en el Ibex 35. – “¿Y ahora qué?” – se dijo Eutimio agarrándose el pecho. Entonces le diagnosticaron una angina, el colesterol por las nubes y una diabetes incipiente. Y Eutimio se resignó a llevar una vida menos estresante “¿Menos aún?” se decía para sí.

Así fue como cambió su visita casi diaria al banco por el centro de salud. Cada mañana se dirigía al ambulatorio para sus revisiones rutinarias. No es que estuviera gravemente enfermo, pero esas visitas le proporcionaban una excusa para salir de casa y el día que no le tocaba tomarse la tensión, tenía que medirse el azúcar y, al menos con tanto sermón de lo que debía hacer o comer, se sentía un poco cuidado. El enfermero le daba pautas de alimentación y ejercicio y Estefanía, su doctora habitual, le daba conversación y alimento para el espíritu. Su consulta era un lugar donde él se sentía escuchado y comprendido. A pesar de que había sido un profesional de la abogacía competente, el hecho de cambiarse de piso tras la jubilación, le había aislado un tanto

de amigos, compañeros y clientes. Y esa soledad se hacía notar. Estefanía sabía que la salud física requería de bienestar emocional y le animaba a dar largos paseos o a reunirse con antiguos conocidos ¡El caso era salir y charlar! Por eso, el día que llegó a la consulta y recibió la noticia de que Estefanía había sido trasladada, algo dentro de él se derrumbó. En su lugar, encontró a un doctor joven, con pinta de recién graduado, que se escondía tras unas gafas de pasta y la pantalla del ordenador. A pesar de ello decidió darle una oportunidad en busca de la calidez personal que necesitaba. Pero los meses pasaban y pasaban y el doctor seguía sin mirarle a la cara, ni al alma.

Aquella mañana de la que hablamos, el doctor tuvo una urgencia y tuvo que salir. Acumulaba un retraso de más de dos horas. Y allí estaba Eutimio, en la sala de espera del centro de salud, sumido en sus propios pensamientos, esperando y desesperando. De repente miró a su alrededor y vio a otros jubilados, todos ellos con semblantes similares de descontento y resignación. ¡Ya estaba bien, algo tenía que hacer! Y sin saber cómo se levantó e iracundo gritó: “ Esto ha ido demasiado lejos” y airado abandonó el edificio. Como si de una cadena invisible se tratase, había liberado su furia reprimida durante años: un jefe tonto, una mujer renegona, unos hijos ingratos y las tantas y tantas veces que el sistema trataba de pasarle por encima con sus imposiciones carentes de sentido y de humanidad. “Basta” se dijo. La agitación



se expandió rápidamente entre los demás pacientes, quienes le siguieron gritando consignas de rebelión y protesta.

Cuando salió a la calle, Eutimio miró a los lados y se dirigió a los contenedores de enfrente, cogió un cartón y el palo de una fregona vieja que estaba allí tirada y decidido sacó su bolígrafo del bolsillo para escribir de forma precaria: “¡YA ESTÁ BIEN! ¡LOS MAYORES ESTÁN A CIEN! Volvió a la puerta del edificio y movió una y otra vez su pancarta al aire mientras gritaba enfurecido “YA ESTÁ BIEN! ¡¡¡¡LOS MAYORES ESTÁN A CIEN!!!!. Los que le habían seguido hicieron corro a su alrededor y se pusieron a corear la misma frase.

Pronto una multitud de curiosos, transeúntes e interesados por la causa se sumaron hasta formar una pequeña multitud. Todos comentaban entre ellos a la par que gritaban ¡Ea, ea, ea, la gente se cabreal!. Los empleados y demás pacientes miraban patidifusos a través de los cristales de la puerta. A algunos les parecían una panda de chalados y a otros unos valientes. Un trabajador comentó “La que se ha montado por un cambio de doctora”, pero no entendían que tras las montañas de burocracia y trámites administrativos se había perdido la esencia de los cuidados: el genuino interés por el otro.

Pasada una media hora Eutimio empezó a corear cada vez más bajo y espaciado hasta quedarse sin apenas volumen. Derrota-

do, bajo su pancarta y comenzó a andar hacia casa cabizbajo. Pero una mano le detuvo.

- Pero hombre, ¿qué haces? ¿A dónde vas después de la que has montado?
- Yo no he montado nada, solo me sentí ahogado y quise gritar –dijo Eutimio.
- Pues si no has montado nada, deberías hacerlo –le espetó otro– Ya ves que poder de convocatoria tienes.
- Yo solo soy un abogado jubilado –dijo Eutimio.
- ¡Pues como los demás!

Eutimio alzó la cabeza y miró a su alrededor, de repente, se dio cuenta que un centenar de personas le rodeaban y le miraban expectantes.

- Pues no sé, podemos reunirnos aquí mañana a la misma hora y a ver qué surge –dijo Eutimio con voz tímida.
- Si, eso, reunámonos –comentaron otras voces por detrás.
- Y ya de paso, otro día nos juntamos en la puerta del banco, que ya les vale –dijeron otros.
- Pues nada, dicho y hecho, mañana al mediodía aquí.
- Entonces se dispersaron y marcharon por diferentes direcciones. Para entonces la magia de la tecnología ya había hecho su efecto y algunos de los pasaban



casualmente por allí habían colgado la historia en las redes sociales, haciéndose viral entre la gente del barrio y la ciudad.

A la mañana siguiente, para cuando dieron las doce, curiosos y disconformes de todas las edades estaban esperando. Eutimio miró a la multitud anonadado y de repente se sintió no solo acompañado, sino de nuevo útil. Una media sonrisa se dibujó en su rostro mientras una idea se encendía en su mente: había que montar una asociación, pero no de esas que se reúnen en un cuarto una vez a la semana a hacer macramé, sino algo más a pie de calle, algo que le permitiese soltarse y movilizarse ¡Ya estaba bien de ser sujetos pasivos! Los demás lo miraban con interés. Sin reflexionar demasiado, cosa poco usual en él, se dirigió al centro de salud, se subió a la escalinata y, alzando los brazos, comenzó a decir:

– ¡Ya está bien de que nos tomen el pelo por el simple hecho de ser mayores! comisiones en los bancos, pensiones congeladas, trámites absurdos en los ministerios y trato distante en sanidad... Nos quitan facilidades y dignidad ¡Unámonos y así seremos más fuertes! Propongo que nos reunamos aquí todas las mañanas de lunes a viernes para montar un poco de ruido. Después, podemos recoger ideas y llevar a cabo

acciones. Estoy seguro de que otros más jóvenes también nos apoyarán y ayudarán. Ayer sin ir más lejos, el nieto de Ramón nos dijo cómo teníamos que hacer los carteles o de dónde sacan ellos los eslóganes en publicidad.

Los días siguientes fueron emocionantes. Junto a Juan, un ex-profesor de historia, y Rosa, una antigua enfermera, comenzaron a organizar reuniones regulares en el parque cercano al centro de salud. Decidieron llamarse JAA “Jubilados Activos y Al poder”.

La primera reunión de la asociación se llevó a cabo en el parque de la Rivera. Eutimio, que no se tenía por líder natural antes de jubilarse, fue elegido como presidente por su naturalidad. La energía en el ambiente era palpable. En cada reunión, se discutían temas relacionados con las pensiones, organización o actividades recreativas y educativas. Muchos miembros, autosilenciados hasta la fecha, se sentían incluidos y valorados. Uno de los primeros nuevos proyectos fue el “Compañía en Casa”, inspirado por la experiencia de Ramón, que pronto abandonó las protestas por dificultad para caminar. Este programa se centraba en la visita y acompañamiento de aquellos miembros que no podían asistir a las reuniones debido a problemas de salud o movilidad. La iniciativa fue un éxito, promoviendo la solidaridad de jóvenes con mayores y asegurando que



ningún miembro se sintiera solo o abandonado. Otro programa consistió en recoger firmas para mejorar la atención sanitaria solicitando más tiempo por persona y más calidad en las visitas. Pronto se lograron mejoras, ya que los médicos se mostraban de acuerdo incluso decían que claramente mejoraba su trabajo. Animados por el éxito de los primeros desafíos decidieron solicitar audiencia al ayuntamiento para discutir mejoras en los hogares de jubilados, ayudas complementarias a las pensiones más bajas y actividades deportivas centradas en los mayores y en su socialización. Pasaban los meses y meses pero la respuesta del ayuntamiento no llegaba. Decidieron mejorar los argumentos presentado el censo con el presupuesto municipal al lado, en el que se veía claramente que las necesidades de los jubilados, un colectivo cada vez más grande, quedaban claramente desatendidas en comparación con otros grupos de edad. Entonces si fueron convocados a una reunión con el alcalde y el concejal de bienestar social. Eutimio, Rosa y Juan asistieron en representación de la asociación. Aunque la reunión fue tensa y llena de tecnicismos, lograron transmitir su petición pero los miembros de la corporación rechazaron su propuesta. Durante las semanas siguientes, la asociación organizó marchas y recolectó firmas y dinero para apoyar su causa. Los medios de comunicación se interesaron por ellos, y pronto la figura de Eutimio apareció en los periódicos y en las noticias de televisión ¡incluso se convirtió en youtuber improvisado! Esta visibilidad atrajo más simpatizantes a la causa, aumentando la presión sobre las autori-

dades, que terminaron cediendo, aunque las mejoras tardaron aún largo tiempo a llegar, eso las que lo hicieron.

Con el éxito de la campaña para aumentar los beneficios sociales, la Asociación de Jubilados Activos y Al Poder ganó notoriedad. Eutimio se sentía eufórico por los logros y su círculo social pronto se amplió notablemente. Motivado por jóvenes y mayores, decidió apuntarse a un ultratrail que tendría lugar en los meses siguientes en los montes de la ciudad. Nada más y nada menos que 45 kilómetros con un considerable desnivel. Pero decidió prepararse entrenando durante semanas, cuesta arriba, camino abajo. El día de la carrera, hacía un sol castigador y Eutimio se sentía más débil que nunca. En una de las bajadas, tuvo un tropiezo tras el cual rodó y rodó montaña abajo resultando magullado, con una fractura de tibia y otro amago de angina de pecho.

– Has tenido suerte –le dijo el doctor– Es una fractura no desplazada y en un par de meses te recobrarás.
Sin embargo, te aconsejo no correr, tu corazón puede soportar emociones, pero no un esfuerzo considerable.

Por ello, después de meses de lucha y aún las que quedaban por hacer, Eutimio cedió ceder el testigo, “al fin y al cabo es un logro de todos” solía decir. Para él, un hombre tímido y recatado, ya había logrado suficiente y seguiría apoyando la causa. Tras aquella



reunión de cese, como si de un jovenzuelo se tratara, Eutimio ligó. Si, si, una separada alegre llamada Carmen, se acercó muy interesada y le preguntó cómo había surgido el proyecto, cómo se había puesto al frente,.... Al principio con la pierna coja, después un poco más ágil, fue quedando con Carmen. El la llevaba de paseo y ella le involucraba en actividades divertidísimas a las que Eutimio accedía encantado, excepto a baile, donde ahí si que no se animó. Él, que había creído que el amor era una experiencia del pasado, se sorprendió a si mismo sintiendo de nuevo mariposas en el estómago. Una nueva vida, una compañera de risas y sueños olvidados.

Una mañana se despertó entre caricias y espasmos. Los rayos de sol se colaban por la ventana dando cierta tibieza al edredón y una oleada de placer le invadía el cuerpo. Hacía años que no sentía esta sensación. A su lado estaba Carmen, quien sonreía pícaramente. Bajo su cuerpo cada vez más marchito, algunos sistemas permanecían intactos. Se sintió bien, muy bien. Ahora si que estaba tranquilo y que cada día era nuevo y a estrenar. Los días y los meses pasaron. No consiguió ver más menudo a sus nietos, pero empezó a disfrutar de los Carmen, había conocido a muchos nuevos amigos y sobre todo había sentido que juntos somos más fuertes y que el envejecimiento no significa resignación, sino oportunidad.

Ahora si que había llegado lejos. ■



Lobo de mar

FRANCISCO GONZÁLEZ



U

Una tarde sombría en el puerto. Un gran barco de carga anclado en el muelle, su casco de acero desgastado por el viento y las olas. Un viejo hombre, displicente, lo observaba desde la distancia, con la mirada perdida en la infinidad de contenedores amontonados como bloques de un rompecabezas gigante. Tenía la cara curtida por la sal y el sol, y en sus ojos se podía ver el peso de una larga vida dedicada al mar, de una vida de rutinas repetitivas. Debería estar ya jubilado, pero quizás, quien sabe, la inercia de esa monotonía era lo que le hacía seguir adelante,

Ese viejo y experto hombre había estado en ese puerto, en esa ciudad, más veces de las que podía recordar. Un día tras otro, la misma sucesión de días grises: la descarga, la espera, la carga y la partida. El mismo ciclo, una y otra vez, como un viejo disco rayado. Y cada vez que partía, dejaba atrás la posibilidad de algo diferente, algo más allá de la vida que conocía. En su mente, con esa cercana posibilidad de retirarse de su trabajo para siempre, había un mar de dudas y de miedos que amenazaban con ahogarlo más que cualquier tormenta en alta mar. ¿Qué pasaría si dejara de seguir ese camino marcado, si no volviera a embarcar? ¿Podría soportar la incertidumbre de un nuevo horizonte, de una vida sin la seguridad de lo familiar? El pensamiento le aterraba, y sin embargo, también era el único pensamiento que parecía tener sentido, que le animaba a conti-

nuar. Por eso siempre regresaba al mar, siempre volvía a bordo del mismo barco. Porque al final, el miedo a lo desconocido era más grande que el cansancio del ciclo repetitivo.

Y así se encontraba, una tarde más en ese puerto, mirando el barco y las olas que rompían contra sus costados, con la ciudad a sus espaldas. Y todo lo que podía pensar era en lo que había más allá de la línea del horizonte, y en cómo su vida podría ser si se atreviera a descubrirlo. Pero por el momento, sólo era un veterano marinero, un hombre solo frente a un mar de dudas. La vida en alta mar no dejaba espacio para la frivolidad. Cada maniobra, cada decisión tenía su peso; para este viejo lobo mar, era como respirar. Había sentido el viento en su cara en las noches más oscuras, había visto el amanecer sobre un océano tranquilo, y había sobrevivido a tormentas que hubieran asustado a los hombres más valientes. La vida en alta mar era difícil, pero él la conocía, la entendía. La aceptaba con sus altibajos, con su dureza. Sin embargo, la vida en tierra era otro asunto. Aunque había vivido en la ciudad durante períodos cortos entre viajes, siempre se sentía como un extraño, un intruso. Las calles concurridas, los edificios altos, el constante bullicio... todo parecía extraño, lejano. Escenarios habitados por personajes de rostros borrosos y discursos confusos, de vidas, preocupaciones y alegrías que apenas podía comprender.



Había una cara cuyo perfil sí podía distinguir entre tanta confusión. Una joven mujer en particular, la dueña de una pequeña tienda de comestibles donde solía comprar antes de embarcarse. La había visto muchas veces, siempre detrás del mostrador, siempre sonriente. Parecía feliz, a pesar de la rutina, a pesar de que su vida parecía igual de repetitiva que la suya. Pero ella tenía algo que él no tenía, algo que parecía estar fuera de su alcance. No podía nombrarlo, pero sabía que lo quería. Con el paso de los años, la idea de dejar el mar y establecerse en la ciudad había cruzado su mente más de una vez. Había pensado en jubilarse, en llevar una vida tranquila, lejos del constante vaivén de las olas y del rugido del viento. Pero siempre estaba el miedo, el miedo a no ser suficiente. Y ese miedo lo mantenía en su lugar, en el muelle, mirando el barco y las olas, sin poder avanzar.

Un día, esta joven mujer de nítido rostro rompió la membrana de su soledad.

– Hoy pareces más melancólico de lo normal.

El viejo marinero se sorprendió. Nunca había pensado en sí mismo enfrentado a esa situación. Era demasiado insignificante para fijar la atención de cualquiera, más aún el interés. Pero allí estaba ella, mirándolo con ojos curiosos y amables, esperando una respuesta.

- El día es hoy más gris de lo normal.
- Cuando terminó de hablar, el lobo de mar sintió el peso de su propia estupidez. Soñó en ese momento con una segunda oportunidad para decirle lo que no era capaz de gritar; gritar que estaba atrapado.
- Cierto –dijo ella–. Ese debe ser el motivo de que no venga nadie. Tú no fallas. ¿A qué te dedicas? –preguntó, esperando interesada una respuesta.
- Al mar –definitivamente no se había preparado para una conversación.
- Me encanta el mar –continuó ella–. Pero siempre había pensado que daría para una conversación más entretenida.
- Otra vez se maldijo por no haber sabido articular palabra. Hubiera dado su reino por otra oportunidad para empezar a hablar.
- Voy a cerrar la tienda –prosiguió la joven–, ha empezado a llover y ya no creo que venga nadie... ¿Me acompañas hasta el final de la calle? Quizás no pueda cargar con las bolsas y el paraguas, me voy a empapar.
- Apenas llueve...

A aquel veterano no dejaba de sorprenderle su incapacidad para conectar sus pensamientos con lo que salía de su boca, pero esta vez consiguió salvar los platos.



- Pero te puedo acompañar.
- Genial... Así podrás decirme la verdad, ni siquiera el día está hoy tan gris como pareces estarlo tú.

Apenas se tomó el tiempo de apagar las luces y echar la persiana. Suficiente para que él ensayara una entradilla. Y lo consiguió. Así que le contó. Le contó sobre sus miedos, sobre su larga vida en el mar, sobre su deseo de cambiar. Y mientras hablaba, sintió como si una gran carga se aligerara. Como si, por primera vez, pudiera ver su situación desde una perspectiva diferente. Tuvo, a partir de aquella jornada, la posibilidad de volver, de contarle un poco cada día, de escuchar un poco cada día.

Y allí, en esa pequeña tienda de comestibles, el viejo marinero se dio cuenta de que había más de una forma de ser valiente. Que enfrentarse a lo desconocido, a sus miedos, podría ser tan valiente como enfrentarse a la peor de las tormentas en alta mar. Y aunque no sabía lo que el futuro le depararía, sabía que tenía que dar un primer paso. Porque no importa cuán grande sea el océano, siempre hay una orilla esperando al otro lado. Y no importa cuán grandes sean nuestros miedos, siempre hay una forma de superarlos. Y todo comienza con ese primer paso.

Esa conversación con la joven dueña de la tienda cambió algo en el veterano marinero. La mujer le habló con franqueza, sin

fingir ni adornar las palabras. Le contó su historia. No había nada de extraordinario en ella, no había gestas heroicas ni grandes logros. Era simplemente la historia de una chica que había decidido abrir una tienda en una pequeña ciudad portuaria. Había tenido sus momentos de duda, sus propios miedos. Había días en los que las cuentas no cuadraban, días en los que el cansancio parecía demasiado. Pero también había habido días buenos, momentos de satisfacción, pequeñas victorias que mantenían la balanza equilibrada.

- No hay una fórmula mágica para la felicidad –dijo ella con una sonrisa amable–. No hay un único camino que debamos seguir. A veces, solo se trata de hacer lo que nos parece correcto en cada momento, sin importar lo que los demás puedan pensar. Y sí, a veces nos equivocamos, y eso da miedo. Pero también es así como aprendemos, cómo crecemos.

Y un buen día, el viejo marinero no volvió al barco. En lugar de eso caminó por la ciudad, por calles que había recorrido muchas veces pero que nunca había visto de verdad. Observó a la gente, las tiendas, los edificios. Todo parecía diferente, como si hubiera quitado unas gafas que le distorsionaban la visión. Había posibilidades, oportunidades. Había vida más allá del mar. No fue una decisión fácil, pero finalmente decidió quedarse. Ju-



bilarse y vivir una vida diferente que sin duda también merecía. Decidió enfrentarse a lo desconocido, a sus miedos. No sabía si sería capaz de hacerlo, no sabía si sería feliz, pero al menos sabía que había tomado una decisión, que estaba dispuesto a intentarlo. Porque al final, la felicidad no es un destino, sino un viaje. Y cada viaje comienza con un paso. Y ese paso, por pequeño que sea, es siempre el más importante.

Los primeros días en tierra fueron extraños para el viejo marinero. Cada mañana, al despertar, sentía la ausencia del vaivén de las olas, el rugido del viento. Había un silencio inusual, una quietud que no conocía. Pero también había un despertar de sensaciones que habían estado adormecidas durante demasiado tiempo. Los sonidos de la ciudad, las voces de las personas, el ritmo de la vida diaria. Todo era nuevo, todo era un desafío. Tomó un empleo en un taller de reparación de barcos. No era el mar, pero al menos le permitía mantener una conexión con su antigua vida mientras exploraba la nueva. Cada día era una lucha contra el miedo al fracaso. Pero también era una victoria, una lección aprendida, un pequeño paso hacia adelante.

Los días dieron paso a las semanas y las semanas a los meses, comenzó a notar cambios. Pequeños al principio, pero cada vez más evidentes. Comenzó a sentirse más seguro, más cómodo

en su nuevo entorno. Comenzó a entender la ciudad, a las personas, a la vida en tierra. Comenzó a entenderse a sí mismo.

Fue un proceso lento, con sus altibajos, sus momentos de duda. Sin embargo, también había momentos de triunfo, momentos en los que sentía que estaba haciendo lo correcto. Y con cada pequeña victoria, su miedo disminuía un poco, reemplazado por una creciente confianza en sí mismo.

Y mientras la vida en la ciudad se convertía en su nueva normalidad, se dio cuenta de que había encontrado algo que había estado buscando durante mucho tiempo. No era la felicidad en sí, pero sí la posibilidad de encontrarla. No era una vida perfecta, pero sí una vida que estaba dispuesto a vivir, a pesar de sus miedos, a pesar de las dificultades.

Quizás, eso es lo que realmente importa. No se trataba de encontrar un camino sin obstáculos, sino de estar dispuesto a enfrentar los obstáculos que se presenten; no se trataba de vivir sin miedo, sino de no dejar que el miedo le impidiera vivir. Y pensó que, aunque la travesía pudiera ser difícil, siempre valdría la pena si le llevaba a donde realmente quería estar.

Y así, el viejo marinero se convirtió en un hombre de ciudad. Pero más que eso, se convirtió en alguien que había encontrado



el coraje para saltar las barreras que él mismo había permitido crecer frente a él. Alguien que había aprendido que hay muchas formas de encontrar la felicidad, esa felicidad que, a veces, solo tenía que estar dispuesto a explorarla. Porque al final, la verdadera victoria no era llegar a un destino concreto, sino tener el coraje de emprender el viaje aun cuando estaba perdido en sus propios miedos e inseguridades. 📖



Ni peros, ni peras

SOL GARCÍA DE HERREROS



Cuando el Rubio murió de repente, la tía Juana debía de haber cumplido ya los setenta. No sé qué grado de parentesco teníamos nosotros con el Rubio, aunque alguno tendríamos seguro porque en el pueblo todos –los ocho habitantes censados por entonces y los más de una treintena que volvíamos en verano– éramos familia más o menos lejana. El caso es que el Rubio se murió de repente, y con él se fue el último conductor que quedaba en invierno en el pueblo.

La tía Juana era la hermana mayor de la abuela. Era soltera y toda la vida se había dedicado a cuidar a la gente: primero hermanos, luego sobrinos, padres, sobrino nietos... Además, durante mucho tiempo había trabajado también el campo como cualquier hombre y por entonces, cuando el Rubio murió, aún se encargaba de su huerta y sus gallinas, y de todo lo relativo a nuestra bisabuela nonagenaria. Para nosotros la tía Juana siempre había sido otra abuela, más si cabe desde que murió la nuestra cuando éramos muy pequeños. Nos quería mucho y nos lo demostraba a menudo de cualquier manera posible: besos estruendosos, postres preferidos..., pero no se andaba con tonterías y tenía mucha autoridad dentro de la familia. Todo un carácter, solía repetir mamá, y contaba convencida que hasta que la tía la conoció y le dio su visto bueno, papá no se atrevió a hablarle de casarse.

– No habría sido posible. Tía no hay más que una –se reía él.

El Rubio se había muerto en mayo y ese verano la tía Juana le pidió a mi padre que le enseñara a conducir. Como todos los años, nos habían llevado en julio al pueblo con intención de dejarnos quince días medio asalvajados con la tía y la bisabuela. Éramos felices los cuatro aquellos quince días: ellas más acompañadas y más divertidas, y nosotros más libres, ahora pienso que tal vez más que nunca lo he sido. Ni en los mejores años de mi juventud he vuelto a sentir la libertad como al despertar los largos días de verano en el pueblo, sin normas ni obligaciones ni ningún papel que representar. En agosto volvían nuestros progenitores, y a pesar de que eran las fiestas y el pueblo estaba más animado que nunca, ya no era lo mismo.

- En agosto me enseñas a conducir –dijo la tía Juana a su sobrino aquel año con determinación.
- Pero, tía, qué dices – exclamó él, con un gesto de incredulidad.
- Ni peros, ni peras –sentenció ella–. Si no me ves vieja para que te cuide a los críos, digo yo que tampoco lo seré para conducir. Aquí en invierno no podemos estar sin coche, para cualquier cosa hay que llamar al taxista de Campos y que esté libre, y que uno se pone malo, al otro le falta un medicamento... Son ocho kilómetros y con el Rubio nos arreglábamos, que se nos ha ido a morir el más joven. Y el coche lo tenía casi nuevo, ya le he dicho al hijo que yo se lo compro.



Mi padre intentó disuadirla con distintos argumentos, pero cuando la tía decidía algo... Ya lo decía mi madre, todo un carácter, con ella no había peros.

Con gran sorpresa para su profesor y todos los desconfiados espectadores de sus primeras clases –casi todo el pueblo salió a verlo–, a la tía se le daba muy bien el coche y, pese a algunos sustos iniciales con vacas y vallas, cuando acabó el verano ya se manejaba perfectamente con el del Rubio. El carnet tardó en sacárselo cerca de un año, hasta que se plantó con el examinador y le dijo que si solo la suspendía por vieja, porque, que ella supiera, no estaba prohibido serlo y ella estaba perfectamente y conducía mucho mejor que muchos chavales de dieciocho. Poco después aprobó, aunque eso no había sido obstáculo para que utilizase el coche a su aire desde el principio. Eso sí, todo el mundo sabía que era muy prudente al volante.

– Juana, sácate el carnet –le había regañado el cabo del cuartelillo de Campos un día que se la cruzó, pero nunca llegaron a multarla: los padres del cabo vivían en otro pueblo como el nuestro y la tía les hacía favores a menudo.

Y es que, desde que empezó a conducir, la tía Juana se convirtió en una auténtica ONG para los vecinos de la comarca.

Porque por entonces en Villares solo quedaban dos hermanos que no se hablaban desde tiempos inmemoriales; en Albilla, un matrimonio muy mayor con un hijo discapacitado; en Mercos, los padres del cabo y cuatro más, todos ellos cumplidos los ochenta. Así que la tía y su Juanón, como empezó a ser conocido su coche rojo, hacían rutas y recados de todo tipo que los vecinos le agradecían con huevos, tomates o matanza.

El verano siguiente, la tía Juana parecía otra. Una mañana se había dado el día libre y había conducido hasta la capital de la provincia, ochenta kilómetros, sin motivo ni obligaciones. Siempre había ido allí con prisa y a hacer algo: al hospital, o a papeleos, y por primera vez en su vida paseó por la Calle Real mirando escaparates y se compró vestidos más coloridos que sus clásicas batitas oscuras y los pantalones de invierno que compraba en la furgoneta que iba al pueblo o que se cosía ella misma. Otra tarde fue a la peluquería de Campos, se soltó su coleta gris y pidió un corte moderno. Ese año, todos coincidimos en que desde que Juanón había llegado a su vida, la tía estaba más guapa y mucho más alegre.

Cuando al fin se sacó el carnet, se llevó a su madre a conocer el mar. La bisabuela se resistió; la tuvo que meter en el coche medio secuestrada mientras ella gritaba que su hija se había vuelto loca. Luego, sin embargo, se había emocionado mucho.



– Qué hermoso y qué grande, hija, mucho mejor que en la televisión– repetía la bisabuela, y nos los contó una y otra vez antes de morir meses después.

A partir de entonces, cada verano la tía nos recibía con alguna novedad en su aspecto –unas gafas de fantasía, unas mechas rojas– y mil historias que contarnos de sus andanzas al volante. alguna vez eran tristes, como cuando el pequeño de los de Villares se le murió en el asiento del copiloto cuando le llevaba al médico, y cómo lloraba desconsolado su hermano cuando se lo tuvo que comunicar.

– Después de treinta años sin hablarse, hay que ver qué tonterías, qué daño tan inútil nos hacemos. A los demás y a nosotros mismos, eh, vosotros ya podéis quereos mucho y bien– nos decía la tía a mi hermano y a mí, y yo me preguntaba si habría alguien a quien hubiera hecho daño ella en toda su vida.

Otras veces eran anécdotas emocionantes, como la mañana que iba a Campos a la farmacia y un coche se paró en medio de la calzada delante del suyo. Ella frenó, tocó el claxon con insistencia de automovilista avezada, apenas podía pasar, y finalmente se acercó por si ocurría algo. La conductora era una mujer joven, llevaba un crío pequeño y estaba de parto. Años atrás, cuan-

do aún nacían niños en el pueblo, la tía Juana había ayudado a traer alguno al mundo, por no hablar de la cantidad de partos de animales que había presenciado a lo largo de su vida. Así que intentó tranquilizar a la madre y a su hijo y ayudó a que la niña que ya asomaba la cabeza acabase de salir. Luego los llevó al consultorio, y meses después mi hermano y yo la acompañamos al bautizo de Juana Gladys, su ahijada hispano ecuatoriana.

Otra tarde pinchó en la nacional y conoció a Pedro, un jubilado que había sido camionero toda su vida y se paró a ayudarla. Se rieron mucho y se sintieron muy orgullosos, dos viejos cambiando una rueda solos, y cuando acabaron se fueron a tomar unos vinos para celebrarlo. Desde ese día eran muy amigos y yo estaba convencida de que la tía estaba enamorada de él.

– Anda, anda, algo tendrás por ahí, con lo guapa que te has puesto– me intentaba sonsacar ella a mí ya en mi adolescencia.

– Tía, la que tiene algo eres tú, tu novio Pedro– le contestaba yo evasiva, y ella se reía coqueta y casi parecía más joven que yo.

Pedro era de la zona, pero al jubilarse se había ido a vivir a Benidorm y cuando volvía y la visitaba la animaba a que se olvidara del frío castellano y se fuera para allá.



- ¿Y mis viejos, qué iba a ser de ellos sin Juanón? –se negaba ella ya con cerca de ochenta, aunque en verano sí fue alguna vez a visitarle.
- Jesús, qué lío, demasiada gente para mí. Allí tanto y aquí tan poco –nos comentó al volver.

La tía Juana murió con noventa y tres años, y hasta poco antes no dejó de conducir. Solo cuando yo decidí instalarme en el pueblo, me confió su coche y a algún viejo que aún resistía y se quedó tranquila. También me dejó en herencia su rechazo a las tonterías y el lema que resume su valiente manera de encarar la vida: ni peros, ni peras. ■



Si yo fuese alma

MIGUEL PAZ



E

Es al verlo subir en burro por la carretera, con la punta de los zapatos rozando el suelo, la mano sujetando un sombrero de fieltro, cuando sospecho que se trata de un chiflado o un turista peculiar: un hombre de edad avanzada, con anteojos, chaleco de punto y corbata de seda. Respira con esfuerzo e intenta disuadir al pollino. No me explico cómo ha conseguido llegar sin caerse, ni por qué ha ignorado, justo ahora, las obligaciones aplicadas en la pandemia. Al llegar a nuestra altura, le damos el alto y, pese a la excentricidad de la escena, la subteniente Ruiz mantiene el tipo.

– Dónde se creará que va... –murmuro yo, mientras el burro, que tiene un aspecto limpio y lozano, lanza un rebuzno endeble.

El hombre mayor –visto de cerca, parece frisar los sesenta y cinco años– se apea del animal y, con mohín abrumado, justifica su peregrinaje: lleva quince días ejerciendo de interino en el colegio comarcal, carece de carné y de vehículo, y lo del cierre por el coronavirus en pleno mes de marzo, le ha pillado por sorpresa.

– No me ha dado tiempo a preparar los deberes de los niños; el alcalde me ha prestado el animal; dice que está acostumbrado a trepar por el sendero –agrega, y baja la mirada con expresión de susto.

A la subteniente Ruiz se le ilumina levemente la cara y, por un instante, esboza una sonrisa. Es una mujer puntillosa, de gestos firmes y concisos, que rara vez se inmuta por nada. Pero esta vez, le cuesta un poco inhibir sus emociones.

– ¿Podría identificarse, por favor? –inquire con voz neutra.

El hombre, que sigue mirándonos con un ligero sobresalto, se despoja de la mochila y revuelve afanoso su interior. Después de unos minutos –que se le deben hacer eternos–, extrae una carterita de piel repujada.

La subteniente examina su documentación.

– Nicolás Expósito.
– Eso es –asiente con voz desamparada.
– Y dónde dice que va...

La comarca, abandonada de la mano de Dios, está repleta de aldeas diminutas, diseminadas como canicas por las quebradas del valle. Las casas, con tejados de pizarra y piedras de sillería, hacen pensar en otra época (una donde todo sucedía con misteriosa y resplandeciente lentitud) y tienen un aspecto hosco o descuidado: de hecho, la mayoría permanece cerrada varios meses y se olean al llegar los meses del estío. En las de este pueblo, el último



que corona el monte, se ha instalado recientemente un matrimonio ucraniano, que tiene dos niños pequeños. Lo cierto es que apenas quedan bestias, rosas y niños en este lugar, y su llegada fue celebrada por los escasos vecinos que pueblan el valle.

– A Quintanilla de Somoza –responde el hombre.

La subteniente, que ha recuperado su impasibilidad, lo observa con semblante circunspecto.

– Muy bien. Deje el jumento atado y venga con nosotros. Procure no tropezar en la pista. La nieve ha provocado algún desprendimiento.

La aldea dormita en un cerro y cruzamos una trocha para acceder a ella. A los lados, desplegándose en pastos verdes y ondulados, se extiende un valle de origen glaciar. Hacia el norte se angosta ante una sierra cuyas paredes alcanzan una muralla blanca. Su aspecto es imponente, pues, más allá de las crestas y las placas de granito que la integran, la sensación es de impenetrabilidad: como si la línea de cumbres que domina el valle, de una belleza sobrecogedora, se asentara en un roquedal infinito.

Al final del camino, con los brazos en jarras, un hombre nos ve llegar y sale de la casa. Al identificar al maestro, sonrío afablemente.

– Guarde una distancia prudencial –le indica la subteniente al maestro.

El rostro de la niña, que aparece al otro lado de la ventana, brilla con júbilo expectante: parece haber salido de las páginas de un cuento, de una fábula elaborada a base de suspiros y noches invernales. El óvalo de su cara, menudo y rojo, hace pensar en zapatitos de charol, o en una ciruela frotada con los dedos.

– ¡Qué tal, Alisa! –exclama Nicolás alzando la mano. La niña le devuelve una sonrisa nacida de un pincel.

La subteniente y yo enmudecemos, como si estuviéramos a punto de zarpar en un navío, los brazos pegados a las caderas, cómplices en el estupor, mirando la escena con curiosidad. El maestro saca un pequeño mazo de folios y lo posa en una silla de paja que hay frente a la casa. Esta tiene un modesto porche de madera labrada, un pozo con roldana y un huerto. Un hatajo de gallinas zigzaguea entre una mata de malvas. Su cacareo es incesante y clamoroso. También hay un cachorro de mastín. Nicolás Expósito se endereza y habla en voz alta al padre.

– Dentro, en la primera hoja, le explico los ejercicios que tiene que hacer esta semana. No son demasiados; no



quiero que Alisa se aburra. Sobre todo, que coloree la letra “A” y repase el número “Uno”. ¿Me ha entendido?

El padre, que parece comprender nuestro idioma, lo mira de modo acogedor y asiente con una sonrisa espontánea y amplia. Tiene unos ojos grandes y vivaces, un rostro pálido y un tupido bigote negro. No aparenta más de treinta años. Se produce, instantes después, un silencio embarazoso. La subteniente carraspea y un herrillo, esponjando las alas, rompe a volar sobre nuestras cabezas.

- ¿Algo más? –pregunta la subteniente con voz irreconocible.
- Solo un momento –suplica el viejo maestro—. Entonces descubre un libro y, desplazándose con agilidad, se afinca frente a la ventana de madera. La niña, que no ha soltado ni mú, lo mira intensamente—. Vendré a leerte un capítulo todas las semanas, ¿de acuerdo? –le propone—. Es un libro que algún día, cuando seas mayor, te hará sentir bien, *estés donde estés*.

Por unos segundos, me parece que la subteniente Ruiz va a formular una pregunta, le brilla la mirada, pero finalmente cruza los brazos y, al igual que yo, escucha con expresión atenta. También lo hace la pequeña Alisa, pero en sus ojos centellea otra experiencia, otra emoción, algo que la envuelve y que, se-

guramente, se sedimentará en su memoria: a lo mejor la luz de este día de abril en un país que acaba de conocer; puede que el aroma de estos pastos copiosos y nortizos; o quizá el eco de un rebuzno reverberando a lo lejos.

Yo no puedo reprimir más tiempo mi curiosidad.

- Pero, perdone, Nicolás, sin ánimo de ofenderle, cómo es que sigue trabajando usted ... Me refiero a que...no sé...a su edad, ¿no debería estar jubilado? ¿O desempeñando su magisterio en la ciudad? Pensaba que a estos pueblos recónditos solo venían los profesores noveles.

El viejo maestro tose y despliega una sonrisa cautivadora.

- Es una historia un poco larga.

Nos observa, pero ni la subteniente ni yo expresamos ningún signo de impaciencia.

- En ese caso...

Alisa termina de salir de la casa y se acerca con confianza a Nicolás: es evidente que la novedad somos nosotros y por eso no se atrevía a dar el paso. Es una niña de cuatro o cinco años,



ojos claros y redondos, la piel moteada de pecas rosas. Tiene restos de chocolate en la comisura de sus labios.

- La verdad es que, antes de ejercer de maestro – prosigue Nicolás–, desempeñé muchos trabajos, la mayoría por pura necesidad, otros por circunstancias azarosas y alguno fruto de mis hábitos viajeros: estuve en el Uruguay, trabajando en un rancho y más tarde en Canadá, talando árboles. ¡Árboles altos como torres!
- ¿Y tuvo usted tiempo de sacar la carrera?
- Todos esos viajes los emprendí pasada mi primera juventud. Siempre tuve el sueño de ser maestro y, aunque suene raro, me apetecía hacerlo en pueblos como este, alejados de la mano de Dios.

Inesperadamente, su voz se torna reflexiva, como si se dejase llevar por una súbita ensoñación. Sus palabras adquieren un tono suave y confidencial.

- Así se califican estas comarcas, hoy en día. Se dice de ellas: “Están abandonadas de la mano de Dios”; o bien: “No queda ni un alma”. Cuando, en realidad, las almas, no sé qué pensarán ustedes, se congregan en lugares como este y se alejan de donde persiste el ruido y la conmoción; donde solo hay degradación y zozobra. Si yo fuese alma, solo

viajaría por lagos y bosques. Solo lo haría bajo los cielos más limpios. Y el alma, además, *carece de edad*. ¿No les parece?

Si yo fuese alma...dice el viejo maestro y, por un momento, se materializa a nuestro alrededor un silencio portentoso, como si hubiese pasado, no ya un ángel, sino un pálpito de partículas misteriosas: esporas, semillas de amapola, un fulgor de trigo dorado y blanco. La niña mira a Nicolás juntando las manos.

- Perdonen... Me he ido por las ramas –murmura el maestro.
- No se preocupe –dice la subinspectora.

Nicolás señala su mochila.

- Nos toca la lectura –precisa y a la niña se le ilumina la cara.

Comprendemos que nuestro servicio ha concluido, así que, tras un saludo lacónico, nos retiramos discretamente.

A nuestra espalda, la niña y el maestro comparten un diálogo cómplice.

Un rato después, montados en el todoterreno, llegamos al cruce y enfilamos la nacional. Hemos hecho el retorno en silencio. La subinspectora carraspea levemente.



– Cabo, ¿conocía usted esa lectura? –me pregunta– ...
la que le estaba haciendo a la niña el profesor... –Como
permanezco callado, agrega: Juan Ramón Jiménez... La
memoricé de niña... Espero que esa pequeña también la
recuerde al crecer –dice y, mientras cambio de marcha,
con voz suave, recita: “Platero es pequeño, peludo, suave;
tan blando por fuera, que se diría todo de algodón...”.

El resto del viaje, hasta llegar al cuartel, debemos evocar lo
mismo: la imagen de ese maestro de mirada joven, subiendo
monte arriba en su asno, mitad añoranza, mitad futuro, deján-
dose llevar por el vigor infatigable de su alma. ■



Una luz al anocheecer

JOSEFA CABRERA



La memoria fue siempre su mejor aliada. En todos los ámbitos, circunstancias y, en general, en cualquier espacio y tiempo, Isabel recordaba todo; un privilegio que le otorgó la naturaleza. Las frases dichas, las imágenes, las vivencias propias y las de los que la rodeaban, cualquier documento que leía... incluso lo más insignificante quedaba grabado en su cabeza. Eso le facilitó siempre la vida: tenía una memoria visual muy aguda, y recordar las explicaciones del profesor la hizo destacar en todas las asignaturas porque, además, comprendía y razonaba con una agilidad fuera de lo común

Ya en su infancia, y desde muy pequeña, aprendió a leer, a escribir y las cuentas básicas de Matemáticas, mucho antes de ir a la escuela. Fue gracias a su padre, un hombre sencillo del campo que enseñó a Isabel lo poco que sabía y que ella guardó como un tesoro. Siempre destacó como alumna y, gracias a diferentes becas, pudo realizar estudios de secundaria y, posteriormente, estudios universitarios. Su lema fue siempre: “trabajaré lo que haga falta para ser una mujer independiente”. En aquel tiempo no era muy frecuente que una mujer cursara en la universidad, fue pionera y siempre tuvo que demostrar que sus méritos y su valía eran iguales o superiores a los de sus compañeros varones. Y lo consiguió; finalizó sus estudios de Biología y se especializó en Parasitología, una disciplina emergente en aquel tiempo y que, consideró, podría ayudar a mu-

chas personas ya que en esa época, década de los sesenta, las enfermedades por parásitos eran muy frecuentes. Obtuvo una plaza de profesora en la universidad y se dedicó a la docencia y la investigación. Sus éxitos científicos fueron numerosos y su vida académica igualmente exitosa. Era brillante e incansable, su mente no paraba de idear proyectos en los que trabajar y gracias a eso pudo acoger en su equipo a investigadores de todo el mundo, los mejores en su campo. Por allí pasaron científicos que posteriormente ostentaron cargos importantes en los centros de investigación más prestigiosos del país. Sus colaboraciones con América del Sur y África fueron clave para el estudio de parásitos y su erradicación en zonas marginadas. Por todo ello, su grupo de investigación obtuvo importantes subvenciones y premios nacionales e internacionales.

Pasaron los años con esta dinámica en los que ella se centró tanto en su trabajo que ni se planteó tener una vida personal como una pareja, ser madre..., el tiempo fue transcurriendo y su vida continuaba centrada en su profesión. Sus únicas relaciones, eso sí, eran con sus primas, casi todas de una edad cercana a la suya, y algunas amigas del colegio con las que, ocasionalmente, realizaba viajes en las vacaciones. Ella las denominaba “amigas de vacaciones”.

Isabel vivía feliz porque siempre tuvo lo que necesitaba, le bastaba con la satisfacción de sus logros científicos, con tener



salud y sus necesidades básicas bien resueltas, como vivienda, nivel de vida holgado para sus austeros deseos, y la compañía amiga en las vacaciones. Le gustaba visitar a su prima María en la finca familiar de viñas y olivos, donde recordaba su infancia llena de amor y hasta los olores de las comidas de la abuela, de la casa, y los aromas dulzones del ambiente en las noches de verano. Los sonidos de los grillos, la paz de las sobremesas y cómo fue iniciándose en la lectura de las novelas clásicas que encontró en el desván. Se transformaba cada vez que iba. Con el simple hecho de divisar la finca a lo lejos, los recuerdos acudían en tropel, a cual más sensible, muy enriquecedores pero también muy nostálgicos. Veía a sus padres, siempre atareados, trabajadores incansables de la tierra, que lucharon por darle un futuro. Le salía la alegría de golpe, solo con recordar aquella casa llena de gente, con sus tíos, sus primos, todos viviendo en la finca, las comidas multitudinarias en las que devoraban los guisos de cuchara de su abuela, el ajetreo, las sábanas secándose al viento...verdaderamente tuvo una infancia feliz. De vez en cuando recordaba a su padre, ya cuando era muy mayor, sentado siempre en su sillón de orejeras, mirando al campo y dándole la mano sin hablar pero con la suavidad de un “te quiero”.

Prácticamente sin terminar de creérselo, sin ganas e irremediablemente, tuvo que jubilarse porque la universidad la obligaba

a ello al cumplir los setenta años. En realidad, para ella no fue muy duro porque le quedaba la opción de poder solicitar el cargo de profesora emérita durante cuatro años más. Aprovechó esa oportunidad, que alargó sus ilusiones e inquietudes científicas y psicológicamente la hizo sentirse útil y querida por sus compañeros. En este tiempo fue experimentando un proceso de cambio casi sin ser muy consciente de ello: poco a poco pasó de un estado de poderío que le otorgaba su posición de jefa de grupo, a un estado que rozaba el agradecimiento a todos por haberle autorizado a continuar, por permitirle mantener su despacho, su laboratorio, y por hacerla sentirse muy bien cada mañana al levantarse. Se preparaba cuidadosamente, se aseaba y vestía con más ilusión que nunca sabiendo que tomaría café con los compañeros, que tendría un día más de investigación, de comunicación con colegas de otros centros...era su felicidad, pero al mismo tiempo también era consciente de que el tiempo se acababa y comenzó a torturarse con la idea de que no iba a saber vivir, de que su vida sin el trabajo estaría vacía y, poco a poco, se fue encontrando perdida y desilusionada.

Llegó el momento fatídico para Isabel e intentó estar fuerte cuando dismanteló su despacho por completo, limpió y tiró documentación hasta llenar varios contenedores de papel, regaló libros y revistas científicas que eran casi incunables. Solo se quedó con algún recuerdo sentimental y poco más. Su des-



pacho lo ocuparía un miembro de su equipo y habría reestructuración de espacios en el departamento. Cuando salió por la puerta del Centro, miró hacia atrás y decidió que ya no volvería, que esa etapa acababa de golpe y, con su valentía habitual, se forjaría otra vida. De pronto se notó muy fuerte y decidida a rodearse de tonicidad, de todo lo que la hacía sentirse bien.

Los compañeros le organizaron una comida de homenaje en un restaurante famoso que a Isabel siempre le había gustado, y para ella fue muy emotivo porque participaron todos, le hicieron regalos y hubo risas y buenas palabras dedicadas a su persona. Se dijeron muchas cosas como “nos tienes para lo que necesites” o “ven al departamento cuando quieras, que es tu casa”, que sonaron a huecas en los oídos de ella. Sabía que aquella era la última vez que estaría con ellos y nunca iba a pedirles ayuda para nada. Cada uno tenía su vida, sus problemas y situaciones, y ella no iba a entretener a nadie. Se valdría por ella misma, quedaría más frecuentemente con sus amigas de vacaciones y con su querida prima María, que ahora era la dueña de la finca, y ya iba ideando actividades para estar entretenida al mismo tiempo cuidarse, como ir a yoga o caminar todos los días. Estaba convencida de que no añoraría tiempos pasados, se estaba concienciando para una vida diferente, con plenitud, en la que intentaría ser tan feliz como siempre, ni más ni menos.

Isabel descubrió el placer de no ser esclava de una agenda y de un horario, de desayunar tranquila mientras escuchaba la radio o leía el periódico. Se matriculó en clase de yoga, iba al cine con sus amigas, con las que viajó a países como Japón o Perú, que tenía pendiente conocer. Visitaba muy frecuentemente a su prima a la finca con la que pasaba largas temporadas, sobre todo en verano, ya que allí, rodeada de arboleda, la casa de su familia tenía un microclima especialmente fresco que les permitía soportar los días tórridos. Sus siestas bajo el gran nogal en el lado sur de la casa, las cenas bajo las estrellas o la recogida de tomates y frutas como los melocotones o las ciruelas para hacer mermelada, constituían para ella un extra de felicidad. Era el lugar donde siempre estaba feliz. Su vida volvía a ser plena y ninguna preocupación ocupaba su mente.

Al poco tiempo, tras una breve enfermedad, murió su prima María, eso fue devastador para Isabel porque era con la que más sintonizaba: compartían aficiones, gustos y forma de ser. Su otra prima, que pasó a ser la nueva propietaria de la finca, decidió venderla e irse a vivir con sus hijos a la capital. Otro duro golpe para Isabel que se sintió perdida, ¿qué iba a hacer durante el verano? Tendría que pensar alternativas pero nada era de su agrado. Le costó mucho aceptar el hecho de perder a su prima y la finca, era como arrancarle parte de su vida, especialmente de su infancia y adolescencia. Aceptó esas pérdidas con buen



talante pero, desde ese momento, su mente, poco a poco, sufrió un pequeño cambio: muy frecuentemente, más de lo que a ella le hubiera gustado, revivía recuerdos de su vida pasada en la finca: del campo, de sus padres, sus abuelos o sus tíos, y recordaba con todo detalle cualquier situación: qué le dijeron, qué contestó ella... su memoria no le fallaba.

Sin darse cuenta comenzó a vivir de recuerdos, desde tiempos inmemoriales cuando ella era muy pequeña, y se regodeaba en ellos. Por otra parte, en un intento de luchar contra su forzada soledad, salía muy a menudo a la calle, a veces con la excusa de comprar cosas innecesarias, e intentaba entablar conversación con tenderos, vecinos y conocidos, pero era complicado. Repentinamente tuvo que dejar sus clases de yoga porque se mareaba cuando bajaba la cabeza, hecho que le creó mucha ansiedad y frustración. Sus relaciones sociales fueron empobreciéndose, aunque ella quería ignorarlo. Realizó algún viaje cercano con sus amigas de vacaciones pero tras un percance de salud también decidieron suspender los viajes. Isabel iba arrinconándose y, aunque lo intentaba, no conseguía socializarse y se encontraba muy sola. Estaba deseando que llegaran los lunes porque era el día en que Conchi iba a limpiar su piso y estar con ella suponía un soplo de aire fresco en la vida de Isabel. Conchi era una mujer parlanchina, enérgica y tónica. Llevaba incontables años limpiando el piso de Isabel y ya eran

como de la familia, pero una familia solo del lunes por la mañana y nada más.

Decidió ir a la biblioteca casi a diario, además del placer de la lectura podría establecer contacto con algún lector o club de lectura. Y sí, lo hizo y se entretenía pero todo quedaba allí, como si en el exterior de esas paredes no existiera la posibilidad de seguir relacionándose. Y continuó viviendo de su pasado, incluso le vino a la mente machaconamente un amor de juventud, quizás su único amor, que resultó fallido, pero que ella con el paso de los años y la soledad impuesta, fue enriqueciendo hasta el punto de estar convencida de que aquello había sido una historia de amor intensa y profunda...y eso le removía el alma y el cuerpo y le daba felicidad.

Los días comenzaron a hacerse eternos, sobre todo las tardes de invierno, y la tristeza fue apoderándose de ella. No le apetecía cocinar, no tenía apetito porque no le gustaba comer sola, no disfrutaba con la televisión o la radio, y su única distracción era leer el periódico porque los intentos de entretenerse con manualidades como la pintura, la costura o el punto, no prosperaron. Se seguía obligando todas las mañanas a caminar, pero terminaba cabizbaja y frustrada porque veía que era de las pocas personas que iban solas. Casi todos salían acompañados, hablando, dicharacheros y alegres, paseando o descansando en



un parque, y ella siempre sola. Al principio procuraba sentarse en un banco que estuviera ocupado y así tener la oportunidad de conocer a alguien, quién sabe, pero tras varios intentos, se desanimó y ya no volvió a intentarlo. Además, comenzó a dolerle una rodilla y fue espaciando las salidas.

Su memoria comenzó a tener altibajos y, desgraciadamente, ella era consciente, incluso temía que ocurriera algún desastre por sus despistes de los últimos tiempos: un grifo abierto, un fuego sin apagar, la comida quemada, no encontrar las cosas habituales, y así una larga lista, de forma que se le ocurrió compartir su piso con alguien, debía intentarlo. Su vivienda era muy grande y podría ofrecer habitación y baño privado a alguna persona que le hiciera compañía y a la vez se beneficiara de vivir a precio módico, casi simbólico, en un barrio y un piso bien situado y confortable. Comenzó a idear un plan.

En respuesta a su anuncio en el periódico, en el que buscaba una estudiante para vivir con ella, se presentaron varias candidatas. Rápidamente Isabel supo a cuál elegir, lo tuvo claro desde que la vio y miró sus ojos. Adriana era una chica de veintidós años, estudiante de Informática, de origen balcánico, con una mirada llana y de gacela, ojos verdes grisáceos que iluminaban la habitación solo al mirarlos. La vio indefensa y algo maternal se removió en su interior, era una sensación

nueva para Isabel; era la primera vez que sentía esa necesidad de proteger y cuidar a alguien, incluso estaba impaciente, deseaba que se mudara cuanto antes y experimentar cómo sería su vida con ella.

- Si estás de acuerdo con las condiciones, mañana mismo te puedes mudar. Me gustaría que cuidaras las cosas como si fueran tuyas, que no pongas la música muy alta, que las duchas sean rápidas porque el agua es escasa y que mantengas tus cosas ordenadas. Conchi viene todos los lunes a limpiar el piso y no quiero darle trabajo extra –dijo Isabel.
- Sin problema, soy ordenada y verá cómo no tendrá quejas conmigo.

Comenzaron la convivencia y, sin pretenderlo, ambas se fueron interesando por la vida de la otra. Adriana aceptaba los consejos de Isabel sobre la universidad, las salidas profesionales, cómo podía orientar su especialización dentro del mundo de la Informática e incluso sobre la relación con los chicos, y la ayudó a ser menos impulsiva. Adriana a su vez le recordaba a Isabel dónde había dejado las cosas, le compró un cronómetro para la cocina y así, programándolo, no se le quemaría la comida. También le sugirió que instalara un agarrador en la ducha para evitar caídas y, algo importante que



Isabel no hubiera imaginado, la enseñó a comer sano porque Adriana era partidaria de la comida saludable y, a ser posible, ecológica. Isabel comenzó a hacer mejor las digestiones y, a partir de ese momento, ya compartían la comida. Adriana sugería y lo cocinaba Isabel.

Tanto insistió Adriana, que Isabel comenzó a escribir sus memorias. Al principio pensó que no sería nada interesante para el esfuerzo que le supondría, pero pronto descubrió el placer de escribir, de aislarse de lo cotidiano y de crear, eso le daba una segunda vida y fue un aire nuevo, un aliciente cuando afrontaba cada día. Ya no había vuelta atrás, seguiría escribiendo porque un tropel de ideas venían a su cabeza: pensamientos que debía plasmar, historias inventadas o verdaderas, relatos, ¡cómo no se le había ocurrido antes!

Y juntas daban paseos por el parque y hablaban del amor, de cómo se entendía desde el punto de vista actual, de cómo eran las relaciones de amistad de los jóvenes, de la importancia del primer beso o de la primera experiencia íntima. Adriana describía a Isabel la perspectiva de los jóvenes en esos temas, hecho que resultaba un poco escandaloso para Isabel comparado con lo que ella podía contar sobre ese tema. Del amor, más que de su propia experiencia que fue escasa, tenía información de la de sus primas y amigas y parecía que habían pasado siglos desde

entonces, ya nada era lo que fue. Parecía increíble que ahora todo fuera más libre, sin tantas represiones y condicionantes. En cierto modo Isabel envidió esa manera abierta de concebir el amor y, quien sabe, si ella hubiera vivido en otra época, posiblemente su experiencia hubiera sido más enriquecedora, más plena.

Formaron un equipo y, aunque a veces discrepaban en las ideas políticas, se trataban con mucho respeto y eso fue desemboscando en un cariño madre-hija, de lo más entrañable. A Isabel le fue embargando una sensación que pensó debía ser la que perciben las madres: la alegría de Adriana cuando obtenía una buena nota o se divertía con planes de amigas, era la alegría de ella, no necesitaba nada, solo saber que Adriana sonreía. Y, por el contrario, la pena la embargaba cuando Adriana tenía un fracaso tanto en estudios como en el detalle más insignificante. Por su parte, Adriana no tenía madre y obtuvo de Isabel la protección y el amor que echaba de menos desde hacía mucho tiempo. Así vivieron juntas, aprendiendo una de la otra y adaptándose a la pérdida de memoria de Isabel. Sabían que vendrían años duros, que posiblemente Adriana tendría que irse y eso las mataba de dolor, pero algo había claro: que ambas se tenían la una a la otra, daba igual lo que pasara, de la distancia, de las circunstancias y los escenarios nuevos. Su conexión era sólida y eso las hacía muy felices, les daba paz. ■



Encuentro en la escalera

JESÚS M^a BALLAZ





A principios de junio, unos días después de la marcha de su marido al caladero de las Malvinas, Amaya Botín se había ido a Madrid a terminar su tesis de Historia. Néstor, que acababa de cumplir trece años, no había querido acompañar a su madre a la capital.

– No se me ha perdido nada allí –le dijo–. Tendré que permanecer encerrado en un piso mientras tú desempolvas legajos en la Biblioteca Nacional.

Prefirió quedarse en Sentindor con su animoso abuelo y James, su gato. Pensaba levantarse tarde, montar en bicicleta, indagar por los prados de los alrededores de la ciudad sobre las alas de las libélulas y, sobre todo, dibujar. Su abuelo Andrés decía de él que era capaz de dibujar el vuelo de una gaviota aunque ésta se hubiera fundido ya con el horizonte.

Pero no todo iba a ser tan plácido. Ni se imaginaba que su abuelo pudiera estar enamorado.

A finales de ese mismo mes, este decidió por sorpresa alquilar un apartamento en el edificio más alto de la urbanización Miramar, a quince kilómetros de Sentindor. A Néstor no le seducía la idea de veranear en la costa y se lo tomó a mal.

– ¿Por qué no vamos a montaña? Ese no es el mejor sitio para atrapar libélulas –le protestó a su abuelo.

Este gruñó. Hacía días que no mostraba su mejor humor. Le pesaba aquella situación. Su nieto no le daba mucho trabajo, pero él tenía su cabeza en otra parte.

Néstor conocía la urbanización. Le desagradaba. Tampoco le gustaba aquel inmueble tan elevado al que irían, que a veces mantenía la cabeza metida dentro de las nubes. Hubiera preferido las verdes laderas de alguno de los montes cercanos donde disfrutar montando en bici persiguiendo libélulas.

La única explicación que Andrés dio a su nieto fue que no podía pasar sin ver el mar y sin oír la profunda respiración de sus pulmones.

Se trasladaron a Miramar, cuando aún humeaban las hogueras de san Juan. Se llevaron con ellos a James al que no podían dejar solo en casa un par de meses.

El pequeño apartamento de la planta baja que habían alquilado constaba de dos habitaciones, baño, cocina y sala de estar que daba acceso a un pequeño patio rectangular. Ese era espacio más agradable de la vivienda. Allí crecían un esbelto ciprés, que



se iba estirando en busca de luz, y un pálido limonero que desafiaba el clima de aquella costa. Hacia el norte, entre brumas, se oía el bramido del Cantábrico.

Andrés atribuía el rechazo de su nieto al mar a que se había criado como un huérfano; su padre pasaba largas temporadas pescando en lejanos caladeros y su madre en la biblioteca, ese otro mar de libros. Para matar el tedio, Néstor dibujaba. Lo prefería a mirar por televisión esos programas veraniegos que le hacían sentirse imbécil.

El abuelo, por su parte, se mostraba fatigado y algo más inquieto que de costumbre, a pesar de haber escogido él mismo el lugar de vacaciones.

– ¿Para qué diablos sirve la Historia? –gruñía a menudo, pensando en su hija mayor.

Algo le pasaba que su nieto no acababa de comprender.

James se adaptó bien. Desde el primer momento se dedicó a explorar su nuevo territorio.

El chico no conocía a nadie en la urbanización. Su obligada reclusión en aquel apartamento iba alimentando en él una sorda

rebeldía. Empezaba a pensar en irse con su madre a Madrid o en huir a la montaña. ¿Por qué no?

La ocasión de escabullirse sin tener que enfrentarse a su abuelo se presentó muy pronto.

– He recibido malas noticias de tía Irene –le dejó caer este–. No le va bien el embarazo y su marido tardará en regresar del mar.

El abuelo rompía su norma de no hablar de su segunda hija, *la Triste*. Si Amaya lo rebelaba, Irene, la pequeña le despertaba compasión. Entonces se le agarrotaba la mandíbula inferior y las palabras le salían atropelladas.

Néstor creyó que estaba buscando una excusa para marcharse. La idea no le disgustó. Él podría hacer lo mismo. Conociéndole, no era extraña esa reacción. A Andrés le costaba permanecer veinte días seguidos en casa. Solía alardear de que, mientras fue joven, nunca un catarro le pilló dos veces en el mismo puerto.

– Mañana me iré –dijo por fin–. Irene no se encuentra bien. No me perdonaría a mí mismo nunca no haberla ayudado si lo necesita.



Néstor le puso morros. Si hubiera tenido allí el tambor que le echaron los Reyes a los cinco años, lo hubiera aporreado, como hacía entonces cuando su padre se iba a pescar.

- Sabía que te marcharías –le replicó, rompiendo su silencio beligerante.
- ¿Cómo que lo sabías? ¿Quién te lo ha dicho?
- James.
- ¿El gato?
- ¡Te conozco, abuelo! ¡Y el gato también!

Para suavizar la situación Andrés Botín sonrió como hacen aquellos a quienes se les pilla en falso y le explicó:

- Irene ha sufrido un nuevo ataque de tristeza. ¡Me reclama y debo ayudarle! Serán pocos días. Te dejaré dinero para que compres lo que necesites. ¡Tú eres un chico listo!

«¡Eres un chico listo!» es la frase con la que me halaga cuando me va a hacer una jugada que sabe que no me va a gustar, pensó Néstor.

En cuanto despertó, el chico notó el olor de la espuma de afeitar y supo con certeza que se había quedado solo. Completamente solo. Recorrió el apartamento estancia por estancia. Estaba tan

vacío que tuvo la impresión de que no había quedado en él ni aire para respirar.

«No abras a gente extraña», le había advertido el abuelo. Pero en ese momento hubiera abierto la casa de par en par a cualquiera. Le fastidiaba pertenecer a una familia de marinos, de historiadoras, de tristes y de abuelos inquietos.

Andrés tenía sobre la mesilla de noche, dentro de un sobre, cuatro fotos suyas de diferentes épocas. El chico las escudriñó bien. Le llamó la atención el remite del sobre en el que estaban: “Genoveva. C/ Oriente 76 Madrid”.

Si no hubiera tenido a James a su lado, enroscado sobre el sofá, aún se hubiera espantado más de las decisiones que podía llegar a tomar movido por la rabia de hallarse solo. A pesar de todo, comprendía a su abuelo. Si había decidido pasar el verano Miramar, ¿no habría sido para olvidar a la venezolana mucho más joven que él con la que acarició esperanzas de casarse y que un día desapareció de su lado? Lo que Néstor no podía imaginar entonces era que otra mujer había llamado ya a sus puertas de su corazón y que la añoranza del mar que invocó para venir a Miramar no era más que una excusa para acercarse a ella.



Habían transcurrido cinco días desde que el abuelo se había marchado. La soledad se había vuelto más cruel tras el trágico final de James bajo ruedas asesinas. Néstor lo seguía oyendo maullar por los rincones y aún veía las brasas de sus ojos en el pasillo oscuro. No obstante, se iba haciendo a la idea de que el sillón desde el que el animalito contemplaba los dibujos animados había quedado vacío para siempre y escribió en su cuaderno: “Cuando ha pasado una tragedia a nuestro lado, aunque sea la muerte de un gato callejero, nos vemos obligados a reflexionar.”

La reflexión le llevó a escribir en su diario lleno de dibujitos: «Me gustaría tener un lugar seguro donde esconder mis deseos ocultos. Allí podría ocultar mis ganas de irme de casa porque me da rabia que mi madre se haya ido a Madrid y mi abuelo a Castromales. Soy el último mono. Pero yo también quiero pirar para que me tomen en serio.»

Las ganas de llevar a cabo sus planes le venían cada vez con más fuerza. ¡Qué hondo era el vacío que el abuelo y James habían dejado! Entró en la cocina y abrió la nevera. A pesar de que le habían dejado dinero, no había ido a comprar y se le iba agotando la comida.

Sobre la mesilla de noche estaban los billetes. ¡Un buen fajo! El abuelo había sido muy generoso. Era un claro mensaje de que, a pesar de lo que le prometió, no pensaba regresar pronto.

Durante esos cinco días solo lo había mirado por el rectángulo mágico del televisor. Pero ahora le apetecía escapar de su encierro. Levantó la persiana de la cocina para mirar al exterior. En ese momento, una señora de unos sesenta y cinco años, menuda y tiesa, acababa de apearse de un taxi. A su lado, una niña miraba indecisa e insegura a todas partes. Su media melena rubia y lisa le enmarcaba una cara alargada y desvalida.

Tras el taxi, se detuvo un pequeño camión de mudanzas que comenzó a descargar maletas, ropa, vajilla, una espada metida en su vaina dorada...

Néstor no quitaba la vista de la chica que se mostraba entre curiosa y disgustada. Al mirarla, le latía el corazón. Su presencia lo tenía fascinado. Todo lo demás que pasaba ante sus ojos ni lo veía. Aquella tarde amarilla el sol daba a sus cabellos una deslumbrante fluorescencia que le hizo olvidar de repente su soledad y el peso de la casa vacía. De repente se le fueron las ganas de marcharse.

Cuando esta pasó junto a su ventana, se miraron. Del choque de sus miradas saltó una chispa, pero la figura de la niña se desvaneció al cruzar la puerta de entrada tras la mujer mayor. En el interior del chico, no obstante, quedó encendida una llamarada de alegría y tuvo la convicción de que a ella a también le había ocurrido lo mismo.



Néstor fue a sentarse en el patio interior. Miró hacia arriba y suspiró: «¿En cuál de los cuarenta y cuatro pisos se habrá medido?» No la conocía, pero añoraba volver a ver en sus ojos su mirada aguamarina y, en sus cabellos, el esplendor de otra tarde amarilla como la que permanecía concentrada en los frutos del limonero.

Un peldaño es un escalón, muchos, una escalera. Empezaría a subirla, indagando piso a piso hasta dar con esa niña que le había impactado tanto.

Su abuelo Andrés se le había desvanecido de sus pensamientos. Este, camino de ser abuelo por segunda vez, seguía siendo vulnerable a las llamadas del corazón. Pero Néstor ni siquiera podía imaginar que había decidido pasar sus vacaciones en Miramar por motivos sentimentales.

Andrés no dejaba de pensar en su nieto: «¿Qué estará haciendo? ¿Y James?» Y cavilaba sobre todo si habría tenido respuesta de Genoveva a su última carta. En ella le había contado que iría a pasar unos días con su hija Irene, *la Triste*, pero que pronto volvería a Miramar donde había dejado a su nieto. Recordaba bien la última frase que le había escrito y que le inquietaba: «¿Sigues en tus trece de que, si vienes, no me dirás dónde te alojarás? ¿Me obligarás a buscarte?»

De regreso, en el chasquido de la llave, tuvo el presentimiento de que había ocurrido algo. Entró en el apartamento. Néstor no aparecía. Tampoco vio al gato ni oyó sus maullidos.

– ¿Has huido, James? ¿Tú tampoco me has esperado? ¿O es que ya no te acuerdas de mí por cuatro días que faltó? – iba murmurando.

En la fregadera vio el casco vacío de la última botella de leche. En la nevera ya no quedaban zumos de melocotón ni de ciruela, los que a su nieto le gustaban.

Sus pisadas levantaban polvo de días.

– ¡Néstor no ha barrido la casa desde que me fui! ¿Se habrá marchado? –suspiraba imaginando los peores presentimientos.

Sobre la mesa, descubrió un papelito con este escrito: “Estoy bien. No me busques, abuelo. Volveré.”

Andrés apretó los labios para no gritar. No lograba serenarse y su cabeza empezó a funcionar a toda velocidad. Llamó la policía. Se sentía avergonzado, pero también desamparado.



- Me faltan el nieto y el gato –le dijo a la agente que le atendió.
- ¿Qué le hace pensar que se los han llevado? Lo más frecuente es que chicos de esa edad se marchen por voluntad propia, y los gatos ni le cuento. ¡Buenos son los gatos!
- De todas maneras, espero que me ayuden a buscarlos.

Presentó la denuncia, como le indicó la policía. A su hija Amaya no podía comunicárselo, porque regresaría inmediatamente de Madrid enfurecida. A la agente le contó lo que le pareció más relevante. Dramatizó un poco la historia para que pusiera más interés. Le dijo que el padre del niño era patrón de pesca, que pasaba mucho tiempo en el mar, y que la made estudiaba a los patagones.

- Los pata ¿qué? –exclamó la agente sin dejar de rellenar la ficha, pero no insistió por no parecer inculta.

De entrada la policía descartó el secuestro porque no eran gentes de fortuna. El abuelo se lo tuvo que reconocer:

- ¡Ningún Botín de nuestra familia ha hecho fortuna! Nadie ha tenido más botín que el apellido.

En busca de otras pistas, la agente que le atendió también metió las narices en las fichas de los lectores de la biblioteca que

Néstor frecuentaba. Pudo comprobar que el chico era un asombroso devorador de libros de viajes y de casos policiacos.

- Su nieto ha leído mucho, debe de saber mucho; si se ha ido por su voluntad, no nos resultará nada fácil dar con él –le dijo al abuelo–. Pero antes de conectar con la Interpol, entraré en internet.
- No creo que ande metido en esos chismes. ¡Ni hablar! Estará corriendo mundo o cazando libélulas. Parece tímido, pero, como todos los Botín, es un aventurero.
- Al final casi todos vuelven. ¡Regresará! –afirmó la agente sonriendo–. Los chicos que se fugan de casa sin aparente motivo no huyen sino que buscan algo.

«¿Qué es lo que busca Néstor? ¿En qué sueña?», se preguntaba Andrés en voz alta.

Mientras le buscaban, Néstor seguía incansable escaleras arriba indagando en cada apartamento y suspirando por ver a aquella mirada aguamarina.

Andrés se asomó al patio interior. Desde el último piso colgaba una cuerda. Le llamó la atención que en la punta iba atado un papel. Lo desplegó. En él alguien había escrito una enigmática G.



Decidió subir al apartamento desde el que habían lanzado la cuerda. Por un momento la curiosidad le hizo olvidarse de su nieto. Pero era precisamente entonces cuando lo tenía más cerca. Cuando llegó al último rellano, se lo encontró hablando distendidamente con una niña rubia a la puerta de un apartamento.

- ¡Néstor! –le gritó aliviado y corrió a abrazarlo–. Te he estado buscando. ¿Dónde te habías metido?
- ¡Abuelo! –murmuró el chico, entre alegre y el desconcertado.
- Ah, así que usted es Andrés Botín –exclamó estupefacta la mujer menuda y vivaracha, que apareció en la puerta del piso al oír voces.
- Y tú eres Genoveva, claro. Por fin te he encontrado.
- Te lo he puesto fácil –le dijo, y añadió señalando a la niña–: Es mi nieta Clara.

Se miraron los cuatro interminables segundos sin decir palabra.

- Esta noche podríamos cenar juntos en nuestro patio –dijo Andrés.

Abuelo y nieto volvieron a su apartamento, después de tomar un vermut con las vecinas del 44 para celebrar el encuentro.

El rincón del sillón donde se enroscaba James pronto volvería a estar ocupado. Hay encuentros que hacen que la vida siga siendo un pasmoso asombro. ■



Abuelos edificantes

ANTONIO OLMOS





E

Érase una vez un grupo de jubilados que con mucha gracia se hacían llamar “los abuelos edificantes”. Cada uno de ellos, que habían alcanzado el ocaso laboral y la pensión, hacía ya muchos años, tenía su propia personalidad, con historias y ocurrencias que los convertían, en conjunto, en un equipo lleno de vitalidad y único. A continuación, os presento al equipo y su historia.

Don Juan: Un hombre alto y enjuto, con una barba blanca y una risa contagiosa. En su vida fue músico aficionado, pero su amor por la armonía del “ruido celestial” en una construcción junto a su vivienda, lo llevó a ser parte de este peculiar grupo, por aquello de que, si no puedes con ellos, únete y, si es posible ¡cámbialo!

Doña Carmen: Una mujer de cabellos plateados y ojos llenos de sabiduría. Con su ingenio y su don para la improvisación, era capaz de sacar sonrisas a cualquiera. Antes de unirse al grupo, era una maestra de escuela, enseñando con pasión a generaciones de niños.

Don Pedro: Un hombre regordete con una nariz prominente y siempre listo para hacer reír a todos. Había sido actor de teatro aficionado, deslumbrando al público con sus interpretaciones cómicas. Ahora, su talento se desplegaba en las “otras obras” del grupo.

Doña Rosa: Una mujer menuda pero llena de vitalidad, con ojos vivaces y una voz melódica. Antes de unirse al equipo, había sido cantante de ópera, entre otras profesiones artísticas, llenando en más de una ocasión los escenarios y levantando al público con su potente voz.

Estos abuelos, lejos de conformarse con una vida tranquila de jubilación, decidieron formar su propio grupo de “observadores constructivos de la construcción”. Con ironía y una buena dosis de humor, se autoproclamaron como los portadores de la sabiduría que tanto necesitaban los obreros en sus proyectos. ¡Nadie podría negarles su innegable experiencia acumulada a lo largo de los años! Aunque, eso sí, en cosas que nada tenían que ver.

Armados con sus comentarios ingeniosos y sus consejos infalibles, se presentaron en los sitios de construcción dispuestos a dejar su huella en el mundo de la edificación. Aunque no estaban físicamente capacitados para el trabajo duro y pesado, eso no les impedía desplegar su agudo ingenio y hacer oír sus opiniones, absolutamente innecesarias, sobre cada detalle de la obra en cuestión. Con sus lentes de sol y sombreros de estilo diferentes, los abuelos se paseaban por delante de las construcciones como auténticos vigilantes del progreso. Observaban cada movimiento de los obreros con miradas críticas y



expresiones de profunda sabiduría. Siempre estaban dispuestos a ofrecer comentarios edificantes, nunca mejor dicho, y aparentemente contradictorios, que dejaban a todos perplejos. Sus hijos y nietos, al principio sorprendidos por la idea, pronto se dieron cuenta de que así estaban ocupados, más vivos y felices que nunca. Sus hogares se convirtieron en lugares de reunión y risas, donde compartían las anécdotas de las locuras que ocurrían en cada lugar donde se dejaban ver. De manera que todos ellos estaban apoyados en su nueva aventura y que, además, así dejarían de meterse en otros líos menos... edificantes, y de nuevo, nunca mejor dicho.

Extrañamente, los abuelos de la construcción con su entusiasmo desbordante y sus comentarios peculiares nada solicitados, pero cargados de ironía y cariño, comenzaron a ganarse el respeto de los obreros. Estos últimos sabían que no podían alejarse lo más mínimo de las normas y técnicas convencionales de la construcción, pero decidieron explorar el lado positivo de las ideas extravagantes. Después de todo, la creatividad y la innovación a menudo son edificantes... vaya, otra vez. Perdón. Aunque sus consejos eran extravagantes y sin sentido, los obreros aprendieron a valorar la chispa de sabiduría que había en cada ocurrencia. También es cierto que no podían alejarse mucho, así que se dejaron cautivar buscando el lado positivo. Porque sin duda, alguno habría... seguro o casi seguro.

Don Juan, el músico aficionado convertido en asesor de construcciones, quiso enseñarles a crear una sinfonía de sonidos mientras trabajan, distinto al que escuchaba en la obra junto a su vivienda, un ritmo que, sin ofender, era más bien ruido que otra cosa. Les explicaba, como recién experto que era, cómo golpear el martillo en un ritmo constante, creando una melodía en medio del bullicio de la construcción. No tuvo éxito en su propuesta, pero la verdad... era buena idea.

Doña Carmen, la maestra de escuela convertida ahora en experimentada constructora, les intentaba enseñar la importancia de la comunicación clara y efectiva en el sitio de trabajo. Con su lenguaje corporal expresivo y sus gestos exagerados, lograr transmitir mensajes sin decir una palabra. Los obreros, entre risas, aprendían a interpretar sus señales.

Don Pedro, el ex actor de teatro, sorprendía a los obreros con su habilidad para contar historias. Durante sus descansos, les relataba anécdotas divertidas y dramáticas de su vida, que, por mayoría abrumadora, nadie pedía, pero conseguía mantener su atención en lo alto.

Pero nada como Doña Rosa, la cantante de ópera y mujer cariñosa, que utilizaba su voz melodiosa para animar el ambiente en el sitio de construcción. Cantando canciones alegres y



motivadoras que levantan el ánimo de todos. Los obreros se sorprendieron al descubrir que la música puede hacer que el trabajo parezca más ligero y divertido.

Pasaban los días y los abuelos de la construcción volvían una y otra vez a la obra, dispuestos a brindar sus sabios y nada indispensables consejos a los obreros. La edificación continuaba su avance, con cada vez más plantas que se elevaban hacia el cielo. Sin embargo, conforme la estructura crecía, la comunicación se volvía más difícil. Los obreros que iba a ser aconsejados estaban tan lejos en altura que era complicado transmitirles nada.

Ante este desafío, Doña Rosa, con su voz de cantante aún potente, se convertía en la intermediaria entre los abuelos y los obreros. Con su talento para proyectar su voz, transmitía los mensajes a ritmo de La Traviata, haciendo que sus palabras resonaran en toda la construcción y, por extensión, en toda la calle. Esto último provocaba que otros ciudadanos en edades, aún no preparadas para dar consejos constructivos, se quedarán mirando y admirando la, tan poco frecuente, peculiar obra de ópera en construcción, a ritmo de valsés y hormigoneras al mismo compás.

Los obreros esperaban ansiosos el momento del descanso, cuando se reunían para disfrutar de su merecido bocadillo y

una bebida refrescante para estar más cerca de sus ya imprescindibles asesores y queridos amigos.

En ocasiones, los abuelos les llevaban comida en táper. Así que, a sus valiosos e imprescindibles consejos de construcción, también se unió la preocupación por la salud y el bienestar de los trabajadores. Con su experiencia y conocimiento, los abuelos recordaban, como no, la época en la que las dietas eran más saludables, y reñían a los obreros para que adoptaran hábitos alimenticios más adecuados y así mantenerse fuertes y enérgicos.

El jefe de obra, aunque en general tenía una postura más rígida y seria, encontraba una gran diversión en las ocurrencias de los abuelos. Reconocía que estas intervenciones proporcionaban un respiro necesario en medio del trabajo duro. Sabía que siempre y cuando no se perdiera la concentración, un poco de diversión y entretenimiento era beneficioso para los obreros, permitiéndoles relajarse y recargar energías. Así, los abuelos continuaban su papel de asesores peculiares y cada vez, y ahora sí de verdad, más indispensables.

Un día, cuando ya estaba a punto de terminar la obra, dejaron de ir. Al principio no se preocuparon. Anteriormente ya habían faltado algún día y siempre que regresaban, tras una ausencia,



contaban los motivos y daban explicaciones que, por otro lado, nadie pedía. Los días pasaban y la desaparición de los abuelos de la construcción se volvía cada vez más inquietante. Los obreros no sabían qué había sucedido, pero la preocupación comenzaba a adueñarse de sus corazones. Se preguntaban si habían dicho o hecho algo que pudiera haberlos molestado, estando dispuestos a pedirles perdón, si fuese necesario. Sentían un vacío profundo, pues se daban cuenta de lo mucho que los abuelos habían dejado huella en sus vidas. Querían decíles con sinceridad, aunque con algo de ironía, que volvieran porque sin sus consejos no sabrían terminar el edificio.

Decidieron enviar a uno de los jóvenes con los que los abuelos habían conectado especialmente, para averiguar qué había sucedido. Con ansiedad y esperanza, el chico se aventuró a preguntar a los vecinos y paseantes del jardín próximo, hasta que finalmente llegó a la puerta de Don Pedro. Llamó con nerviosismo, y el hijo de su querido amigo, fue quien abrió la puerta.

Al saber de quién se trababa y como conocedor de toda la historia que su padre y los demás compartían día a día, le informó, con voz entrecortada, de la desgraciada noticia: hacía una semana que Doña Rosa sufrió un infarto y había estado ingresada desde entonces en el hospital, y que, ayer mismo, lamentablemente había fallecido. El dolor se apoderó del cora-

zón del joven, que regresó a la obra y comunicó a sus compañeros la triste noticia. Una oleada de tristeza y pesar recorrió el lugar. Sin dudarlo, tomaron una decisión unánime: detendrían la construcción y todos juntos irían al tanatorio para darle el último adiós a Doña Rosa. Habían sido testigos de su alegría, su energía y su voz melodiosa que les llenaba de vida en cada descanso. No podían dejarla partir sin rendirle el homenaje que merecía.

A partir de ese día, en la obra se escuchaba música de ópera en honor a su querida cantante, Doña Rosa. Cada nota que resonaba en el aire era una forma de recordarla, de mantener viva su memoria y su espíritu en el lugar que tanto amaba. Los demás abuelos, ahora queridos e imprescindibles amigos y asesores, también eran extrañados de todo corazón.

Ellos, que en un principio llegaron con ocurrencias y consejos extravagantes, se habían convertido en pilares de apoyo y sabiduría para todos. Ahora, su partida dejaba un vacío en sus corazones, tan profundo, que ni todo el hormigón del mundo podría llenar. ■



